Alexander Torres Iriarte

El otro posible

y demás ensayos historiográficos

MONTE ÁVILA
EDITORES LATINOAMERICANA

ESTUDIOS

SERIE HISTORIA

El otro posible y demás ensayos historiográficos

Alexander Torres Iriarte

El otro posible y demás ensayos historiográficos

ACCESO ABIERTO

MONTE ÁVILA EDITORES LATINOAMERICANA

1.ª edición en Monte Ávila Editores Latinoamericana, 2021

El otro posible y demás ensayos historiográficos
© Alexander Torres Iriarte

IMAGEN DE PORTADA
José Gil de Castro, Retrato de Simón Bolívar (detalle), 1825

DISEÑO DE PORTADA
Javier Véliz

DISEÑO, DIAGRAMACIÓN Y CONCEPTO GRÁFICO
Odalis C. Vargas B.

© Monte Ávila Editores Latinoamericana C.A., 2021
Centro Simón Bolívar, Torre Norte, piso 22, urbanización El Silencio,
Municipio Libertador, Caracas 1010, Venezuela.
Teléfono: (58-212) 485.0444 y 482.8989

Hecho el Depósito de Ley
Depósito Legal: DC2021001214
ISBN: 978-980-01-2226-6

El elefante

Cuando era niño, mi abuela me contó la fábula de los ciegos y el elefante. Estaban los tres ciegos ante el elefante. Uno de ellos le palpó el rabo y dijo: –Es una cuerda. Otro ciego acarició una pata del elefante y opinó: –Es una columna. Y el tercer ciego apoyó la mano en el cuerpo y dijo: –Es una pared. Así estamos: ciegos de nosotros, ciegos del mundo. Desde que nacemos, nos entrenan para no ver más que pedacitos. La cultura dominante, cultura del desvínculo, rompe la historia pasada como rompe la realidad presente; y prohíbe armar el rompecabezas.

Eduardo Galeano

Para los de nuestra infancia difícil…

los otros puntos cardinales.

Mis hermanos.

Presentación

Henri Pirene afirmó que el historiador es un ser que ama la vida y sabe mirarla. Apotegma que encierra una especie de advertencia que ser historiador es más que ser un mero almacenador de datos. Hay calidez en su definición en la cual el historiar se transforma en un quehacer muy humano, y por ende contradictorio. El historiador es una especie de artesano del mañana y, en grado sumo, un mediador de la problemática de su tiempo. De allí la reiterada invitación a analizar previamente al historiador antes de dedicarse a dilucidar los hechos, como nos legó Edward H. Carr.

Compleja tarea la del historiador en la Venezuela de hoy, poner el oído en la Patria profunda y no ser indolente ante un país aquejado por torvas acciones imperialistas. Fuerte faena la del defensor de la memoria y del cultor de las identidades, que sin renunciar a su inclinación política siempre respetable, pueda ser apático, indiferente o cómplice de los sembradores hostiles, de los coautores de los días aciagos que vivimos. Enfatizamos «inclinación política» del historiador que no quiere decir suscripción partidista burda y dogmática. Y aquí debemos ser incisivos: es tan dañina la supuesta neutralidad axiológica de los historiadores tradicionales, como el sesgo simplón y rabioso de los escribidores de una historia que pretende ser distinta. No convenimos en la historia de barricada, que muchas veces partiendo de la buena fe, también degrada el empeño de un conocimiento, que aun siendo emancipador, no abandona su *status* científico.

Vaya peso que lleva el historiador en sus hombros actualmente, redundamos, que debe auscultar la realidad sin marcar

distancia de la sensibilidad social muchas veces menospreciada en los predios académicos. Es como si por odio social, cortedad intelectual o miopía política del estudioso de Clío, se negara olímpicamente el porqué se abraza la Ciencia del Tiempo; es como si el pariente molesto con su familia –a veces muy disfuncional ella– terminara coadyuvando al vecino criminal a perpetrar lo indecible: a poner punto final, a asesinar a los de su propia sangre. Ante semejante «fresco de la muerte», ¿qué puede hacer un humilde tragalibros, un intérprete de papeles apolillados? Pues mucho. Su titánica labor es conjurar el olvido, sin dejar de lado nunca que la memoria es un derecho de los más y una categoría de pensamiento de los menos.

Sin lugar a dudas es responsabilidad moral del historiador dar una interpretación crítica del pasado, sin obviar que en el heracliteano río del tiempo no hay nada muerto. La memoria, esa a veces pálida amiga que casi nunca vemos, nos visita diariamente, solo que el presentismo ingenuo nos impide develarla, y si logramos burlar la acelerada inmediatez, entonces el hedonismo estupidizante nos la trae con un ropaje siempre de moda. Desde el parlamento al cine, desde la prensa a los libros, esa insistente señora pide a gritos que no creamos el repetitivo cuento que nos narraron y nos narran. De tal manera que historiar es la brega del pensamiento en la que la reláfica tradicional debe ser suspendida o confiscada. Si escribimos historia es porque de una manera consciente requerimos reivindicar la memoria agobiada por un relato que privilegia a las minorías solapando soledades y dolores. Bajo esta perspectiva es iluso suponer que el pasado pasó, y nos perdonan la tautología. El pasado nos explota permanentemente en la cara, dándole sentido a nuestro presente. Pero no cualquier pasado, sino aquel que encuentra en la memoria colectiva –nunca neutra, siempre arbitraria, selectiva, reconstructiva–, el núcleo central de un relato inclusivo y emancipador. Una memoria colectiva que rompa con los forjadores de mitos de poderes selectos y que abra la posibilidad de sensibilidades, imaginarios y autoestimas consustanciadas con luchas populares y alternativas alentadoras de utopías concretas.

II

Creemos que la brevedad es una virtud, y según esta máxima, el ensayo como género literario, es rey de estos dominios. Su expresión resumida y subjetiva, su concisión distintiva –que no cortedad conceptual– lo hace el vehículo por excelencia del campo humanístico en nuestros días rápidos en los cuales el lector parece no tener mucho tiempo de pasar, tranquilamente, sus ojos por abigarradas páginas. Su talante seductor, con gran vitalidad de estilo, es más que una mirada conclusiva; es una invitación para ahondar, ahora sí parsimoniosamente, en temas ciertamente insinuantes. Que el ensayo sea estructurado o no, que mantenga un aparato crítico o no, es ciertamente optativo; sin embargo, para nosotros la sistematicidad es un recurso metodológico y didáctico inapreciable, un proceder efectivo para los que modestamente cultivamos esta «forma» de las letras.

En el caso del ensayo historiográfico, su naturaleza se potencia. La ausencia de concesión por informar, sino convencer, abrazando libremente interpretaciones distintas de temas diversos lo convierte en una escritura ágil e interesante, sin renunciar –en nuestro caso particular– al comprometido uso de las fuentes sobre hechos pretéritos o actuales.

Sírvase entonces el lector. Abre este libro el trabajo titulado «El otro posible». Aquí certificamos cómo en la Carta de Jamaica se patenta la función utópica del discurso, es decir, un dispositivo crítico-creativo propio, de un sujeto histórico consciente, defensor de su identidad como criollo comprometido con la acción revolucionaria. Este escrito afortunado vio luz en el 2016 en una compilación de ensayos de varios autores titulado *La Carta de Jamaica en el siglo XXI. Aproximaciones críticas a un documento bicentenario,* publicado por el Centro Nacional de Historia, y también como primer capítulo de nuestro libro *Un sentido a nuestros destinos. La función utópica en Bolívar, Martí y Rodó*, editado por el Fondo Editorial Fundarte en la Caracas de 2017.

En «El péndulo diabólico» pasamos revista a un debate sobre el Senado Constitucional, que pone en evidencia el nivel intelectual y la capacidad argumentativa de nuestros libertadores hace más de dos siglos. Se visualiza claramente cómo la propuesta de

esta «potestad intermediaria» en el marco del Correo del Orinoco es pretexto para una rica discusión que establece cómo la crítica es ingrediente primordial de cualquier proposición política. Este trabajo salió a la calle en 2018 en una compilación –*Correo del Orinoco 1818-1822. Relecturas de un periódico revolucionario*– del Centro Nacional de Historia.

En «Los votos de mi corazón» analizamos cómo, en el Discurso Angostura de 1819, Simón Bolívar innova teóricamente la definición de Estado como factor coadyuvante de un pueblo consciente de su propio avance colectivo. Esta investigación fue publicada en 2019 en el libro a varias manos *Discurso de Angostura. Un proyecto de Patria para la Venezuela del siglo XXI*, del Centro Nacional de Historia.

Partiendo de una caracterización dada por reputados historiadores de un año axial en «El salto prodigioso o 1819 en tres voces», subrayamos un *encantamiento épico bolivariano*, que bien ponderado puede ser herramienta intelectual y afectiva para el duro trance que resiste la República más de dos centurias después.

En «Somos el centro del Nuevo Mundo» ahondamos, en perspectiva contemporánea y polémica, los Tratados de Trujillo de 1820. Una versión divulgativa de este trabajo fue publicada en el libro colectivo interinstitucional titulado *De la paz a la victoria*, en 2020.

«Variaciones sobre un rayo de luz» nos acerca a Simón Rodríguez, quien fuera más que el maestro del Hombre de las dificultades. En esas notas enfatizamos cómo Samuel Robinson –cuyo legado tiene vibrante actualidad– no divorció el universo pedagógico de la política ni de la economía. Este ensayo, que fue capítulo de un homenaje al pensador universal, se encuentra en el libro *Entre la Independencia y la libertad*, editado por la Universidad Nacional Experimental de la Gran Caracas en 2019.

La interrogante, nada baladí, de por qué el maltrato, la indiferencia o el desconocimiento de un pensador de estatura universal, tratamos de responderla en «Andrés Bello en la ancha mirada». En el ensayo sostenemos, siendo el saldo muy positivo, la trascendencia de la obra del Libertador cultural de América en la historiografía nacional.

Para finalizar, en «José de Oviedo y Baños ¿primer historiador venezolano?», problematizamos el legado del escritor bogotano de huella permanente en nuestros estudios sociales. El autor de *Historia de la conquista y población de la Provincia de Venezuela*, hace gala de una hibridez conceptual que enuncia la posibilidad de una conciencia de ruptura, germen de una historiografía propia todavía presa de la óptica del colonizador.

De tal modo que el libro que tiene ahora a su alcance, contentivo de ocho escritos, reúne un conjunto de ensayos historiográficos. Buscamos unir estas investigaciones –algunas publicadas previamente– para hacerlas llegar a las manos de nuestros lectores y lectoras en un intento accesible, concentrado, sostenido, orgánico y reivindicador. Queremos que nuestro esfuerzo sea un amable convite que encienda *la esperanza* para la comprensión y transformación de nuestra realidad actual.

El autor

El otro posible.
Sobre la función utópica en la Carta de Jamaica

A MODO DE INTRODUCCIÓN

Cuando cavilamos sobre el Pensamiento Bolivariano tropezamos con la voz «compromiso», no solo entendida como la pericia en nuestras áreas específicas de conocimientos, sino como la responsabilidad que tenemos colectivamente en sociedades signadas por exclusiones seculares, por sujeciones foráneas, por amnesias convenidas. Invocar la palabra del Hombre de las dificultades dos siglos después, más que un anacronismo como ciertas élites ilustradas y conservadoras quieren hacer ver, es apelar a una reserva moral cimentada en la dignidad humana, a una ética emergente presente en diferentes formas discursivas cotidianas, tanto en el docto como en el más ignaro ciudadano de nuestras latitudes, es aludir la praxis de un sujeto social complejo y múltiple que se autorreconoce en sus modos de objetivación de la realidad. Es, de tal forma, una mirada introspectiva del cultivo de nuestras angustias y talentos, es preguntarnos para qué se piensa en América Latina y el Caribe, es un exhorto a desmontar cualquier vestimenta ideológica por más atractiva e innovadora que se presente donde cohabite el miedo o la voluntad perversa de poder, es realizar sensiblemente labor emancipadora, es un convite a no renunciar a la carga utópica que tienen nuestros verbos, nosotros los lectores de las cosas por dentro. Porque lo contrario a lo utópico es opresivo, de aquí que debemos saber decodificar qué tanto de las sentencias de nuestros mayores asomaron futuros y apostaron por las fuerzas creadoras de los pueblos; en fin, es tener conciencia de las fortalezas y debilidades de nuestros discursos.

En tal sentido, y para hacer más operativa nuestra comunicación sobre la significación histórica de la Carta de Jamaica, resulta oportuno referir una breve precisión terminológica. Consideramos que el lenguaje no es un burdo instrumento de información de una realidad exterior, sino un factor constitutivo y mediador de la misma. Concebimos que el estudio del texto es indisociable del contexto, de su momento de producción y sobre todo, del sujeto social que lo enuncia. De igual modo, la dimensión ideológica se halla presente en el texto, y por ende, en lo sígnico que este entraña. De manera que en el texto –que además es un producto cultural– se expresa un sujeto que siente, entiende y organiza su realidad consciente o inconscientemente, un sujeto ubicado en una determinada posición social y axiológicamente marcado. Y que si bien un *corpus* documental, en la medida en que es trascendente, denota la búsqueda individual del pensador, no se limita a ese mundo exclusivo, sino como «resolución simbólica» expresa contradicciones sociales concretas de la historia vivida o sufrida por los más.

No negamos que en el mundo social libremos batallas contra totalizaciones opresivas hijas de una racionalidad de sometimiento, y que esas totalizaciones sean sostenidas en leyes establecidas y legitimadas en muchos casos desde principios *ius naturale*. Exactamente, la práctica de la función utópica –desde la que vamos a leer la celebérrima Carta de Jamaica, encomienda por demás hercúlea– da puerta franca a la *alteridad* que se expresa asimismo en modos de resistencia a la racionalidad del poder. La función utópica se relaciona entonces con la naturaleza ideológica del lenguaje enmarcado en una específica concepción del mundo y de la vida, expresada por un sujeto, con cierta ubicación social e histórica, al que no concebimos como anterior al discurso mismo, sino como configurado parcialmente en y por el discurso. O en otros términos:

> Caracterizamos, pues, la utopía como una forma de producción simbólica del discurso, inserta en una determinada situación socio-histórica, respecto de la cual cumple la función básica de ruptura-apertura, en la medida en que trabaja sobre el presente, en constante tensión hacia el futuro, explorando y anticipando

dialécticamente lo «otro» posible, y presionando sobre los límites de lo imposible relativo a cada época.[1]

Según Arturo Andrés Roig[2] en «El discurso utópico y sus formas en la historia intelectual ecuatoriana», la mencionada función utópica se articularía bajo tres modalidades: como función crítico-reguladora, como función liberadora del determinismo legal y como función anticipadora del futuro, y en las próximas páginas veremos tales categorías presentes en la Carta de Jamaica de Simón Bolívar como un dispositivo del discurso que hace hincapié en el carácter revolucionario de los sujetos históricos y que permite concebir la temporalidad humana mancomunada con la novedad histórica.

---

1 Adriana Arpini, «Utopía y humanismo en el pensamiento… », p. 14.

2 (Argentina, 1922-2012). Filósofo e historiador mendocino de importante trayectoria docente e investigativa. Egresado de la Universidad Nacional de Cuyo y de la Sorbona de París. Cultor del estudio de los filósofos regionales y latinoamericanos. Destacan entre sus obras *Los krausistas argentinos* (1969); *El espiritualismo argentino entre 1850 y 1900* (1972); *Platón o la filosofía como libertad y expectativa* (1972); *Esquemas para una historia de la filosofía ecuatoriana* (1977); *Teoría y crítica del pensamiento latinoamericano* (1981); *Filosofía, universidad y filósofos en América Latina* (1981); *El pensamiento social de Juan Montalvo* (1984); *El Humanismo ecuatoriano de la segunda mitad del siglo XVIII* (1984); *Bolivarismo y filosofía latinoamericana* (1984); *Narrativa y cotidianidad* (1984); *El pensamiento latinoamericano del siglo XIX* (1986); *La utopía del Ecuador* (1987); *Pensamiento filosófico de Hernán Malo González* (1989); *Historia de las ideas, teoría del discurso y pensamiento latinoamericano* (1991); *Rostro y filosofía de América Latina* (1993); *El pensamiento latinoamericano y su aventura* (1994); *Ética del poder y moralidad de la protesta* (1996) y *La universidad hacia la democracia* (1998). Por sus valiosísimos aportes gozó en vida de muchos reconocimientos. Pese a lo progresista de la propuesta roigeriana no deja de tener observaciones por parte de otro «compañero de ruta» de la filosofía de la liberación. Raúl Fornet Betancourt le reprocha cierta «unilateralidad» de los análisis al darle primacía a «textos fundacionales» de criollos y mestizos (o blancos y urbanos), al exponer el pensamiento latinoamericano obviando los aportes indígenas y afrodescendientes. En ese sentido, según este defensor de la interculturalidad, Roig –pese a su avance con el tema del multiculturalismo– sigue siendo «tributario de la herencia filosófica occidental moderna». Es oportuno decir, en descargo del pensador argentino, que Roig reiteradamente confesó esas restricciones presentes en su enfoque.

UNA GUERRA DE EXTERMINIO

Después de la caída de la Segunda República, Simón Bolívar pisaba una Cartagena de Indias convulsionada. Su intención era la de repetir la solicitud de auxilio a los neogranadinos y acometer acciones conjuntas como había ocurrido dos años antes. Debido a lo infructuoso de alcanzar metas estratégicas, el Libertador renunció a sus responsabilidades militares en Nueva Granada[3] y se trasladó hacia Jamaica. Esta taxativa decisión la tomaba el contrariado Libertador en el momento en el cual arribaba a Venezuela Pablo Morillo. Llegaba el oficial español a un país devastado y en el cual los sectores más humildes lamentaban la recién desaparición del «Taita» José Tomás Boves. Encomendado por Fernando VII a Montevideo para el apaciguamiento de las provincias del Río de la Plata, Pablo Morillo terminó su misión en Venezuela y Nueva Granada. Paradójicamente quien se hacía llamar «pacificador» buscaba recrudecer el conflicto de España con sus colonias, luego de la caída de Napoleón en Europa y del repunte del príncipe de Asturias, quien venía revanchísticamente por sus fueros. Pablo Morillo, quien partió de Cádiz el 15 de febrero de 1815, traía aquende el contingente militar más grande de la hora: una expedición integrada por unos sesenta y cinco buques principales –entre marinería, servicios logísticos y fuerza de combate que sumaba unos 15.000 hombres–, le dio un giro muy significativo a la dinámica del conflicto.

La Découverte se llamaba el buque en que llegó un Simón Bolívar de treinta y dos años a Jamaica el 14 de mayo de 1815. En la isla[4], el Libertador permaneció hasta finales de ese año clave,

---

3 «La clave para Bolívar estaba en saber vencer las tentaciones de la "discordia", las rivalidades o separaciones, cuando lo indispensable es la fe en la libertad común, ya que la separación o discordia era la que generaba las catástrofes (…) Bolívar fue a Bogotá en favor de la Unión; en marzo del mismo 1815 bajó a Cartagena –condecorado con el empleo de capitán general– para buscar la unión de los rivales y poder así volver sus fuerzas sobre Venezuela, como había hecho en 1813. Pero repentinamente todo había variado, con la llegada desde España del general Morillo al frente de un importante ejército, enviado por el rey, para pacificar la Costa-firme, quien pudo someter la isla de Margarita con gran facilidad. Así lograba hacer entrada a Caracas el 11 de mayo». Demetrio Ramos Pérez, *Simón Bolívar*, *el Libertador*, p. 40.

4 Luego de pisar la capital jamaiquina sus cartas a las personalidades de la

enfrentando estoicamente los apremios económicos, un intento de asesinato y la ambigüedad del Gobierno británico[5], que no se decidía a dar un respaldo más decidido a la causa emancipadora. De tal manera que el escenario inmediato de la Carta de Jamaica –documento de gran valía rubricado el 6 de septiembre de 1815[6]–, transcurre cuando el Libertador sufre los rigores del exilio y busca desesperadamente el respaldo militar externo para emprender con renovados bríos la Independencia del país:

> Durante esos siete meses de su estadía en [la] colonia inglesa, el panorama del mundo evolucionaba con un ritmo cambiante de proyección histórica universal. Era el momento en que se producía el eclipse definitivo de la estrella napoleónica; después de un período turbulento de prolongadas guerras iniciadas desde los días de la Revolución Francesa y terminado con la batalla de Waterloo, Europa volvía a estar en paz, y bajo la égida del Congreso de Viena y de la Santa Alianza, se iniciaba el período histórico llamado La Restauración, durante el cual vuelven los

---

isla no tardaron: a Maxwell y Wellwood Hyslop, comerciantes británicos; a William Montegu (duque de Manchester), gobernador de la isla; a Richard Wellesley; a Luis Brión, entre otros influyentes ciudadanos, dan testimonio. Igualmente en la prensa doméstica estampó su firma para persuadir a la opinión pública en pro de la revolución suramericana.

5 «Mantener a Europa en paz para extender mejor en el mundo su predominio comercial y colonial. Ese va a ser el objetivo básico de la política inglesa en este período que se inicia en 1815 después de la derrota de Napoleón. Por eso Inglaterra dirigida en esos momentos por el partido conservador –a pesar de ser una monarquía constitucional y constituir una democracia representativa, donde imperaba la soberanía del Parlamento y la Oposición democrática– se va a mostrar partidaria de la Restauración y a mantener el orden tradicional, y dará la espalda a toda manifestación o actividad que pretendiese cambiar el orden vigente y reemplazarlo por una regulación de orden político inspirado en postulados revolucionarios». Luis José Acosta Rodríguez, *Bolívar para todos*, t. I, p. 363.

6 El documento estaba dirigido a un inglés, quien se presume pudo haber sido Henry Cullen, súbdito británico residenciado en Falmouth, cerca de Montego Bay, en la costa norte de Jamaica. La primera publicación conocida de la Carta en castellano apareció impresa en 1833, en el volumen XXI, Apéndice, de la *Colección de documentos relativos a la vida pública del Libertador de Colombia y de Perú para contribuir a la historia de Suramérica*, compilada por Francisco Javier Yánez y Cristóbal Mendoza [22 tomos, 1826-1830]. El 6 de noviembre de 2014 se reportó la localización del manuscrito original castellano en el Archivo Histórico del Ministerio de Cultura del Ecuador.

> reyes depuestos por Napoleón a ocupar sus tronos, y se restablece el absolutismo como sistema de gobierno imperante; en abierta contradicción con los ideales revolucionarios que habían pretendido cambiar el orden político del mundo al conjuro de aquellos ideales igualitarios que la Revolución Francesa esparció por la tierra. Ahora asiste Europa a la pugna de dos sistemas beligerantes e irreconciliable oposición; a la vieja concepción de un orden político estático, mantenido en secular vigencia, basado en las monarquías tradicionales que eran el fruto de la historia anterior, se opone la aspiración de un nuevo orden donde tenga cabida como protagonista de la vida histórica el pueblo constituido en nación, con pleno ejercicio de su personalidad colectiva, y el absolutismo, como forma imperante de gobierno que aspiraba a seguir rigiendo el orden político europeo, se opone ahora [a] la aspiración de una organización republicana y democrática o por lo menos de preferencia por una monarquía constitucional, donde la voluntad del monarca quedara limitada por la soberanía del pueblo, por la vigencia de los derechos del ciudadano, proclamados y reafirmados en la Constitución.[7]

Desde todo punto de vista mencionar la Carta de Jamaica es aludir a un documento capital del Pensamiento Latinoamericano. En la descripción[8] que hace el Libertador sobre las colonias españolas, así como su examen de Nueva Granada, Venezuela, Río de la Plata, Chile, Perú y México, refiere la premisa de que el lenguaje es más que un vehículo imparcial para la expresión del pensamiento, es el espacio en el cual los distintos grupos sociales pulsan por imponer conceptos en contextos históricamente establecidos. Ello se puede entender como que todas las formas de discursividad

---

7 L.J. Acosta Rodríguez, ob. cit., t. I, p. 362.

8 «Conocido su fino espíritu crítico, es lógico suponer que por este tiempo el amaneramiento barroco de la literatura española fuese también objeto de sus meditaciones y figurase en el cuadro que había trazado de la gran decadencia de España contra la cual debían reaccionar los pueblos americanos. En contraste con esto, le seducían la frescura, la limpidez y la profundidad de las literaturas inglesa y francesa que devoraba incesantemente. En sus escritos de Jamaica se notará, bien definido, el propósito de crearse un nuevo instrumento idiomático, opuesto a la preceptiva latina y limpio de mitos difuntos: un instrumento directo, robusto y al mismo tiempo flexible como la naturaleza del mundo nuevo. No podía cojear de este pie su figura rotunda de revolucionario auténtico». Ramón Díaz Sánchez, *Bolívar, el Caraqueño*, p. 137.

utópica están circunscritas en un contexto inmediato del universo discursivo (real o posible) de una época y sociedad determinadas siempre en conflicto. Y la Carta de Jamaica no es la excepción.

El objetivo más perentorio de Simón Bolívar en su Carta de Jamaica es adjudicarle un carácter de «guerra de exterminio» a las acciones de España sobre América, edificando una imagen en la cual los peninsulares se asuman como el «antihéroe» nacional, pero dejando claro que su antihispanismo acusado no conspira contra Europa toda, dando luz verde a la opción de un acuerdo ulterior con los ingleses[9]. Epítetos como *destructores, perversos*, *tiranos*, *sanguinarios,* entre otros, tienen en gran medida ese propósito.

En su contrapunteo con el señor Henry Cullen, dice Bolívar no tener a la mano el reservorio bibliográfico[10] para argumentar sus comentarios, y admite la imposibilidad de responder las

---

9 «Inglaterra, a principios del siglo XIX, abría violentamente los mercados para colocar sus manufacturas y extraer las materias primas que necesitaba. Bolívar comprendió que el Imperio Británico tenía intereses en el comercio libre y que contribuiría a abatir el monopolio absurdo de la metrópoli. Por eso pedía auxilio al poderoso, que no nos ayudaría por generosidad, o por espíritu libertario, sino por conveniencia». Alfredo Palacios, «Bolívar y Alberdi…», p. 71. «Bolívar siempre había tratado de interesar a los británicos para que interviniesen en favor de la revolución. Las Antillas habían sido un refugio para los independientes; allí buscaron seguridad y un arsenal para las armas. Bolívar intentó explicar a los ingleses que podrían ganar mucho con muy poco esfuerzo. Todo lo que se requería eran veinte o treinta mil cañones, un empréstito de un millón de libras esterlinas, quince o veinticinco buques de guerra, municiones y unos cuantos voluntarios. Como recompensa, el Gobierno británico obtendría las provincias de Panamá y Nicaragua. Entonces Inglaterra construiría canales que uniesen el océano Atlántico con el Pacífico. Ese paso convertiría a estos países en el centro del comercio mundial y aseguraría a Inglaterra la superioridad comercial en todos los tiempos». Gerhard Masur, *Simón Bolívar*, pp. 224-225.

10 «Son doce autores diversos (los que cita Bolívar en la Carta de Jamaica), de los cuales cuatro como Las Casas, Solís, Herrera y Acosta pertenecían a la literatura clásica de la Historia de América; Montesquieu era suficientemente conocido con el tiempo; Humboldt comenzaba a editar sus estudios; Walton y el abate de Pradt de primera actualidad en el momento; Blanco White vivió en Londres en su interesante actuación política y literaria; Saint Pierre era una lectura erudita y fray Servando Teresa de Mier, recién tenía publicada su obra más importante. Se trataba de lecturas hechas durante sus tiempos caraqueños, en Francia, la visita a la biblioteca de Miranda en Londres y en el mismo momento que estaba escribiendo (la Carta de Jamaica)». Tomás Polanco Alcántara, *Simón Bolívar: ensayos de…*, p. 392.

preguntas formuladas por el caballero inglés sobre la situación política americana. No obstante, en sus «conjeturas» sobre los tres siglos de dominación española el Libertador toma como criterio de autoridad al barón Alejandro de Humboldt «con su universalidad de conocimientos teóricos y prácticos», y «al apóstol de la América» fray Bartolomé de las Casas, para satisfacer las incógnitas de su interlocutor y comenzar su ilustrativa exposición. Vemos que en Humboldt-Las Casas, dos apoyos nada decorativos, encuentra Bolívar parte del acicate moral a la hora de explayarse acerca del antagonismo social que quiere denunciar en su Carta de Jamaica. Recordemos una nota biográfica en la vida del Libertador más de una década atrás. Tengamos en cuenta que la disipada conducta del viudo Simón Bolívar en su segundo viaje, pronto halló un cauce más constructivo. Que la Europa de bohemias rápidamente encontró la contención de una razón para existir: ascender al Vesubio con el barón de Humboldt y el físico francés Gay-Lussac generó una ebullición en el alma del joven mantuano. Los periplos y las vivencias del sabio alemán sirvieron de alimento para un proyecto en ciernes. Enfaticemos que el científico europeo era poco optimista por la ausencia de un líder que capitaneara la empresa emancipadora aquende: ignoraba que estaba frente al futuro Libertador. Por otra parte tiene presente Bolívar a fray Bartolomé de las Casas. Columbrado como uno de los pilares del derecho internacional y apólogo de los indígenas, Las Casas estuvo convencido de la racionalidad de los originarios, sustento de su condición humana. En su archiconocida *Brevísima Relación de la Destrucción de las Indias*, obra hija del siglo XVI, al pintar vívidamente las atrocidades de sus paisanos invasores, funge como especie de «informe» pionero de los «derechos los humanos modernos». En consecuencia, hace alusión así el Libertador a dos *símbolos* importantes: la ciencia y la religión que deben estar direccionadas al proyecto de liberación. Si con su cercanía a Humboldt evaluó Bolívar cómo la ciencia puede estar al servicio de la Independencia, con la ecuánime lectura del lejano Las Casas pudo el Libertador calibrar el papel redentor de un sincero cristianismo en una América saqueada, y esta díada ciencia-religión no podía estar al margen, y en ello el Libertador quería ser claro.

Pese a su requisitoria sobre las desmesuras de los españoles Bolívar no hace concesión con el negativismo, asevera que «el destino de América se ha fijado irrevocablemente», lo que nos hace presumir de su providencialismo excesivo. Lo significativamente atractivo de su alocución es la forma de exponer la ruptura de marras: un rompimiento sin reconciliación alguna, porque ahora «más grande es el odio que nos ha inspirado la Península que el mar que nos separa de ella». Si bien la obediencia, la economía, la educación, la religión, servían de elementos unitivos entre los hispanos y los territorios de ultramar, apunta, tanto los desmanes como «la muerte, el deshonor, cuanto es nocivo, nos amenaza y tememos: todo lo sufrimos de esa desnaturalizada madrastra». Una «desnaturalizada madrastra», que en el imaginario[11] de la época bien representa el engaño, la envidia, lo perverso, vocablos asociados a relatos conocidos de sus contemporáneos y que inconscientemente se relacionan con nuestras propias vivencias. De tal forma que el móvil de la contienda contra el nexo colonial no fue solo por el abuso de poder, sino por *la traición* de una progenitora que nunca quiso a sus hijos, metáfora muy cara para erosionar la premisa muy arraigada de la «Madre Patria» española. En contraposición a la «madrasta» implícitamente está la madre buena y dulce que encarna en el verbo del Libertador a una América floreciente, la que está por edificarse.

Pero el exhorto para ser consciente e impresionar al *otro* tiene que diagnosticar la problemática existente, para luego proponer plausibles correctivos. En ese sentido se extiende el Libertador puntualizando el estado del hemisferio. Su balance lo acompaña con un tono constructivo, convidando a no perder la fe en «la fortuna» para cambiar el sino de un continente en subversión. Plantea que mientras las provincias del Río de la Plata han alcanzado militarmente el Alto Perú, «cerca de un millón de habitantes disfruta allí de su libertad»; refiere que Chile, con una población

11 Imaginario es un término que denota representaciones sociales acrisoladas en grupos o en instituciones. Como concepto, parte del principio de que la vida social no está necesariamente determinada materialmente. Las imágenes mentales, los valores, las costumbres, los hábitos, las tradiciones, la transmisión oral, los mitos, los proyectos, etcétera, contribuyen a la configuración de la realidad más próxima.

un poco menor, cuenta con los araucanos, garantía inmediata de Independencia. Al virreinato del Perú, que casi dobla poblacionalmente a Chile, lo califica de «sumiso» y a la Nueva Granada la estima como «el corazón de la América» con dos millones y medio de habitantes que bregan por quitarse de encima a Pablo Morillo, y en la que la libertad de Cartagena es neurálgica para mutar la correlación de fuerzas de la zona. Del caso venezolano habla en términos de un genocidio:

> En cuanto a la heroica y desdichada Venezuela sus acontecimientos han sido tan rápidos y sus devastaciones tales, que casi la han reducido a una absoluta indigencia y a una soledad espantosa; no obstante que era uno de los más bellos países de cuantos hacían el orgullo de América. Sus tiranos gobiernan un desierto, y solo oprimen a tristes restos que, escapados de la muerte, alimentan una precaria existencia: algunas mujeres, niños y ancianos son los que quedan. Los más de los hombres han perecido por no ser esclavos, y los que viven combaten con furor en los campos y en los pueblos internos hasta expirar o arrojar al mar a los que, insaciables de sangre y de crímenes, rivalizan con los primeros monstruos que hicieron desaparecer de la América a su raza primitiva. Cerca de un millón de habitantes se contaba en Venezuela; y, sin exageración se puede asegurar que una cuarta parte ha sido sacrificada por la tierra, la espada, el hambre, la peste, las peregrinaciones; excepto el terremoto, todos resultados de la guerra.[12]

También le parece alarmante el caso de Nueva España, virreinato que para 1808 contaba con casi ocho millones de habitantes, incluyendo Guatemala (cita otra vez a Humboldt), sus bajas exceden el millón de ciudadanos. Pero, a pesar de «sacrificios humanos» la victoria sonreirá a los mexicanos, vaticina el Libertador ahora parafraseando a Reynal. Las islas de Puerto Rico y Cuba entran en su «ojeada»: territorios que entre ambos «pueden formar una población de setecientas a ochocientas mil almas», cómodamente han sido dominados por los españoles, muchas veces ante la mirada pasiva de los hermanos de causa, de allí su pregunta capciosa sobre la condición de los «americanos insulares»

12 Simón Bolívar, Carta de Jamaica, p. 65-66.

igualmente vejados y deseosos de libertad. Posteriormente en su Carta de Jamaica categoriza:

> Este cuadro representa una escala militar de 2.000 mil leguas de longitud y 900 de latitud en su mayor extensión, en que 16.000.000 americanos defienden sus derechos, o están oprimidos por la nación española, que aunque fue en algún tiempo el más vasto imperio del mundo, sus restos son ahora impotentes para dominar el nuevo hemisferio y hasta para mantenerse en el antiguo.[13]

Este juicio geoestratégico sobre el estado del arte de la América va aparejado de una exoneración parcial de los mismos europeos. En todo caso su *leit motiv* es enfatizar –por sus abusos y exacciones– la excepcionalidad hispana, principal adversario a desenmascarar entre sus iguales, «vieja serpiente» que no tiene la potencia de otrora. Y volverá con sus preguntas provocadoras:

> … ¿está la Europa sorda al clamor de su propio interés? ¿No tiene ya ojos para ver la justicia? ¿Tanto se ha endurecido para ser de este modo insensible? Estas cuestiones cuanto más las medito, más me confunden; llego a pensar que se aspira a que desaparezca la América; pero es imposible, porque toda la Europa no es España. ¡Qué demencia la de nuestra enemiga, pretender reconquistar la América, sin marina, sin tesoros y casi sin soldados! Pues los que tiene, apenas son bastantes para retener a su propio pueblo en una violenta obediencia y defenderse de sus vecinos. Por otra parte, ¿podrá esta nación hacer el comercio exclusivo de la mitad del mundo sin manufacturas, sin producciones territoriales, sin artes, sin ciencias, sin política? Lograda que fuese esta loca empresa, y suponiendo más, aun lograda la pacificación, los hijos de los actuales americanos unidos con los de los europeos reconquistadores, ¿no volverían a formar dentro de veinte años los mismos patrióticos designios que ahora se están combatiendo?[14]

Del sarcasmo también hace uso el Libertador para pintar dramáticamente una obstinada monarquía que viene por la reconquista de sus colonias. Invita Simón Bolívar al Viejo Mundo todo

13 Ob. cit., p. 67.
14 *Idem*.

a convencer a España de abandonar tan temeraria empresa, signo de mortandad y crimen. Menos gastos, menos sangre, si paran las hostilidades; más prosperidad si se impone la sensatez de respetar la vida del otro, asegura. De tal modo que ya no se trata de la emancipación de América, sino de su existencia *per se*, y en esto Europa tiene una grave responsabilidad, tanto por las relaciones internacionales que lo exigen como por la dinámica comercial que lo requiere. Establece encendidamente Simón Bolívar superar las pasiones de la venganza, ambición y codicia que signan la España fernandina, que prive la racionalidad de los europeos prestos a ayudarnos, así como la colaboración de los apáticos estadounidenses a favor de la causa bella y justa de la liberación, sin precedentes en los anales históricos. Agregaba además el Libertador, que si bien Napoleón Bonaparte apresó a los reyes españoles en 1808, fenómeno que sirvió de catalizador para la crisis de la monarquía y la consecuente guerra de Independencia, ni el trato dado por el francés a los Borbones en uno de sus minutos más aciagos, se compara con el oscuro expediente de exterminio y humillación que padecieron las autoridades indígenas ante los invasores hispanos. Señala cómo todavía existe cierto margen de humanidad en los europeos entre sí, y la mínima conmiseración para con los americanos, y más si estos son indo-originarios. Ponderar lo sucedido en México a Moctezuma como en Perú al inca Atahualpa, el primero asesinado presumiblemente por Hernán Cortés y el segundo silenciado por Francisco Pizarro y Diego Almagro, es más que ejemplificante en este razonamiento.

> Si a Guatimozín sucesor de Moctezuma, se le trata como emperador y le ponen la corona, fue por irrisión y no por respeto, para que experimentase este escarnio antes que las torturas. Iguales a la suerte de este monarca fueron las del rey de Michoacán, Catzontzin; el Zipa de Bogotá, y cuantos Toquis, Incas, Imas, Zipas, Ulmenes, Caciques y demás dignidades indianas sucumbieron al poder español.[15]

Así, el Libertador pondera el papel histórico de los indígenas en el proceso de conquista. Hace un juego comparativo entre

15 *Ibidem*, pp. 68-69.

lo ocurrido a Fernando VII con el Ulmén de Copiapó, del Chile de comienzos del siglo XVI, solo que en el primer caso el usurpador español tuvo como desenlace un *besamanos*, mientras que el personaje del segundo caso, tuvo un fin aterrador. Sobre nobles indígenas que pese a ser torturados, empalados y quemados por la sed de oro del invasor, mantuvieron su dignidad y defendieron sus principios con estoicismo, sostiene entre líneas el Libertador su postura negadora de la dominación hispánica a la vez de exigir un cambio de las viejas instituciones coloniales.

Este imperativo de una fuerza creadora de formas sociales nuevas se traduce en *función crítico-reguladora del discurso utópico* presente en la Carta de Jamaica, documento que abre un abanico de opciones para la gimnasia de un pensar prospectivo, que interroga intensivamente su presente en función de una idea futura y de una acción transformadora histórico-concreta que paulatinamente va ganando terreno de legitimidad.

UN PEQUEÑO GÉNERO HUMANO

En la Carta de Jamaica cita Bolívar las razones para romper con el nexo colonial: los excesos de los dominadores españoles, la falta de la más elemental política, las más básicas violaciones de los derechos del ciudadano o súbdito, la aplicación del absolutismo que supera los desmanes del despotismo oriental incluso, en virtud de que los regímenes en los cuales la voluntad de los sultanes es la ley suprema no distan mucho de sus hispanos españoles. Ser tenidos como «infantes permanentes», siervos solo para el trabajo de economías mercantiles, dependientes, estancadas y monopolizadas por los peninsulares es parte de su rosario de motivos. Además sostiene:

> Estábamos, como acabo de exponer, abstraídos y, digámoslo así, ausentes del universo en cuanto es relativo a la ciencia del gobierno y administración del Estado. Jamás éramos virreyes ni gobernadores sino por causas muy extraordinarias; arzobispos y obispos pocas veces; diplomáticos nunca; militares solo en calidad de subalternos; nobles, sin privilegios reales; no éramos,

> en fin, ni magistrados ni financistas, y casi ni aun comerciantes; todo en contravención directa de nuestras instituciones.[16]

Se remonta el Libertador al emperador Carlos V para tomarlo como modelo de la enajenación permanente de estos territorios por parte los reyes de España, tierra secuestrada, *especie de propiedad feudal para sí y sus descendientes*. Asimismo señala cómo las normas establecidas servían para detentar el poder a los *originarios de España*: empleos civiles, eclesiásticos y de rentas quedan en manos de los hispanos con una legalidad tendenciosa de base. Si esta forma de gobierno despótico se instauró por trescientos años al margen del ejercicio mínimo de los derechos ciudadanos, ergo, América no tiene las condiciones objetivas y subjetivas para romper con la monarquía, como de hecho ocurrió con la creación de la Regencia de Cádiz, que dio paso al 19 de abril de 1810, recuerda. Si los americanos luchan por la emancipación desde hace un lustro –inquiere Bolívar– lo han hecho sin la preparación previa que amerita este proceso tan magnánimo como trascendente, de allí que cuando los ejércitos napoleónicos ocuparon la península ibérica los americanos quedaron *huérfanos*. Primero, obedientes a un monarca español que los defraudó, luego, la incertidumbre sobre el paradero de Fernando VII, y por último, la subordinación a una institución ilegítima que se arrogó la representatividad de los americanos; por eso confiesa el Libertador «nos precipitamos en el caos de la revolución». Si así fue el caso doméstico, Nueva Granada, Buenos Aires, Chile y México, también tuvieron sus especificidades.

Uno de los aspectos más apreciados de la Carta de Jamaica es el énfasis que hace en todo momento en la historicidad de lo americano, máxime en un instante en el que hay un fenómeno capital por antonomasia: la guerra de Independencia. En este sentido era demandante imponer cierta lógica binaria en el discurso de un *nosotros* contra un *ellos*, para luego avanzar simultáneamente sobre el carácter continental del conflicto. Por eso se aseguró el Libertador de que su misiva fuera vista como expresión de una coyuntura social e históricamente relativa: una colonia que ya hemos resuelto dejar de ser. De allí que si bien reconoce Simón Bolívar

16 *Ibidem*, p. 73.

las limitaciones de su análisis y su casi imposibilidad de predecir el futuro inmediato del Nuevo Mundo –que sea monarquía o república el sistema político a adoptar le parece un dilema por lo pronto–, no abandona lo que llama «una imagen de la situación», en la que lo primero es desentrañar *qué somos*. Al ubicarnos afloran los referentes de distintividad, un «nosotros» plural, –inclusivo pero a la vez contrastante–, que da paso a un nacimiento y a una muerte, a una dialéctica entre el mañana que nos espera y un pasado que vamos dejando atrás:

> Nosotros somos un pequeño género humano; poseemos un mundo aparte, cercado por dilatados mares; nuevo en casi todas las artes y ciencias, aunque en cierto modo viejo en los usos de la sociedad civil (…); mas nosotros, que apenas conservamos vestigios de lo que en otro tiempo fue, y que por otra parte, no somos indios ni europeos, sino una especie media entre los legítimos propietarios del país, y los usurpadores españoles; en suma, siendo nosotros americanos por nacimiento, y nuestros derechos los de Europa, tenemos que disputar estos a los del país, y que mantenernos en él contra la invasión de los invasores; así nos hallamos en el caso más extraordinario y complicado.[17]

Por eso el calibre fundacional de sus palabras, al acentuar nuestro difícil mestizaje, primera respuesta a lo que somos, fe y quebranto de pensadores posteriores.

En su intrincado devenir histórico el imperativo de identidad es persistente tanto como el anhelo de soberanía y autodeterminación. La interrogante de ser o no Occidente, de ser o no ser una mera extensión de Europa o una realidad *sui generis,* es un preguntar hamletiano casi obsesivo que se deja oír en muchos de los pensadores de los últimos dos siglos. Es así como la identidad es una cuestión, un problema más que un hecho *per se* en el cual la construcción, reconstrucción y desconstrucción dialécticas es un transitar entre la opción de ser otros o ser *nosotros mismos*. En estas tensiones internas de ser otros sin negar por ejemplo nuestra presencia indígena, negroide, mestiza o criolla surgen diversas expresiones políticas e ideológicas que han atravesado nuestro plexo cultural y nuestras experiencias históricas. La lucha por

17 *Ibidem*, pp. 70-71.

homogenizar, en un mundo de fragmentaciones culturales, una «identidad latinoamericana» es el gran asunto. El repertorio de respuestas ha sido extenso, algunos han marcado tendencias que, con sus tonalidades, sobreviven en la actualidad. Desde el mismo momento que José Martí, tomando en cuenta el pensamiento bolivariano, afirmó que el mestizaje («El hombre natural») es la legitimación del ser americano y resaltó las valencias de la tradición latinoamericana y caribeña en contraposición a la modernidad chucuta de finales del decimonono, la discusión está servida.

Es en el núcleo identitario, entonces, que divisa el Libertador el meollo del asunto: al obtener conciencia o representación político-cultural del individuo sobre la propia pertenencia a un colectivo, ya justifica de suyo, política y moralmente, nuestra ruptura de España, tanto de hecho como de derecho. Sin embargo, es bueno decirlo, su «pequeño género humano» no implica al pueblo llano, sino que «Bolívar habla propiamente de su clase, expresa los juicios de los criollos».[18] Haciendo una rápida retrospectiva a menos de un año, en la cual los sectores desposeídos arrearon banderas de los patriotas y enarbolaron la del realismo, es más que elocuente. Solo pensar en la famosa emigración a Oriente de 1814, huelgan los comentarios. De aquí que parecidos criterios maneja Pino Iturrieta (1999), respetando las diferencias respectivas con Acosta Saignes:

> El «pequeño género humano» está constituido por otro tipo de personas que pudieran ser quienes integran el resto de la sociedad –los negros, los blancos y los mestizos– si no los unificara el autor en el hecho de poseer derechos semejantes a los de los europeos. Como no han ejercido en América tales derechos los negros y mestizos, o los han ejercido de manera restringida, uno pudiera suponer que se refiere a los blancos, o a cierto tipo de blancos, pues no todos disfrutaban a plenitud en la Colonia los derechos provenientes de la tradición metropolitana. Ciertamente el texto utiliza los vocablos «especie media» para calificar a los americanos distintos de los indios. Tales vocablos pudieran referirse a los mestizos, lo cual los haría de inmediato partícipes del «pequeño género humano», pero no es así. Califican a las personas, que sin ser españoles peninsulares, han luchado con el

18 Miguel Acosta Saignes, *Bolívar, acción y utopía…*, p. 151.

> elemento autóctono por la posesión de los derechos sobre la tierra. Hablan entonces, sin admitirlo expresamente, de los blancos criollos. Ellos son el «pequeño género humano».[19]

Pero, si ciertamente el Libertador habla exclusivamente a sus pares criollos, no podemos descontextualizar tal aseveración.

Simón Bolívar vio de cerca la falta de una mayoría capaz de tomar la senda republicana después de tres siglos de colonialismo. Ello explica en gran medida su dinámica noción de pueblo expuesta en sus principales documentos. Si bien en 1812, en su Manifiesto de Cartagena, se refiere al pueblo[20] como un conglomerado de «estúpidos que desconocen el valor de sus derechos», la lección de la caída de la Segunda República le hace recoger sus duras consideraciones. En ese sentido, afirma en la Carta de Jamaica que la experiencia –en Caracas y en la Nueva Granada– certifica el divorcio entre las instituciones representativas y la idiosincrasia de nuestros pobladores. Las pugnas de facciones, el desacierto de la adopción del federalismo para Estados incipientes, el excesivo poder de los gobiernos provinciales, la ausencia

---

19 Elías Pino Iturrieta, *Nueva lectura de la Carta de Jamaica*, p. 26.

20 El término pueblo en la tradición occidental tiene varios significados. Genéricamente se define como un grupo o conjunto de personas que viven en una nación; otros, de manera más específica, como una asociación con intereses afines sujeta a normas claras. Hay quienes, echando mano a cierto legado grecolatino con resonancia actual, lo conceptualizan como un agregado de individuos que gozan de derechos civiles y de obligaciones políticas. En su devenir con el nacimiento del Estado-nación moderno, pueblo se entendió, con sus matices, como una comunidad con cultura, religión o elementos comunes. «Todo para el pueblo, pero sin el pueblo», sería un lema emblemático del siglo XVIII, momento de cambios profundos y de déspotas ilustrados, hora en la que comienza una identificación más precisa entre el denominado Tercer Estado con pueblo y nación, como lo expresó claramente E.J. Sièyes en el marco de la Revolución Francesa. En el caso específico de Venezuela tropezaremos –desde la generación independentista hasta hoy, con pocas excepciones–, con acepciones de pueblo como sinónimo de ignorante o noble, según las apetencias, ciertamente inconfesables, del juez calificador. Ejemplo de ello son los juicios de José de Austria, Francisco Javier Yánez, como tantos otros, que asociaron el término pueblo con «populacho» o con grupos carentes de valores asociados al republicanismo. Pueblo así visto, lo concebimos como sectores sociales excluidos contrarios a minorías rectoras detentoras egoístamente del poder y de los recursos. En la Independencia venezolana negros, indios y pardos, con sus matices y variantes, representan a estos grupos mayoritarios, explotados y marginados social y racialmente.

de centralismo, entre otros factores, han impedidos erigir sólidas organizaciones. Esas carencias de «talentos y las virtudes políticas que distinguen a nuestros hermanos del Norte, los sistemas enteramente populares, lejos de sernos favorables, temo mucho que vengan a ser nuestra ruina», escribe. Visto de esta forma:

> La visión bolivariana del cambio revolucionario no era aquella de un europeo o un norteamericano, y existían limitaciones básicas en el sentido de que modelos foráneos pudiesen servirle. Él vivió en un mundo con una historia, capacidad y organización social diferentes y actuó entre individuos con diferentes expectativas. Las soluciones políticas y las formas de gobierno, según pudo apreciar, debían adaptarse a las condiciones americanas y a satisfacer las necesidades americanas.[21]

Y para respaldar su posición sobre la falta de pueblo sin luces, el Libertador transcribe a uno de sus filósofos modernos favoritos: «Es más difícil, dice Montesquieu, sacar un pueblo de la servidumbre, que subyugar uno libre».[22]

Después de Jamaica, por el cauce que tomaron los eventos, se mostrará más considerado con los negros, pardos e indios, lo

---

21 John Lynch, «El pensamiento de Simón Bolívar…», p. 134.

22 Sobre esta expresión lapidaria tanto Rodríguez Iturbe (1973) como Franceschi (2001) refieren sus implicaciones y procedencias. «Estas palabras de Bolívar recuerdan las agudas observaciones de Maquiavelo en su *Discursos sobre Tito Livio* al referirse al pueblo que "acostumbrado a vivir bajo la dominación de un príncipe, si por acaso llega a ser libre, difícilmente conserva la libertad"…"Esta dificultad –escribe Maquiavelo– es razonable porque el pueblo que en tal caso se encuentra, es como un animal fiero criado en prisión, que si se le deja libre en el campo, a pesar de sus instintos salvajes, faltándole la costumbre de buscar el pasto y el refugio, es víctima del primero que quiera aprisionarlo. Lo mismo sucede a un pueblo habituado al gobierno ajeno: no sabiendo decidir en los casos de defensa u ofensa pública, no conociendo a los príncipes, ni siendo de ellos conocido, pronto recae en el yugo, el cual es muchas veces más pesado que el que poco antes se quitó del cuello». José Rodríguez Iturbe, *Génesis y desarrollo*… p. 394. Por su parte Franceschi afirma: «Además de esa referencia directa de Montesquieu en el texto anterior, en las restantes aserciones de Bolívar pueden trazarse otras nociones evidentemente provenientes del autor del *Espíritu de las Leyes*. Es claro que en esta parte analizada antes, Bolívar se basaba fundamentalmente en el contenido del Libro XIV "Las leyes en relación con la Naturaleza del Clima" del célebre tratado de Montesquieu». Napoléon Franceschi, *El pensamiento político del Libertador…,* pp. 68-69.

que habla de un Libertador más paternalista que despectivo. En Angostura, para 1819, ya se autodefinía como un instrumento de las peticiones de los más humildes.

Es así como el sujeto histórico llamado a la liberación es el criollo, entendido no solo como una clase social, sino como el hijo de la mezcla de tres herencias notables. De tal forma que, superando las expectativas de su momento, Bolívar se expresó más que como un mantuano preso de las condicionantes de grupos: es innegable el talante progresista de su verbo y el ánimo latinoamericanista palpable en sus páginas. Todos estos elementos hacen que Bolívar contradiga la tesis de la incapacidad de los americanos de edificar su propio destino; en este sentido vemos cómo en la Carta de Jamaica la práctica de la utopía *es liberación de todo supuesto determinismo legal*, es crítica contra toda naturalidad y verdad instituida, es el reconocimiento de la contingencia ante la imposición de las leyes de la supuesta realidad «que no cambia». Su factura aunque pueda lucir conservadora es de avanzada.

SÍ PODEMOS

Hemos observado cómo el Libertador se aboca a señalar los nudos de la situación americana, además de establecer el sujeto social que debe asumir la responsabilidad histórica. Pero su preocupación no llega hasta un tono admonitorio, sino que su imaginario subversivo hace que su Carta de Jamaica se proyecte hacia la dimensión del futuro, concebido como un posible-otro y no como burdo remedo de lo acaecido[23]. También hay una carga propositiva en su mensaje[24].

---

23 En todo caso la temporalidad no es homogénea. Arturo Andrés Roig puntualiza dos formas antitéticas: las *utopías del orden*, en las que impera la tendencia a negar el factor contingente a favor de una comprensión repetitiva y cíclica de la temporalidad, similar al mito; y las *utopías de la libertad* en las que se enfatiza el futuro, no como producto del presente, sino como posibilidad «otra», que rompe las totalidades objetivas de la sociedad establecida.

24 Acerca de este asunto Navarrete Orta hace un estudio comparativo entre la Carta a los españoles americanos, de Juan Pablo Viscardo y la Carta de Jamaica del Libertador, que es ciertamente interesante. Afirma el investigador: «Esta incursión por dos textos fundamentales del pensamiento latinoamericano nos indica que ellos, diferenciados, como hemos visto, por más de

Si bien el Libertador coincide con Mr. de Pradt sobre la división político-administrativa de América «en quince o diecisiete Estados independientes entre sí», rechaza las formas de gobierno monárquico. La falta de prosperidad, de paz, de comercio, de derecho, etcétera, lo hace apólogo del republicanismo. La innegable tendencia a la tiranía, tomando a Roma de ejemplo, le sirve de pábulo para propugnar una fórmula política contraria a cualquier «anarquía demagógica» o «tiranía monócrata» para la vasta región. Del mismo modo, pese a rehuir del tinte predictivo en su escrito, se atreve a hacer proyecciones sobre el destino de estas naciones, asunto que se ha tenido tradicionalmente como el aspecto *profético* de su Carta. Aunque «repetir incesantemente las cualidades proféticas de la Carta de Jamaica demuestra miopía en la comprensión de Bolívar como ser histórico, pero, además sirve para desviar la atención de las lecciones anticolonialistas que se desprenden de su acción y están aún vigentes…»[25].

De México, partiendo de sus especificidades –localidades, riquezas, población y carácter– sentencia que adoptará una república representativa con un fuerte poder Ejecutivo. De los Estados del istmo de Panamá hasta Guatemala dice que posiblemente conformarán una asociación, destacando las bondades de su posición geográfica interoceánica. Además el Libertador categoriza que:

> Nueva Granada se unirá con Venezuela, si llegan a convenirse en formar una república central, cuya capital sea Maracaibo o una nueva ciudad que con el nombre de Las Casas (en honor de este héroe de la filantropía), se funde entre los confines de ambos países, en el soberbio puerto de Bahía Honda[26]. Esta posición

---

una razón, pero a la vez emparentados por motivaciones similares, incluso coincidentes en ciertas líneas argumentales y en sus fuentes de apoyo, representan dos momentos de un mismo proceso: el de transición entre la crisis del poder colonial y el diseño del proyecto oligárquico republicano. El documento de Viscardo representaría el primer momento: la explicación inequívoca de la decisión de ruptura; el de Bolívar, el segundo: la enunciación de los postulados fundamentales que debían sustentar el proyecto emancipador». Luis Navarrete Orta, *Trincheras de ideas…*, pp. 63-64.

25 Miguel Acosta Saignes, ob. cit., p. 150.

26 En torno a este preciso dato geográfico Bencomo Barrios señala el desacierto del Libertador: «Cuando Bolívar recomienda Bahía Honda como asiento de la república en proyecto, le asigna grandes cualidades que no

> aunque desconocida, es más ventajosa por todos respectos. Su acceso es fácil y su situación tan fuerte, que puede hacerse inexpugnable. Posee un clima puro y saludable, un territorio tan propio para la agricultura como para la cría de ganados, y una grande abundancia de maderas de construcción. Los salvajes que la habitan serían civilizados, y nuestras posesiones se aumentarían con la adquisición de la Guajira. Esta nación se llamaría Colombia como tributo de justicia y gratitud al creador de nuestro hemisferio.[27]

Aquí, vale decir, presagia la República de Colombia. Apunta del mismo modo el Libertador que el gobierno a tomar esta futura entidad debe ser semejante al inglés, sin corona pero con un poder ejecutivo sólido, electivo (hasta vitalicio, mas no hereditario), con una tentativa cámara o senado legislativo hereditario, un cuerpo legislativo de libre elección. Empero, asume Bolívar que dicha propuesta puede encontrar resistencia en la mismísima Nueva Granada desafecta a un gobierno central, más amante al federalismo. Con manifiesta restricciones de fuentes para respaldar sus opiniones, esgrime el Libertador que en Buenos Aires habrá un gobierno central militarista y oligárquico. Por su ubicación, costumbres y virtudes, ve un Chile que puede emanciparse. En Perú, en sentido inverso, encuentra oro y esclavos, muros de contención contra la Independencia. El comportamiento pro monárquico de la dirigencia limeña contra Quito, Chile y Buenos Aires, corrobora lo antes dicho. De todo lo explicado infiere Bolívar en su Carta de Jamaica una constelación variopinta de naciones que se esfuerzan por romper el lazo colonial: desde repúblicas

---

posee y hasta la llama "soberbio puerto", "territorio propio para la agricultura y para la cría de ganados" y poseedora de una "grande abundancia de maderas de construcción". La zona en cuestión es una bahía de la costa caribeña de Colombia, en el municipio de Uribia, departamento de la Guajira. Está comprendido entre las puntas Soldado y Cañón y dista de Río Hacha 145 kilómetros. Su profundidad no es superior a dos metros, por lo cual es navegable solo por pequeñas embarcaciones; característica que desvirtúa la condición de "soberbio puerto", atribuida por Bolívar. Su importancia dimana más de la explotación de sal existente en sus alrededores que de la agricultura y de la cría de ganados». Héctor Bencomo Barrios, *Bolívar ante la política*, pp. 89-90.

27 *Ibidem*, p. 81.

federales y centrales hasta las más extrañas monarquías se ensayarán en los extensos territorios, vaticina.

> Es una idea grandiosa pretender formar de todo el mundo nuevo una sola nación con un solo vínculo que ligue sus partes entre sí y con el todo. Ya que tiene un origen, una lengua, unas costumbres y una religión debería, por consiguiente, tener un solo gobierno que confederase los diferentes Estados que hayan de formarse; **mas no es posible** porque climas remotos, situaciones diversas, intereses opuestos, caracteres desemejantes dividen a la América. ¡Qué bello sería que el istmo de Panamá fuese para nosotros lo que el de Corinto para los griegos! Ojalá que algún día tengamos la fortuna de instalar allí un augusto Congreso de los representantes de las repúblicas, reinos e imperios a tratar y discutir sobre los altos intereses de la paz y de la guerra, con las naciones de las otras tres partes del mundo.[28]

Es la tan manida expresión: «Yo deseo más que otro alguno ver formar en América la más grande nación del mundo, menos por su extensión y riquezas que por su libertad y gloria», la que ha suscitado las más diversas interpretaciones siempre vinculadas al modo unionista de su ideario. Pero en honor a la verdad, generalmente esa cita se toma incompleta. Si bien su autor invoca la unidad al mismo tiempo agrega la imposibilidad de su anhelo «por el momento». La necesidad de una gran república o a lo peor, de una monarquía universal, está muy lejana, dice. Otra vez las fuerzas disgregadoras endógenas harían estragos: la anarquía, el despotismo y el divisionismo conspirarían contra la concreción de la misma. Si bien México y el istmo de Panamá llegasen a ser la metrópoli y el punto geo-estratégico por excelencia del hemisferio, respectivamente, el desorden igual nos devoraría. Tanto el «espíritu de partido» como «los magnates de las capitales» jugarían para la desarticulación, reitera.

Pese al cierto pesimismo que se le puede endilgar a sus palabras anteriores sobre la momentánea imposibilidad de la unión, el Libertador no cae en el derrotismo. Lucha Bolívar, incluso contradiciéndose, por materializar esa «esperanza infundada», como él mismo la califica. Así, en la cita anterior, creemos no exagerar,

28 *Ibidem*, p. 83. Negritas nuestras.

Bolívar alude al futuro Congreso Anfictiónico de Panamá. Y consideramos –a riesgo de ser estigmatizados como deificadores del Libertador– que aquí se encuentra paradójicamente enunciada la *función anticipadora de futuro* de la Carta de Jamaica, en específico, como la resonancia de sus letras dos siglos después, en general.

Brevemente nos explicaremos. Toda noción es una construcción, una representación, un concepto y sentimiento dialécticos, de un actor social en un medio determinado. El marco-referencial de Bolívar fue la lucha contra las cadenas extranjeras. Eso no se puede perder de vista. Las experiencias personales, los pensadores ilustrados y la dinámica de la guerra de liberación alimentaron las distintas nociones del Grande Hombre. Decir que hubo un solo Simón Bolívar para un conflicto cruento y prolongado, extensivo a países muy específicos, es temerario. Bolívar, como todo estadista, evolucionó. Muchos conceptos mutaron en el ideario bolivariano al calor de una guerra sangrienta de veinte años que han llevado a acusarlo desde liberal conservador hasta tirano ambicioso por alguno que otro de sus estudiosos de ayer y hoy, pero su constante fue la unión –con sus matices, por supuesto– pese a todas las adversidades sopesadas por él mismo en su duro trance, y ello es difícil de discutir[29]. La premisa utópica parte de lo irrealizable de nuestros más profundos anhelos, «soñar despierto» que no obstruye la posibilidad de luchar por cambiar las cosas. Por eso no hay nada más peligroso que un realista político, no por conformarse con las situaciones dadas, sino que partiendo de los más hondos

29 La unidad tiene una larga tradición en América Latina y el Caribe siempre vinculada con el combate por nuestra identidad e Independencia. En tal sentido, desde comienzos del siglo XIX son innegables los esfuerzos de Francisco de Miranda, Bernardo O'Higgins, Bernardo Monteagudo, José de San Martín, José Gervasio Artigas, José María Morelos, Miguel Hidalgo y Costilla, Francisco Morazán, entre otros. No obstante, el ejecutor por excelencia de la tan ansiada integración fue Simón Bolívar, hecho que se demuestra con la creación de la República de Colombia y la convocatoria para el Congreso Anfictiónico que habría de reunirse en Panamá. Su visión hispanoamericanista es original, que si bien se inspiró en otros proyectos delineados por los grandes hombres y mujeres que lucharon por nuestra emancipación, alcanzó en el Libertador un alto grado de autenticidad. La idea de una América concebida «como madre de las repúblicas, la más grande nación de la tierra» fue una constante en su acción y prédica revolucionarias contra el colonialismo de su época.

elementos conformadores de esa realidad, con una fe difícil de explicar racionalmente, encuentra un rayo de oportunidad o de esperanza para transformar el *statu quo*. Por eso lo utópico es inherente a la condición humana. Lo que nos dice en parte, de lo que ayer fue una quimera hoy o mañana puede ser un hecho concreto (¡y que nos perdonen los espíritus conservadores por la tajante afirmación!).

De tal manera que, el conector discursivo contraargumentativo entre dos párrafos «mas no es posible» –que puede ser «sin embargo»–, se trueca en el Libertador en un conector concesivo –que puede ser «aun así»–, en una frase cuyo sentido sea: «a pesar de que es imposible, cambiaremos el heracliteano río de la historia». Entonces, ese conector «mas no es posible» en su discurso funge como la puerta que une la *utopía* (lo que debería ser) con la *topía* (lo que está). Solo que la primera, la *utopía* debe ganarle la partida a la segunda, la *topía*. Y ya ese hecho –equivocado o no– de quebrar lanzas por la unión de los pueblos antes colonias españolas venciendo los obstáculos reales, el solo intento, ya eso es digno, sin mezquindad, de admiración. ¿Y de cuáles imágenes se valdrá el Libertador en su Carta de Jamaica para explicar su obvia contradicción, aquello que a primera vista parece una antinomia? De la tradición de Quetzalcóatl, el Hermes o Buda de la América del Sur y de la Virgen de Guadalupe, para luego reiterar la idea de la unión como garantía de liberación de los españoles. Por eso en su pensar –con una sincera voluntad política y superando nuestras guerras domésticas– conquistaremos la ingente misión:

> Yo diré a usted lo que puede ponernos en aptitud de expulsar a los españoles, y de fundar un gobierno libre. *Es la unión*, ciertamente; mas esta unión no nos vendrá por prodigios divinos, sino por efectos sensibles y esfuerzos bien dirigidos. La América está encontrada entre sí, porque se halla abandonada de todas las naciones, aislada en medio del universo, sin relaciones diplomáticas ni auxilios militares y combatida por España que posee más elementos para la guerra, que cuantos nosotros furtivamente podemos adquirir.[30]

30 *Ibidem*, pp. 85-86.

Esta obra «regenerativa» pasa por fortalecer el Estado, superar las inseguridades, acabar con las intrigas, contener las ambiciones y bajas pasiones, profundizar las virtudes; si todo esto se logra, «entonces seguiremos la marcha majestuosa hacia las grandes prosperidades a que está destinada la América meridional; entonces las ciencias y las artes que nacieron en el Oriente y han ilustrado a Europa, volarán a Colombia libre que las convidará con un asilo».[31]

En la conjunción de todos esos aspectos «se puede hallar la teoría de liberación de Bolívar».[32]

UN CIERRE

Decir en 1815, después de la hecatombe del año anterior ¡aquí seguimos!, es más que una proeza condensada en la Carta de Jamaica. Es muestra del imperativo de una de las horas más aciagas de la historia republicana en la búsqueda utópica de un camino regio hacia la Independencia. Entonces, suministrar una «bitácora» para emprender nuevas acciones y contagiar de optimismo al diezmado bando patriota en un momento en el cual la coyuntura internacional lucía poca favorable, es su razón fundamental. Buscar ayuda afuera, principalmente británica, pasaba por explicar y convencer con gran poder simbólico, a propios y extraños. Por eso desde el tema demográfico hasta la situación de España, apunta a este fin estratégico, en el cual Henry Cullen parece un pretexto perfecto.

Pero centramos nuestra disertación más en la función utópica del discurso subyacente desde el mirador de Arturo Andrés Roig, que en la *lectura tradicional* del documento. De tal manera que tuvimos presente el tono denunciativo de sus palabras en un escenario en el cual los partidarios del rey controlaban la mayor parte de sus antiguas colonias y el Libertador reafirmaba la naturaleza indeclinable de la revolución independentista. En ese sentido, sin renunciar a la expresión conflictiva del lenguaje, Bolívar en la Carta de Jamaica hace gimnasia argumentativa

31 *Ibidem*, p. 86.
32 John Lynch, ob. cit., p. 131.

sobre las falencias del colonialismo español para seguir ejerciendo la sujeción de los territorios americanos. La exhortación al mundo para apoyar la causa emancipadora americana, pintando desgarradoramente la conculcación de los derechos políticos y el grosero monopolio comercial, y apuntando las formas de gobierno que se debían adoptar en Hispanoamérica, explica parcialmente el carácter *crítico-regulador de la función utópica* en la Carta de Jamaica. Asimismo, el Libertador proporciona el «sujeto que irrumpe» en el horizonte de la construcción futura: el criollo, claro indicio de su adscripción de clase, paso trascendental a su vez, hacia un actor social importante en el despertar de la conciencia americana, y punto del reconocimiento de la identidad mestiza de los pobladores. Todo ello da pista sobre *la función contra el determinismo legal* presente en el documento analizado. Su realismo político, al autodefinirse y al proponer un sistema atípico para realidades *sui generis*, no estuvo reñido con su utopismo unionista, aunque si bien pondera los obstáculos de la unidad no renuncia al ideal integracionista, claro indicio de la *función anticipadora del futuro* en su verbo.

Con la Carta de Jamaica asistimos a un pensamiento auroral, con una gran carga de futuro como alteridad, que partiendo de su existencia determinada abraza su ideal de sociedad. De allí el carácter crítico y creativo de la función utópica en sus páginas, que quisiéramos resaltar en este bicentenario[33], aquí también su potencialidad de superar el *hoy* con la búsqueda de un *mañana posible*.

---

33 Son muchos los aspectos que se pueden derivar de un documento de gran resonancia contemporánea sin caer en anacronismos. Su planteamiento geopolítico es sostén ideopolítico de la ALBA, de la CELAC, de UNASUR, de PETROCARIBE, como de otras tentativas de unidad cuyos principios cardinales son la complementariedad económica, la cooperación, la solidaridad y la reciprocidad. Ver hoy como un hecho palpable a millones de habitantes bregando por la liberación de toda tutela de Estados Unidos y de Europa, posibilitando el avance en la comunión de los pueblos, la resolución de sus conflictos así como la promoción del desarrollo económico, es prueba irrefutable de la actualidad del unionismo bolivariano en la Carta de Jamaica, pese al tiempo transcurrido.

El péndulo diabólico. Acerca de la disputa del Senado Constitucional en el *Correo del Orinoco*

EL INSTRUMENTO PROPUESTO (A MODO DE INTRODUCCIÓN)

En su *Discurso ante el Congreso de Angostura* del 15 de febrero de 1819[34], pese a criticar el calco de experiencias políticas extrañas, Bolívar no cierra las puertas a la posibilidad de tomar lo mejor de cada caso. En tal sentido, nos emplaza al examen de la Constitución británica sin caer en el burdo remedo. Refiere el Libertador a lo que de republicano hay en la práctica anglosajona, que si bien es una monarquía, respeta «la soberanía popular, la división y el equilibrio de los poderes, la libertad civil, de conciencia, de imprenta, y cuanto es sublime en la política»[35]. Por ello es tajante: no están reñidas sus convicciones políticas si en este nuevo diseño estatal propuesto por él se adopta un Poder Legislativo similar al parlamento británico[36].

---

34 El *Correo del Orinoco*, con clara intención propagandística, publicó tan memorable escrito. Hablamos en concreto de sus números 19, 20, 21 y 22 entre el 20 de febrero y el 13 de marzo de 1819, respectivamente. No obstante, su publicación fue incompleta.

35 «Continuación del Discurso del general Bolívar al Congreso el día de su instalación» en: *Correo del Orinoco* n.º 21, t. II. Angostura, sábado 6 de marzo de 1819. Sepa el lector que todas las citas sobre el *Correo del Orinoco* son tomadas de la compilación facsimilar del Centro Nacional de Historia. [Caracas, s/f.].

36 «El Libertador da una prueba del conocimiento que tuvo de las leyes y constituciones antiguas y modernas, singularmente de Inglaterra, para haber podido recomendar ante el Congreso de Angostura el establecimiento en Hispanoamérica de un Senado hereditario, sin que esto signifique desde ningún punto de vista la violación de la igualdad y la libertad políticas. Esta idea, con modificaciones accidentales, ha sido sugerida por más de uno de nues-

Bolívar hablaba de dos Cámaras: la de Representantes y la del Senado. La primera, dice, está apegada a legítimas funciones constitucionales difíciles de ser modificadas sustancialmente. A reglón seguido el estadista afirma sobre la segunda Cámara:

> Si el Senado en lugar de ser electivo fuese hereditario, sería en mi concepto la base, el lazo, el alma de nuestra República. Este Cuerpo en las tempestades políticas pararía los rayos del gobierno, y rechazaría las olas populares. Adicto al gobierno por el justo interés de su propia conservación, se opondría siempre a las invasiones que el pueblo intenta contra la jurisdicción y la autoridad de sus magistrados.[37]

¿De cuáles argumentos se aferra el Libertador para proponer una instancia que parece contradecir absolutamente su doctrina republicana?[38] Si respondemos esta interrogante descontextualizándola de su perspectiva política en general, y de la coherencia discursiva en su histórica intervención en Angostura en específico, podemos simplificar el análisis[39]. Consideramos que Bolívar

---

tros personajes que se apellidaban "pensadores", sin que haya sido acogida, aunque serviría para evitar las ineficiencias, las improvisaciones y las inefectividades de no pocos de nuestros legisladores». Ramón Zapata, *Libros que leyó el Libertador…*, p. 93.

37 «Continuación del Discurso del general Bolívar al Congreso…», ob. cit.

38 Es indudable la influencia de pensadores como Montesquieu (1689-1755) –el más explícito– y como Jeremy Bentham (1748-1832), entre otros muy connotados, en las ideas expuestas por el Libertador en su celebrado Discurso ante el Congreso de Angostura de 1819. En el caso específico del Senado hereditario, Bolívar abrevó directamente en los argumentos de Benjamín Constant (1767-1830). De este último filósofo suizo-francés debemos decir que fue partidario de una reforma constitucional liberal moderada, a favor de la división de poderes, apologética de las libertades individuales y de una monarquía constitucional estimulada por el modelo británico. Fue un antinapoleónico, quien partiendo de sus vivencias desagradables republicanas, sugirió la tesis de una monarquía hereditaria limitada en sus poderes, con una cámara de diputados libremente elegidos y un senado propuesto.

39 Ya Salcedo-Bastardo en su clásico trabajo hacía una acotación parecida: «Lo permanente y esencial en Bolívar es su revolucionarismo integral y su democracia. Transitorios y accidentales son algunos debatibles aspectos de su labor ordinaria, y dos instituciones: el senado hereditario y la presidencia vitalicia. Estos elementos surgen por el requerimiento de estabilidad que posibilite la integración dinámica de la empresa revolucionaria; Bolívar no podía hacer revolución efectiva en lo socio-económico-jurídico-histórico sin

no renuncia a cierto paternalismo[40] que trueca al pueblo en una especie de párvulo al que hay que ayudar, y al Estado a la usanza de un tutor extremadamente responsable que debe incidir directamente en la formación moral de su hijo. Si se pierde esta idea-fuerza es posible que se acuse al Libertador de reaccionario y hasta de tiránico.

Simón Bolívar, que a decir de Juan Bosch[41] siempre temió al fantasma de Haití, a la guerra social, experimentó en primera persona la ausencia de una multitud habilitada para tomar la ruta republicana luego de tres centurias de colonialismo. Esto permite comprender, parcialmente, su dialéctico concepto de pueblo aludido en sus escritos trascendentales. Vemos que si bien en su Manifiesto de Cartagena (1812) se refiere al pueblo como un conglomerado de «estúpidos que desconocen el valor de sus derechos», la enseñanza del derrumbe de la Segunda República le hace tragar sus adustas expresiones. De tal modo asevera en la Carta de Jamaica (1815) que la experiencia –en Caracas y en Nueva Granada– patenta el abismo entre las instituciones representativas y la idiosincrasia de nuestros pobladores. Las luchas de banderías, la errática escogencia del federalismo para Estados germinales, la desmedida fuerza de los gobiernos provinciales, la falta de centralismo, entre otros elementos, nos han imposibilitado erigir robustas organizaciones. Estas carencias de «talentos y las virtudes políticas que distinguen a nuestros hermanos del Norte, los sistemas enteramente populares, lejos

---

base política estable, y por otra parte, no podía lograr base política estable sin una revolución verdadera en el pluridimensional ámbito dicho». J.L. Salcedo-Bastardo, *Visión y revisión de Bolívar*, p. 134.

40 En este acusado paternalismo las nociones morales y educativas representan un papel cardinal en la obra de Simón Bolívar. Tanto en su visión sociopolítica como en su práctica como estadista, el principio de un ciudadano acorde a un modelo ideal concentraba en su verbo una atención especial. En ese sentido, el Poder Moral propuesto por el caraqueño en su Discurso ante el Congreso de Angostura de 1819, es expresión de su concepción ética en la búsqueda de un auténtico republicano. La proposición de un tribunal integrado por dos cámaras, una garante de la moral pública y la otra rectora de la educación de los niños, partía del supuesto que sin moral republicana no podía haber gobierno libre.

41 Véase en especial el capítulo XII titulado «La influencia de Haití en la obra de Bolívar» de su celebérrimo libro *Bolívar y la guerra social*, pp. 139-149.

de sernos favorables, temo mucho que vengan a ser nuestra ruina», escribe. Luego de Jamaica, por lo inesperado de los días venideros, Bolívar asume una ponderación distinta de negros, pardos e indios, lo que habla de un Libertador más protector que despectivo. En Angostura (1819) ya se autodefinía como un instrumento de las peticiones de los más humildes.

Un destacado paternalismo lo hace aseverar sin ambages: «Debemos confesarlo: los más de los hombres desconocen sus verdaderos intereses y constantemente procuran asaltarlos en las manos de sus depositarios; el individuo pugna contra la masa, y la masa contra la autoridad»[42]. Como el reto es mayor se amerita un funcionamiento efectivo y realista del gobierno, de ello que era menester «un cuerpo neutro que se ponga siempre de parte del ofendido y desarme al ofensor». Un cuerpo neutro, reitera, que por su naturaleza ni el gobierno ni el pueblo sean quienes los nombren, para que pueda de manera imparcial deliberar ante estas «dos fuentes de autoridad». A un Senado hereditario consustanciado con las demandas de las mayorías y siempre atento a su labor de legislar eficazmente, apela el Libertador. Un Senado hereditario de funcionarios electos esta primera vez por el Congreso y que en el devenir sus sucesores naturales deban ser educados en instituciones específicas, como ciudadanos prestos a las resoluciones de problemas públicos, exhorta. Dicho de otro modo, al frente de este órgano de mediación deben estar hombres ilustrados, virtuosos, probos y honestos, los benefactores de la Patria. Para despejar cualquier duda de su carácter aristocrático, Bolívar agrega:

> De ningún modo sería una violación de la igualdad política la creación de un Senado hereditario; no es una nobleza la que pretendo establecer, porque, como ha dicho un célebre republicano, sería destruir a la vez la igualdad y la libertad. Es un oficio para el cual se deben preparar los candidatos, y es un oficio que exige mucho saber, y los medios proporcionados para adquirir su instrucción.[43]

---

42 «Continuación del Discurso del general Bolívar al Congreso…» en: *Correo del Orinoco* n.° 21, t. II. Angostura, sábado 6 de marzo de 1819.

43 *Idem*.

Sin embargo, la restrictiva participación en la escogencia de los miembros de esta «potestad intermediaria» levanta suspicacia. Que no puedan ser electos los integrantes de esta piedra angular del Poder Legislativo, hiere susceptibilidades. Que en este Senado hereditario propuesto ni el gobierno ni el pueblo decidan quiénes serán las personalidades que estarán al frente indefinidamente del órgano *de reconciliación*, causa dudas a más de uno de los tribunos, todos sobrados partidarios de la Independencia. Si bien en sus razonamientos el Libertador explica profusamente cómo el Senado en la experiencia británica es arma primordial para el buen funcionamiento del gobierno, poniendo a raya las obvias pretensiones personalistas del monarca, en su Discurso de Angostura, este, como otros asuntos quedan por ser deliberados.

El 29 de mayo de 1819[44] arranca el debate sobre el Senado constitucional en las páginas del *Correo del Orinoco*[45], lo que pone en evidencia la premisa de que la información es tan «importante como los pertrechos», y que no siempre se acogían sin chistar los planteamientos del Jefe Supremo Simón Bolívar cuando de ideas políticas se trataba.

---

44 «Congreso. Angostura 29 de mayo de 1819» en: *Correo del Orinoco* n.º 33, t. II. Angostura, sábado 7 de junio de 1819. Dice en una de sus secciones que debido a lo delicado del asunto los Representantes del pueblo han sostenido cinco discusiones rechazando el carácter hereditario del mismo y planteando –algunos constituyentistas– la posibilidad de que en su defecto sea una instancia vitalicia.

45 Atención especial concita su propuesta del Senado constitucional, que generó una acalorada discusión entre seguidores y opositores, polémica expuesta en las páginas del *Correo del Orinoco* –aludimos a sus números 33, 34, 36, 37, 38 y 45 del 7 de junio al 27 de noviembre de 1819, respectivamente– y a la cual quisiéramos dedicarle las siguientes páginas. En ese sentido los directivos del *Correo del Orinoco* ante las críticas malsanas sobre cómo se habían llevado las discusiones de tan peliagudo asunto, esgrimían: «También hemos insertado el que impugnaba una y otra calidad; y muy á los principios de la instalación del Congreso salió á la luz pública en Inglés, y Castellano el discurso que pronunció en su apertura el General Bolívar, recomendando la fundación de un Senado vitalicio y hereditario, tal qual lo proponía en su proyecto de Constitucion». «Senado Vitalicio» en: *Correo del Orinoco* n.º 45, t. II. Angostura, sábado 27 de noviembre de 1819.

LA NEGATIVA DE MARCANO

Un señalamiento muy taxativo esgrime el diputado Gaspar Marcano[46] ante sus pares cuando afirma que la adopción de un Senado hereditario y vitalicio es totalmente contrario a los «principios de igualdad y libertad que proclamó el pueblo Soberano de Venezuela»[47]. Su crítica de fondo es que tomar una decisión de esta naturaleza en la Carta Magna venezolana privilegia a un grupito de familias, hecho que no dista mucho de los excesos del régimen colonial, además de impedir que otros ciudadanos virtuosos se encuentren a la cabeza de una empresa tan decisiva para el futuro de la Patria. La pregunta que se hace Marcano es por qué no van a tener derecho de una «dignidad senatorial» hombres «meritosos» que se van abriendo camino, como pasó en su momento con el contingente revolucionario de la Primera República, contingente que mañana decorosamente podría estar en la retaguardia. Si nos hubiéramos quedados con los protagonistas fundacionales no se hubieran alcanzado los objetivos estratégicos de la hora, apunta Marcano:

---

46 Gaspar Marcano (1781-1821). En 1810 hizo causa común con el proyecto independentista. Emigró a Trinidad tras sufrir los rigores de la caída del primer ensayo republicano. Se cuenta entre los asambleístas de Chacachacare liderados por el coronel Santiago Mariño, reunidos el 12 de enero de 1813, y cuyo plan era la expedición sobre las costas orientales de Venezuela. Participó en la liberación de las provincias de Cumaná y Barcelona. Por la debacle de la Segunda República fue a tener a la isla de Margarita. Formó parte del triunvirato con Juan Antonio Silva y Juan Miguel Lares, quienes a comienzos de 1815, en La Asunción, aclamaron a Juan Bautista Arismendi Comandante General de todas las Fuerzas de Mar y Tierra. Fue nombrado capitán efectivo de caballería por el Libertador. Fue mediador en el altercado que protagonizaron Simón Bolívar y el coronel José Francisco Bermúdez. Por sus vivencias en Oriente es fuente permanente para el estudio de la batalla de Matasiete (31-7-1817), triunfo de los republicanos capitaneados por el coronel Francisco Esteban Gómez. Fue miembro de la Corte del Vicealmirantazgo de la Villa del Norte, cuyo presidente era el general Juan Bautista Arismendi. En representación de la Provincia de Margarita, como diputado, formó parte del Segundo Congreso de Venezuela, reunido en Angostura el 15 de febrero de 1819.

47 «Observación sobre el establecimiento de un Senado hereditario en la República de Venezuela hecha por el Licenciado Marcano en el Soberano Congreso» en: *Correo del Orinoco* n.º 33, t. II. Angostura, sábado 7 de junio de 1819.

> Sí, sería no solo sensible, sino muy odioso el que unos pocos Ciudadanos estuviesen elevados sobre el resto de la sociedad. Lo mismo acontecerá con este Senado: la emulación, los justos celos de los heroicos Defensores estarán con ese cuerpo en continuo choque, y lejos de mirarlo como el pedestal de la Libertad le contemplarán como el rival del mérito y la virtud. Así pues Señor V.M. debe dexar franca la entrada a los futuros Beneméritos de la Patria; y no fundar una especie de Mayorazgo exclusivo para ciertos individuos, que a la medida que heredan la dignidad de sus padres, no pueden heredar sus virtudes, ni su valor.[48]

Marcano es incisivo: para ser héroes dignos del reconocimiento por el servicio sincero a la República no es dado eternizarse en los destinos del gobierno, ni mucho menos copiar el proceder siempre aborrecido de la monarquía española. Asegura Marcano, haciendo un juego de analogías, que así como no es bueno castigar al inocente, no lo es menos premiar al indigno, aquel que se ha valido de la estimación ajena:

> Dixe que es opuesto a libertad, porque se priva al pueblo de exercer el acto más augusto de su soberanía, del único acto en que con plenitud dispone de sus imprescriptibles derechos, del acto libre y espontáneo de nombrar mediata o inmediatamente sus funcionarios públicos, para depositar en ellos el exercicio de su soberanía. Esta coartación de unas facultades inherentes al pueblo no está concedida ni pudo concedérsenos en la amplitud de nuestros poderes.[49]

De tal manera que para Gaspar Marcano acoger la figura del Senado hereditario o vitalicio es mostrar al exterior que los otrora defensores de los más altos intereses populares devinieron en una especie de nobleza. Es ventilar ante el «mundo civilizado» que la sangre vertida en la lucha contra el yugo extranjero fue en vano, porque quienes fungieron como los bienhechores de derechos usurpados, para desgracia mayor, han degenerado abruptamente en una especie de aristocracia de nuevo cuño.

---

48 *Idem*.
49 *Idem*.

PEÑALVER POR EL VITALICIO

A una mirada de mayor alcance invita Fernando de Peñalver[50] para evaluar el asunto del Poder Legislativo. No abandona el tribuno la dimensión moral e histórica para poner en el tapete sus argumentos a favor del Senado vitalicio. Peñalver apela a la idea de cómo la esclavitud o la libertad de una sociedad viene dada por su carácter y sus costumbres. Mientras la ignorancia es motivo de dominación, la ilustración es marcha firme hacia la liberación física y espiritual de los pueblos. El ejemplo de la sentencia lo toma Peñalver de la corona española enriquecida con los bienes de sus colonias bajo la sombra del «embrutecimiento de sus vasallos». En ese sentido, la Inquisición –«horrorosa política del trono y el altar»– fue muralla infranqueable contra todas las virtudes sociales. Mucho costó y ha costado a Venezuela quitarse de encima el ominoso régimen español, hecho que al final se logra gracias a la voluntad férrea de una minoría de «espíritus fuertes», apunta. El rompimiento con el reino de la opresión, de España, la cruel «madrastra»[51] la llama Peñalver, debe ser estudiada en la

---

50 Fernando de Peñalver (1765-1837). Desde el primer momento se sumó al movimiento revolucionario de 1810, que desconoció a Vicente Emparan y a la Regencia de Cádiz, permitiendo el nacimiento de la Junta Suprema Conservadora de los Derechos de Fernando VII, primer paso hacia el proceso emancipador venezolano. Fue representante del partido capitular de Valencia ante el Congreso Constituyente de 1811. Su biografía registra que fue firmante del Acta de Independencia del 5 de julio, así como de la Constitución Federal. Pese a pagar tempranamente condena a mediados de 1813, se mantuvo fiel a la opción independentista. Se destacó como juez de secuestros en Valencia, y como acompañante durante la Emigración a Oriente. Ese fue el momento del refugio antillano, plataforma natural para el apoyo de la campaña libertadora de Guayana. En 1817 cedió a la exigencia de una imprenta para el gobierno presidido por Simón Bolívar. Se trasladó en este mismo tiempo a la ciudad de Angostura, y hasta comienzos de 1819 se convirtió en intendente, consejero de Estado y miembro interino del Consejo de Gobierno. Igualmente restableció la Hacienda Nacional y jugó un rol importante en la comisión que elaboró el reglamento de elecciones para el Congreso Nacional. Al ser abierto el Congreso en febrero de 1819, Peñalver formó parte como diputado por la Provincia de Guayana hasta comienzos de julio del mismo año. Tal vez sea más conocido por su papel como consejero del Libertador.

51 Gran similitud existe entre el uso de la palabra «madrastra» dado aquí por Peñalver como por el Libertador cuatro años antes en su Carta de Jamaica.

historia con detenimiento por las generaciones futuras, como el expediente del «triunfo del entendimiento» contra la superstición y el despotismo.

En el cuadro trágico pintado por Peñalver el fanatismo fue inoculado a los oprimidos por el aparato educativo que dividió a hermanos contra hermanos en la Guerra de Independencia. Una ideología para la sumisión y la obediencia de las conciencias fue el caldo de cultivo para instancias retrógradas y opresivas que imperaron durante tres siglos. Visto así, la efectiva emancipación es más que quitarse de encima el poder regio aferrado a la rutina del miedo y la desesperanza. De allí lo difícil de un Gobierno que una vez que suelte las amarras de la dependencia se encuentre con un pueblo moldeado en el marco del Antiguo Régimen, que se halle con un pueblo que «busca la libertad sin poseer las luces que exige la República». Lo que señala Peñalver es que cada pueblo «tiene vicios y virtudes particulares», por ende, quienes sancionan leyes deben partir de esa amarga convicción. Las claves de las experiencias revolucionarias pasadas dictan cómo la conservación de la libertad es frágil si no hay reglas recias y oportunas para sistemas sociales recomendables para los nuevos liberados. A que veamos la evolución de los pueblos inglés, francés y español, para corroborar lo afirmado, invita Peñalver. Un hecho ejemplarizante y cercano fue la aceptación del federalismo en 1811, forma de gobierno muy apropiado para la naturaleza de los norteños y ciertamente ajeno para los meridionales, decisión que terminó siendo abono de desorden, causa determinante de la caída del primer ensayo republicano. No puede haber «repúblicas perfectas», dice con cierto sarcasmo Peñalver, en pueblos que están en la niñez de la libertad. Instituciones propias, acordes al «genio y el carácter» es el emplazamiento de Peñalver en resumidas cuentas para defender la propuesta de un Poder Ejecutivo vitalicio, un Senado

---

Llaman la atención los argumentos de Bolívar cuando sostiene que el móvil de la contienda contra nexo colonial no fue solo por el abuso de poder, sino por *la traición* de una progenitora que nunca quiso a sus hijos, metáfora muy cara para erosionar la premisa muy arraigada de la «Madre Patria» española. En contraposición a la «madrasta» implícitamente está la madre buena y dulce que encarna en el verbo del Hombre de las dificultades a una América floreciente, la que está por edificarse.

vitalicio y una Cámara de Representantes elegida por un lapso de siete años. Sobre la segunda de las entidades, añade:

> El Senado vitalicio, elegido la primera vez por los Representantes constituyentes, y un número igual de personas notables y las vacantes y creaciones por la Cámara, y el Senado, disfrutaría de mucha independencia porque siendo por la vida, y no debiendo al poder Executivo su elección, ni su duración, exercería sus funciones con más libertad que los hereditarios.[52]

Por otro lado, aduce Peñalver que, si es partidario de una Cámara de Representantes por siete años, es por la falta de hombres competentes para cumplir funciones que demandan conocimientos que solo el hábito y la educación pueden proporcionar.

> Semejantes instituciones en Venezuela aplicarían á su República la actividad y la energía de una Monarquía compuesta, que son tan indispensables para el restablecimiento del orden que ha desaparecido en la mayor parte. El Senado y el primer Magistrado siendo vitalicios, no serán odiosos al pueblo, como lo son los Magistrados hereditarios por razón de los privilegios anexos á ellas, que están en oposición con la igualdad, y con poca diferencia tendrían el mismo poder, que en la Inglaterra tienen el Rey y la Cámara de los Pares, y al mismo tiempo serían un estímulo para la educación por que todos los Ciudadanos ricos procurarían dar á sus hijos la conveniente á un Senado, y al primer Magistrado, á cuyos puestos podrían aspirar, como que serían el premio del mérito y la virtud.[53]

Pero Peñalver se cuida de los extremos: la necesidad de instituciones fuertes no debe llevarnos a regímenes absolutos. Esas instituciones ajenas al «estado moral» de los venezolanos, son tan nocivas como *un gobierno de uno*, sostiene. Igualmente, Peñalver reconoce en todo momento nuestra herencia monárquica, y si ve en el parlamentarismo británico lo más avanzado políticamente hablando, lo hace apegado a las «circunstancias» de adecuar

52 «Discurso del Señor Peñalver en la discusión del Congreso sobre la naturaleza del Senado Constitucional» en: *Correo del Orinoco* n.º 34, t. II. Angostura, 24 de julio de 1819.

53 *Idem*.

instituciones exclusivas para realidades también exclusivas. Regiones extensas y despobladas, alta tasa de analfabetismo, y otro rosario de calamidades, demandan organismos potentes cuales monarquías constitucionales sin hipotecar las libertades públicas. Se vale Peñalver de un símil con la experiencia gala para explicarse mejor: «El tránsito repentino del Gobierno despótico al de una República filosófica es imposible. La sangre que derramaron los franceses por haber querido saltar de las profundas mazmorras de la Bastilla a una libertad impracticable en Francia, debe hacernos cautos y prudentes»[54]. Moderación es la palabra que subyace en sus alegatos. No obstante, en la adaptación de un Senado vitalicio Peñalver no es dogmático, en la medida que la educación vaya haciendo labor civilista, en esa misma medida se podrían flexibilizar las instituciones proyectadas:

> Al paso que el orden se vaya restableciendo, que la luces se vayan propagando, y las costumbres mejorándose, las instituciones podrían también irse haciendo más liberales; pero esto necesita de tiempo y sería bastante el de la vida de los primeros Magistrados, en cuya muerte podría reformarse de la constitución todo lo que permitiese el progreso, que hubiesen hecho las luces y las costumbres, de manera, que sin peligros de nuevas revoluciones, se iría acortando la duración de los Magistrados; y aboliéndose los vitalicios, que parecen en el estado actual indispensables.[55]

En síntesis, de lo que se trata según Fernando de Peñalver es de edificar un muro de contención contra la anarquía que tradicionalmente degenera en tiranía. De allí el requerimiento de instituciones fuertes y realistas, como el Senado vitalicio, plataforma para crear ciudadanía, garantía indiscutible de un pueblo amante de la Independencia, pero necesitado ahora de vivir autónomo después de la herencia colonial. Si ese pueblo se encuentra inmerso en la ignorancia muy difícilmente será libre al final y la superstición y la esclavitud seguirían gozando de buena salud, incluso en los países emancipados.

---

54 *Idem*.
55 *Idem*.

MÉNDEZ POR EL VITALICIO Y HEREDITARIO

Como en la naturaleza hay cambios que dan paso a formaciones disímiles, en el universo social el fenómeno no es muy diferente. Ejemplo de lo último dicho lo encuentra el sacerdote Ramón Ignacio Méndez[56] en la magistratura dictatorial romana. Si «tiempos turbulentos» parieron respuestas heteróclitas, muchas más analogías cercanas y lejanas podríamos sacar para referir cómo el arte de gobernar es hija de la realidad compleja y no al revés. Si el hombre no se abre a las distintas posibilidades en su entorno social, estaríamos negando el «progreso» como signo de invención y perfeccionamiento inherente a la condición humana. La historia está pletórica de tales especímenes nos recuerda Méndez, remitiéndonos a casos muy concretos de la evolución europea. De los cantones suizos, las vivencias holandesas, las convulsiones inglesas y francesas, se vale Méndez en sus argumentaciones un poco organicista para inferir:

> quan peligroso es el tránsito de la servidumbre á la libertad, quan expuestos están aquellos estados que intentan remontarse á estos extremos de correr la infausta suerte que nos presentan estos dos exemplos: el medio entre los extremos es el que nos puede salvar: los cuerpos políticos lo mismo que los naturales débiles, deben alimentarse paulatinamente para que no sean destruidos. Las águilas aunque acostumbradas á ver la claridad del sol, si se acercan demasiado á este planeta, su luz la deslumbra y caen precipitadamente en tierra. Algo más es de temerse en los estados

56 Ramón Ignacio Méndez (1775-1839). Se destacó en su juventud como sacerdote y docente en Mérida. Luego de los acontecimientos de 1810, la Junta Superior de Gobierno a favor del movimiento caraqueño lo nombró Diputado por Guasdualito al Congreso que se reunió el 2 de marzo de 1811. Se halla entre los firmantes del Acta de Independencia. Fue vicepresidente del Congreso, cargo que alternó con otros diputados. Después del naufragio de la primera República, fue apresado en Barinas y encerrado en los calabozos de Puerto Cabello, lugar del cual logró salir a los pocos meses ante la victoriosa Campaña Admirable. Su biografía lo ubica en la selva de Casanare en 1814, sumándose prontamente al ejército llanero de José Antonio Páez en la campaña realizada entre 1815 y 1816. También señala su estadía en Guayana el año siguiente bajo las órdenes del sacerdote José Félix Blanco. Fue asistente como Diputado por Barinas al segundo Congreso reunido en Angostura el 15 de febrero de 1819.

> nacientes, si se les da á beber de una vez la copa encantadora de la libertad.[57]

Reclamo indirecto se encuentra en sus palabras a los constituyentes de 1811, quienes hicieron caso omiso a los señalamientos de los partidarios del centralismo y menos de «repúblicas aéreas». En ese sentido –así lo ve Méndez– el caso estadounidense es proverbial, que adoptó una Constitución a tono con sus costumbres, desechando a la vez formas exóticas pocas prácticas a su idiosincrasia. Tanto la proclamación de los deberes ciudadanos como la disposición tripartita del poder en el norte fue sinónimo de novedad y mejora, aspecto que ya rivaliza con los «mayores Potentados de Europa». Sin embargo, el éxito de los septentrionales ha sido un plomo en el ala para los meridionales: emular métodos triunfantes, pero ajenos a nuestras culturas, son inviables para estas regiones. De aquí que sea contraproducente «abrazar casi uniforme é indeliberadamente las mismas máximas y sistemas». Seamos más hábiles, convida el orador, «entresaquemos pues con discreción lo que debamos adoptar para la felicidad de nuestros pueblos; retengamos con tenacidad los que no degradan nuestra especie»[58]. En esta imitación poco afortunada del proceso de lucha contra Inglaterra, la desesperación por la retoma del poder por parte de Fernando VII fue un factor determinante para nosotros. Primero, el cautiverio de los borbones; segundo, la ilegitimidad de la Regencia y luego, la «pacificación» de Morillo nos condujo al paroxismo, puso «sellos á nuestros designios». De esa forma, la vía son instituciones propias y enérgicas contra el desorden y el abuso de poder:

> Porque, a la verdad, el mayor, el más excelente, el sumo de los bienes que puede reportar el hombre reunido en sociedad es aquel que más lo aleja de los horrores de la anarquía; de esa hydra exterminadora de la especie humana; monstruo devorador de nuestro respetable linaje y colmo de todos los males; y jamás estará el hombre más distante de este funesto acontecimiento, que quando

57 «Discurso del Diputado Señor Méndez en la discusión del Congreso sobre la naturaleza del Senado» en: *Correo del Orinoco* n.º 36, t. II. Angostura, 7 de agosto de 1819.

58 *Idem*.

> sus instituciones sociales estén más sólidamente combinadas y más en aptitud de resistir los embates de los elementos desorganizadores: el sistema pues de Gobierno que más proporcione al hombre estas ventajas y que menos viole al mismo tiempo sus imprescriptibles derechos, es no solo el más conforme á nuestra naturaleza, el justo, arreglado y racional sino también el que mejor concilia los intereses particulares de los Ciudadanos con la comunidad.[59]

Por supuesto, la creación de recetas *ad hoc* y el apego a un orden distinto, muchas veces necesita ceder derechos muy sensibles de las mayorías, derechos que todavía esas mayorías no pueden practicar, comenta Méndez. Todo parte de la debilidad misma del sistema republicano vulnerable siempre a la «licencia del pueblo» y a las ambiciones desmedidas de sus gobernantes. Por ende, el Poder Ejecutivo debe ser visto con cuidado, por su tendencia natural al ejercicio despótico del mandato, no así el Poder Judicial, custodio de las leyes y que debe permanecer indefinidamente en sus responsabilidades, siempre que tenga idoneidad y probidad comprobadas.

¿Y del Senado en específico que dice Méndez? Este deberá ser:

> Un cuerpo neutro que detenga las fluctuaciones e inconstancias del pueblo, y paralice los procederes arbitrarios del Gobierno: un cuerpo que sea el contraste donde se estrellen los ímpetus y furores del uno y las maquinaciones del otro: un cuerpo en fin con un poder aislado de que puede y debe usar para hacer mucho bien á la sociedad, y del qual ni ella, ni sus individuos deben racionalmente temerse algún mal: un cuerpo, por último, grande, majestuoso, y poderoso para obrar el bien; nulo, impotente, é insignificante para el mal: un cuerpo de estas qualidades y quilates es un cuerpo sólido y estable, y el único que puede dar, á mi entender, solidez y firmeza á la Constitución del estado: el que puede conservar sin detrimento su harmoniosa estructura, aseguramos en lo posible su duración, y el goce de los derechos que no hayamos enajenado: para que tenga estas ventajas debe ser el Senado vitalicio y hereditario.[60]

59 *Idem*.

60 «Continuación del Discurso del Señor Méndez sobre la naturaleza del Senado

Advierte Méndez el punto débil de su propia propuesta: la supuesta violación de la soberanía y de la igualdad, a lo que se responde:

> Pero voy a satisfacerlos, diciendo primeramente que no por esto queda excluido el mérito, la virtud, y los talentos: el número de Senadores debe aumentarse á proporción del incremento del de los Representantes: deben también vacar las plazas de los provistos quando en las familias no se encuentran idóneos para tales empleos: en estos casos, pues podrán ser premiados los beneméritos con esta recompensa, porque el proyecto no propone que se siga ciegamente el orden natural de las sucesiones, de suerte que esta dignidad sea rigurosamente hereditaria; casi no hace más que recomendar para las elecciones, como de un derecho preferente, á los de la familia, y á mi ver no sin fundamento, por que por una parte el mismo proyecto propone una educación especial para los hijos de los Senadores.[61]

En suma, la anarquía y la tiranía son los enemigos a vencer por los representantes del pueblo. Un Senado fugaz, transitorio, blanco fácil de la caducidad legal, es desacertado en la emergencia que vive la República, a fin de cuenta «la perpetuidad de los empleos les concilia indefectiblemente el respeto y la veneración pública». Darles un voto de confianza y gratitud a los héroes de la Independencia y fortificar una institución estratégica para el reimpulso del proyecto republicano es el llamado de Méndez invocando la «libertad racional». Para despejar cualquier intención aviesa en sus palabras, Ramón Ignacio Méndez renuncia a su posible elección como tribuno vitalicio, deponiendo *ipso facto* su carácter de senador hereditario por su conocida condición de sacerdote.

UN COMENTARIO FINAL

¿En nuestras cojitrancas naciones hay fórmulas políticas químicamente puras? ¿Una sola manera de interpretar el poder negando la realidad misma o hay que detectar asertivamente las

---

Constitucional» en: *Correo del Orinoco* n.º 37, t. II. Angostura, 21 de agosto de 1819.

61 *Idem*.

averías y los nudos del modelo? ¿Se puede admirar el parlamentarismo británico y tener una visión emancipadora? Creemos que aquí se encuentra lo interesante de un planteamiento que puso en evidencia la madurez política de Simón Bolívar; una afirmación audaz y ciertamente temeraria, de quien era considerado por propios y extraños el artífice de un igualitarismo social. Es, no obstante, en su esbozo sobre el Senado hereditario en específico por el cual se acusa tradicionalmente al Libertador de reaccionario, aristocrático y subrepticiamente monárquico, negando en todo momento su apegado republicanismo, que si bien aúpa la idea de que al frente de las instituciones políticas debían estar los más aptos, no caía en fórmulas conservadoras y estériles, aunque sí, –por las experiencias recientes con la guerra social– ciertamente cautelosas. De la masa al autoritarismo, de la anarquía a la tiranía, aquí resume Bolívar el péndulo diabólico cuyos extremos llevarían a lo indecible.

En el bosquejo de Bolívar sobre el Senado hereditario encontramos un *paternalismo político liberador*, –valga el término–, de ese que ponderó a un pueblo como escaso de virtudes políticas para el ejercicio de la democracia absoluta. La salida no era privar a las mayorías por sus incapacidades en el uso oportuno de sus derechos civiles, sino muy al contrario, prepararlas cultural y políticamente para estar a la altura de regímenes distantes de la herencia colonial y opresora donde fueron moldeadas. Sin negar la evolución y la moderación de su radicalismo inicial, allí estriba lo trascendente de su accionar para el momento presente.

Si bien el diputado Gaspar Marcano veía en el Senado hereditario y vitalicio la irrupción de una nobleza de nuevo tinte, no sin razón; Fernando de Peñalver encontraba en el Senado vitalicio el imperativo del orden que nos cuidaría de la anarquía y la tiranía; y Ramón Ignacio Méndez lo ponderaba como una salida enérgica, que en su doble condición como Senado hereditario y vitalicio, era la única respuesta al escollo que vivía la nación en una de sus horas más cruciales; el Senado hereditario no fue aprobado y aunque circunstancialmente se acordó que fueran vitalicios los senadores, en 1821 se redujo a ocho años el tiempo de sus funciones.

Con la disputa del Senado constitucional, el *Correo del Orinoco* dio muestras de ser un espacio para el análisis amplio en el cual la disidencia y la crítica constructiva estaban permitidas; disidencia y crítica que incluso contradijeron los planteos del Jefe Supremo Simón Bolívar, siempre que redundaran por la causa noble de la Independencia, y de eso debemos aprender a dos centurias de distancia: sin crítica y autocrítica no hay revolución, sino el péndulo diabólico que nos devora.

Los votos de mi corazón. Paternalismo político liberador en el *Discurso ante el Congreso de Angostura*

> Yo, pues, me cuento entre los seres más favorecidos de la Divina Providencia, ya que he tenido el honor de reunir a los representantes del pueblo de Venezuela en este augusto Congreso, fuente de la autoridad legítima, depósito de la voluntad soberana y árbitro del destino de la nación. Al transmitir a los representantes del pueblo el Poder Supremo que se me había confiado, colmo **los votos de mi corazón**, los de mis conciudadanos y los de nuestras futuras generaciones, que todo lo esperan de vuestra sabiduría, rectitud y prudencia.
>
> Simón Bolívar, 1819

PÓRTIGO

Una amarga convicción aquejaba el alma del inquieto mantuano: la hidra de la guerra civil fue generada por la incomprensión de los sectores sociales y étnicos a quienes se buscaba redimir. Esa obsesión de que *fueron vuestros hermanos y no los españoles* los que zambulleron en sangre la Segunda República, debió generar un trauma no del todo resuelto en Simón Bolívar, trauma que se convirtió en una amenaza constante.

Después de la experiencia de Jamaica en 1815 la situación iba a cambiar en tres contundentes orientaciones: no son los británicos los aliados emergentes para el partido independentista, sino, a despecho de algunos, los haitianos; no es una empresa exclusiva de los criollos comandar la acción liberadora contra la España fernandina, sino hay que contar con el concurso de las *clases baxas*; y por último, el centro de gravedad para la retoma del territorio venezolano para el relanzamiento del proyecto republicano no es Caracas, sino Santo Tomás de Angostura[62].

Era Guayana el lugar estratégico para abrir los cauces de la Patria nueva. Sus bondadosos ríos, sus fecundos recursos, su

62 Hoy Ciudad Bolívar.

ubicación geográfica, la hacían una región invicta. Pero había que poner la primera piedra. Un Congreso era imperativo para mandar una señal clara de legalidad. Se tenía igualmente que superar las diferencias de los liderazgos, más cuando los tribunos invitados a este magno evento eran los inconformes actores del año de 1811 y los díscolos orientales de 1817[63]. También era su propósito la aprobación internacional para la noble causa de la emancipación. Ese Congreso, como espacio necesario para discutir el patrón a seguir, arrancaría a principios de 1819 y cerraría sus deliberaciones a comienzos del año siguiente[64]. Pero esa instancia no surgió por generación espontánea[65]. Recordemos que una vez asegurada la liberación de la Provincia de Guayana, Bolívar está consciente de la infraestructura urgente por levantar. La faena hercúlea era toda la organización del Estado venezolano. Entonces, era perentorio erigir un sistema de gobierno, fuerza armada, tribunales, Consejo de Gobierno, Consejo de Estado y un Congreso. Este último fue convocado el 24 de octubre de 1818, cuando el Jefe Supremo promulgó el reglamento respectivo, aprobado dos días antes por el Consejo

---

63 Decimos esto con toda la intencionalidad del caso. A los contertulios de Simón Bolívar asisten siete de los conspiradores de ese año, los del Congresillo de Cariaco, sin soslayar que aún están abiertas las heridas por el fusilamiento de Manuel Piar.

64 La última sesión ordinaria del Congreso está fechada el 20 de enero de 1820. Vendrían luego las sesiones de la Diputación permanente hasta que el 10 de julio del mismo año, el Congreso fue convocado a sesiones extraordinarias debido a la reacción española en la región de Angostura. El 19 de julio de 1820 vuelve a entrar en receso y la Diputación permanente toma sus labores hasta su asamblea final el 31 de julio de 1821. Para ahondar acerca de los temas tratados y las resoluciones definitivas, véanse las *Actas del Congreso de Angostura* 15 de febrero de 1819 - 31 de julio de 1821. [En: Pedro Grases comp. Caracas, Fundación Biblioteca Ayacucho/Banco Central de Venezuela, col. Claves Políticas de América, 2011].

65 «El desenlace de la I República hace pensar al sector republicano en una aplicación más ajustada a los principios de la teoría política clásica en las colonias españolas. Tal preocupación la expone Simón Bolívar durante los años que ocurren entre 1811 y 1819, y se caracteriza por procurar salidas conciliatorias para el ejercicio del poder por parte de los distintos sectores políticos surgidos al socaire de la declaración independentista. Dicha orientación presenta a su vez, el requerimiento de un sector social capaz de sostener y orientar la organización del novísimo Estado republicano». Manuel Caballero, «De la antimonarquía patriótica a la virtud armada…», p. 38.

de Estado. Es en este marco que fueron elegidos una treintena de diputados, representantes de las provincias de Caracas, Barcelona, Barinas, Guayana, Margarita, Mérida y Trujillo, respectivamente. La Provincia de Casanare, ya sin atadura colonial alguna, adscrita a Nueva Granada, fue convidada para que enviase a sus representantes. El Congreso se reunió en Angostura el 15 de febrero de 1819, con la asistencia de 26 de los 30 representantes electos[66].

Quisiéramos aproximarnos a algunos aspectos puntuales del *Discurso ante el Congreso de Angostura* del 15 de febrero de 1819, haciendo la salvedad de que es un texto polifónico contentivo de un conjunto de decisiones, verdades y medias verdades, sugerente cantera para decodificar la radiografía de un ideario universal. Todo esto sin obviar que celebérrimo texto ejerce un influjo indudable en la conciencia nacional y en el imaginario cultural del pueblo venezolano, como estrategia retórica que tiene como finalidad la adopción colectiva de un enunciado político[67].

---

66 Una alocución magistral dada por el Libertador abría fuego. Un discurso lo percibimos como una *práctica* indivisible de unas condiciones sociales específicas y la elaboración de sentidos de quien emite dicho mensaje. Los enunciados presentados por distintas vías –generalmente oral o escrita– buscan convencer o conmover al interlocutor echando mano a un conjunto de recursos expresivos. Existe una relación estrecha entre el hablante, lo que dice, y quien lo oye, dando matices a un conjunto de voces y planos muchas veces imperceptibles en la audiencia. Esos referentes y símbolos pronunciados o leídos son susceptibles de ser comunicados de diversas maneras. Ya esto permite inferir la complejidad de la tarea, más cuando del *Discurso ante el Congreso de Angostura* se trata, y del cual se ha vertido mucha tinta, que casi nos imposibilita a decir algo que implique una relativa innovación interpretativa. No obstante, si algo caracteriza a un ensayo es el acercamiento personal y a veces irreverente de quien escribe, generando más problemas que plausibles soluciones.

67 «Como tal, el discurso político es un discurso de persuasión, caracterizado por los seis *topoi* siguientes: (a) *Necesidad*: Existe una situación presente que debe ser cambiada para la obtención de un beneficio; (b) *Inherencia*: La situación presente es inherentemente negativa y no puede superarse con cambios menores; (c) *Política*: Existe un plan específico para superar una necesidad inherente, colectivamente aceptada o aceptable; (d) *Practicalidad*: Se cree razonadamente que la política propuesta puede ser ejecutada; (e) *Ventajas*: La política propuesta implica el logro de más ventajas que desventajas y (f) *Contra-política*: Existe la posibilidad de que haya una política alternativa que pueda ser implementada para superar una necesidad inherente». Iraset Páez Urdaneta, «El discurso político del Libertador», pp. 232-233.

Sustentamos que el Libertador es un paternalista, pero un paternalista de nuevo cuño, que supera la carga peyorativa del vocablo que la tradición política moderna ha sostenido[68]. Solo deseamos llamar la atención –en el marco la celebración del bicentenario del *Discurso ante el Congreso de Angostura*– sobre aristas, que desentrañadas, dan pistas para comprendernos desde lo que denominamos *paternalismo político liberador*, sin obligatoriamente hacer concesión con la automática extrapolación al presente, y no por ello menos valioso, críticamente hablando, en nuestros días tan enrevesados.

Paternalismo político liberador lo conceptualizamos como la propensión a implementar pautas de autoridad o protección a un pueblo desprovisto de reglas eficaces que normen su conducta para alcanzar modelos políticos y sociales caracterizados por la inclusión, la democratización y la mejora colectiva. Superando la carga despectiva del término *paternalismo*, nos atrevemos a ensayar un concepto en el cual priva la posibilidad de un Estado fuerte que no disminuye la libertad y la autonomía del grupo. Es la manera de «empoderar» a sectores socialmente vulnerables, partiendo de la conciencia política ciudadana, propiciada, en gran medida, por el aparato estatal. Su premisa mayor es que con una asistencia positiva y constructiva de un Estado robusto y

68 «Si se entiende que el gobernado –el pueblo, el colonizado– sufre de una minoría de edad mental congénita e irredimible, si se entiende que el gobernante, por el contrario, ha nacido ya con la mayoría de edad y poder reflexivo, la forma en que este conduzca a aquél será la del *paternalismo*, lo cual implica la idea del "amor del fuerte por el débil", según su principal definidor, el vizconde Luis de Bonald. El *paternalismo* responderá, por lo tanto, a la idea mítica del padre en las sociedades patriarcales: indulgente, benévolo, sentimental, pero también capaz de castigar y reprimir, aun con la fórmula "a mí me duele más que a ti", de la que el paternalizado tiene razones muy fuertes para dudar. Es inherente al *paternalismo* la idea de que el así gobernado carece de juicio suficiente para discriminar su propia conveniencia, y por lo tanto el juicio del gobernante ha de sustituir esa carencia proyectando generalmente la imagen de un esfuerzo considerable para realizar esta tarea ("me sacrifico por ti"); de la misma forma, sus actos y sus decisiones no necesitan explicación, o apenas una somera, porque de todas las formas "no podría ser comprendido". El *paternalismo* encubre muchas veces formas de opresión, y en cualquier caso, un desprecio disfrazado de amor. El *paternalismo* excede de un estilo de gobernar para convertirse en un problema social, al invadir todas las formas de vida…». Eduardo Haro T., *Diccionario político*, pp. 206-207.

responsable el pueblo consciente puede codirigir su propio proceso de avance social.

«EL TORRENTE INFERNAL»

El *Discurso ante el Congreso de Angostura* fue leído por Simón Bolívar el 15 de febrero de 1819, con el plan firme de instalar el segundo Congreso Constituyente de la República de Venezuela en Santo Tomás de Angostura. Las huellas de Juan Germán Roscio, Fernando de Peñalver y Manuel Palacio Fajardo se dejaron sentir en esta pieza capital del pensamiento del Hombre de las dificultades. De tal modo, el *Discurso ante el Congreso de Angostura* «representa el esfuerzo más importante realizado por Bolívar para exponer, en forma sistemática, su concepción de la sociedad venezolana y de la forma de gobierno que a esa sociedad convenía. No es un texto circunstancial, no es un texto preparado a la ligera, no es un texto preparado en condiciones precarias»[69]. Al ser un texto sopesado y bien asesorado, con una gran carga ideológica, nos indica las desbordantes implicaciones analíticas de la obra mencionada.

De entrada el elemento más llamativo del *Discurso ante el Congreso de Angostura* es el verbo triunfante de un Libertador que se arroga haber resistido en sus hombros el peso mismo de la República, de aquí que explote un *yo-heroico*, de quien se entiende como el guía indiscutible, honrado por retribuir un mando que dice haber recibido de la voluntad de las mayorías. Una aguda observación puede indicarnos que no hubo tal delegación del poder, recordando que el Primer Congreso de Venezuela confirió tal

69 Germán Carrera Damas, «El Discurso de Bolívar en Angostura…», p. 90. En este escrito cardinal el Libertador recomienda no calcar modelos extranjeros, por muy exitosos que estos fueran en otras latitudes, en ese sentido no le resta importancia al régimen federal, pero ajustado a otras naciones con elementos socio-históricos muy específicos. Invita a la adopción del centralismo, fundamentado en un Poder Público tripartito: Ejecutivo, Legislativo y Judicial; enfatizando la solidez del Poder Ejecutivo y planteando una cuarta potestad, denominada Poder Moral. Propone el senado hereditario y la presidencia vitalicia. De igual manera defiende el sistema republicano-democrático como la fórmula política para nuestras jóvenes naciones, con la eliminación de la nobleza, los fueros y privilegios, además de la abolición de la esclavitud, como condiciones básicas.

responsabilidad en Francisco de Miranda, quien nunca la delegó en el mantuano caraqueño. Si bien es un señalamiento oportuno, a nuestro entender le da más mérito a la capacidad de liderazgo del Libertador[70]. Por eso se puede decir que el *Discurso ante el Congreso de Angostura* podría ser más bien un *mensaje propositivo,* valga el término, porque si bien hace un balance unilateral de quien dirimió –no sin objeción– los destinos de la República, recomienda asimismo una estructura de Estado concreta. Se trata de política en época de guerra, no lo olvidemos.

Se autocalifica Simón Bolívar como un Dictador Jefe Supremo de la República, hijo de las circunstancias dificilísimas, verdadero «torrente infernal» que desafió todas sus flacas capacidades: «Un hombre, ¡y un hombre como yo!, ¿qué diques podría oponer al ímpetu de estas devastaciones?», «un vil juguete del huracán revolucionario que me arrebataba como una débil paja», para en reglón seguido evaluarse: «Yo no he podido hacer ni bien ni mal; fuerzas irresistibles han dirigido la marcha de nuestros sucesos; atribuírmelos no sería justo y sería darme una importancia que no merezco»[71].

A primera vista el Libertador utiliza una argumentación muy sugerente: a ratos se autoproclama como el adalid de la gesta que se está haciendo y a la vez nos proporciona una imagen de sí mismo como especie de víctima del contexto, lo que denota una hábil manera de situarnos en un razonamiento contradictorio, en esa diada hombre-circunstancia que generará una disputa álgida, con gran viso de romanticismo, años después a la hora de justipreciar su obra[72]. Pero su consideración no se queda corta, Bolívar se

70 «Al consignar el mando supremo, Bolívar quiso dar ejemplo de acatamiento a la soberanía popular. Él tenía en realidad en su mano la fuerza. Era el jefe indiscutido en este momento del ejército. Podía mandar, podía prolongar el ejercicio de la autoridad suprema, pues aún duraba la guerra, pero se apresura a despojarse de ella y a dar una demostración de respeto a las instituciones republicanas, al someterse a esa autoridad del Congreso que representa la soberanía del pueblo y que él puso empeño en reunir». L.J. Acosta Rodríguez, *Bolívar para todos*, t. II, p. 422.

71 Simón Bolívar, «Discurso de Angostura», p. 96.

72 «Esa perspectiva es la que tratamos de plantear con respecto a uno de los temas centrales de nuestra historia. Bolívar y su tiempo. Se trata en este caso de acercarse a un individuo, pero también a su tiempo, a su época, a los diversos

defiende como quien encarna en ese momento los altos fines de la revolución:

> ¿Queréis conocer los autores de los acontecimientos pasados y del orden actual? Consultad los anales de España, de América, de Venezuela; examinad las Leyes de Indias, el régimen de los antiguos mandatarios, la influencia de la religión y del dominio extranjero; observad los primeros actos del gobierno republicano, la ferocidad de nuestros enemigos y el carácter nacional. No me preguntéis sobre los efectos de estos trastornos para siempre lamentables; apenas se me puede suponer simple instrumento de los grandes móviles que han obrado sobre Venezuela; sin embargo, mi vida, mi conducta, todas mis acciones públicas y privadas están sujetas a la censura del pueblo. ¡Representantes! Vosotros debéis juzgarlas[73].

Comenta Bolívar anhelar la anuencia de sus hermanos de causa para alcanzar el excelso título de buen ciudadano, superior al de mismísimo Libertador o Pacificador conferido por Venezuela y Cundinamarca, respectivamente. En su disertación ese traspaso del mando supremo al Congreso lo convierte en acto seguido en un ciudadano más, nunca indiferente a la demanda de la Patria. Esto sin desconocer la multitud de «beneméritos hijos», verdadera reserva moral y política para gobernar un país que ha decidido derroteros soberanos. Se sitúa Bolívar enfáticamente como uno más[74].

---

contextos que lo rodean. Mucho se ha escrito sobre el papel del individuo en la historia, mucho se ha discutido sobre la trascendencia del "héroe" y su función transformadora de la realidad que lo rodea, pero también se ha analizado y discutido cómo el héroe no es más que el producto de la realidad que lo rodea. Sin retomar esa larga como bizantina discusión, es evidente que la acción del individuo se desarrolla al interior de una situación concreta, siendo expresión de ella, pero a la vez la intervención del individuo ejerce una presión sobre dicha realidad que se expresa en cambios y transformaciones que tienen su propia dinámica y que se expresan asociados a la acción de dicha individualidad. En ese sentido, ambos elementos están en una permanente interacción, explicándose y alimentándose mutuamente, por lo que el excluir uno de estos contextos no facilita el conocimiento de la realidad en sus múltiples manifestaciones». Fernando Rosas, «Bolívar y las tendencias actuales de investigación histórica», p. 186.

73 *Idem*.

74 «Este *despersonalizarse* como individuo para *individualizarse* como anónimo signo de la temporalidad histórica en la que le toca actuar, tanto en el

Ahora bien, vemos que el *paternalismo político liberador* de Simón Bolívar reconoce que la autoridad debe democratizarse para cerrar el paso a cualquier poder unipersonalizado[75]. De allí que es menester regímenes más abiertos y respetuosos de las libertades públicas. En ese sentido, no es de extrañar la defensa de Bolívar a las repetidas elecciones como verdadera garantía de que uno solo no se perpetúe en el poder[76]. Es curioso ver que tal principio liberal que hace a Bolívar un recalcitrante republicano, sea burdamente distorsionado por fracciones reaccionarias antipopulares para acusar gobiernos de inspiración bolivariana de falsos y dictatoriales. Una nota de interés es que esta conocida afirmación del Libertador

---

pasado, el *presente*, incluso el *futuro*, es un recurso al que Bolívar recurre con frecuencia. Es así como el que a fines de 1812 llega a Cartagena y dicta su primer gran documento político es un *hijo de la infeliz Caracas*. Allí realiza un tenaz análisis de las causas de tan lúgubre infelicidad. En 1815, el exiliado en Kingston es un *americano meridional* que, cuando todo se ha perdido, aún se atreve a pensar en la liberación de un continente. Posteriormente, el estadista de 1819, en Angostura, luego de someter a su control militar la plaza que a la postre inclinará el curso de la guerra en su favor y de someterse por sí mismo al juicio del pueblo y de la historia, solo aspira ser *buen ciudadano*; título que, asegura es superior al de Libertador que le otorgaron en Caracas, al de Pacificador que le otorgaran en Cundinamarca, o cualesquiera otros que el mundo entero le pudiera otorgar. Este tipo de metáfora sugiere el sutil desdén del *héroe* por lo grande, que lo torna aún más grande; el sobrio clamor por la sencillez ordinaria del paisano, pero a lo que solo puede acceder quien, como él, transita el arduo camino de la gloria». Óscar León, «Carta de Jamaica. Historia, semántica y geopolítica», pp. 178-179.

75 «La Filosofía Política concebida por el Libertador se inspiró en los siguientes principios: Justicia-Igualdad-Libertad. El tipo de relación que debe existir entre estas nociones fundamentales, lo estableció de la siguiente manera: la justicia toma la categoría de virtud regidora y sobre ella se sostienen la igualdad y la libertad. La suprema libertad social consiste en un justo medio entre la libertad absoluta y poder absoluto. La soberanía reside en el pueblo. Los gobernantes que reciben su mandato del pueblo deben alternarse en el ejercicio del gobierno. El poder público no debe estar concentrado en un solo gobernante, por lo que se impone la división de poderes». José Hernán Albornoz, «Bolívar y la filosofía de su tiempo», pp. 108-109.

76 No negamos que subyace en esta apreciación política de Bolívar toda una configuración «contractualista» que considera la soberanía –ese poder supremo por antonomasia– como producto de un pacto voluntario por la preservación de «los derechos y la propiedad» a que llegan los hombres. En el Libertador está de fondo parcialmente la idea represiva o persuasiva del poder, verdadera mirada en parte pesimista de la condición humana, lectura objetada por la filosofía política de las últimas décadas.

sobre el sufragio continuo, por contrapartida, induce a deducir lo contrario: el gobernante que actúe bien debe ser ratificado por las mayorías como premio al deber cumplido. Qué si bien es cierto que la ciega obediencia del pueblo fortalece al tirano y usurpador denunciado por Bolívar, este juicio asimismo abre la puerta para ratificar a los ecuánimes, para reconocer a los virtuosos cuando el pueblo es enaltecido por su gobernante. ¡Toda una resemantización del principio de la alternabilidad republicana! De esta sinergia maravillosa: un pueblo consciente es elevado por la pedagogía política del gobierno[77] y este crece con las justas demandas de los más.

ENTRE PUEBLO Y CIUDADANO

El Libertador apunta en el *Discurso ante el Congreso de Angostura* una idea que ya había sostenido con iguales palabras en la Carta de Jamaica de 1815, la noción del «pequeño género humano»:

77 Un señalamiento de Salcedo-Bastardo en su clásico trabajo desde ya despeja parte de los equívocos conceptuales entre Nación, Estado y Gobierno en la verba del Libertador, aclaratoria muy funcional para el objetivo de este ensayo: «La Teoría Política en nuestros días precisa el contenido privativo de cada uno de los tres grandes conceptos. Así se han hecho visibles sus similitudes y sus diferencias; aunque pertenecen a distintos niveles del conocimiento científico, si fueran mentalmente colocados en forma superpuesta mostrarían sus desiguales extensiones. El término *Nación*, que corresponde al plano social, es el de mayor extensión; se le usa para nombrar a la población y sus vínculos culturales: cierta comunidad de tradición, lenguaje, religión, costumbres, ideales, etc., a tales vínculos puede añadirse en algunos casos, otros de tipo natural: vecindad geográfica, similitud étnica. El concepto *Nación* alude la institución de mayor permanencia; prácticamente la nación es perpetua. El vocablo *Estado* pertenece al plano jurídico-político. Es la organización legal, o personalidad jurídica, de la nación; no obstante, que la nación es uno de sus elementos, tiene el Estado menor extensión en cuanto que puede concebirse una nación sin Estado pero no lo contrario. En el tiempo la duración del Estado es media; cambia más que la nación y menos que el gobierno. El concepto de *Gobierno*, muy afín al de Estado, podría ser situado en un plano casi idéntico al de este aunque más acentuadamente político. Es de extensión mínima en relación con los otros, ya que se refiere al conjunto de los personeros del Estado, es decir, a sus gestores. Es de menor duración –también relativamente– por cuanto cambia con facilidad superior a la usada para los cambios de Estado». J.L. Salcedo-Bastardo, *Visión y revisión de Bolívar*, p. 125.

> … No somos europeos, no somos indios, sino una especie media entre los aborígenes y los españoles. Americanos por nacimiento y europeos por derechos, nos hallamos en el conflicto de disputar a los naturales los títulos de posesión y de mantenernos en el país que nos vio nacer, contra la oposición de los invasores; así nuestro caso es el más extraordinario y complicado[78].

Esta interesantísima autodefinición la complementará más adelante Bolívar con las expresiones: «*un compuesto de África y de América*», «*más que una emanación de Europa*»; para rematar con una admonición que lo pone hoy en la cresta de la discusión antieuropocéntrica: «*pues que hasta España misma, deja de ser Europa por su sangre africana, por sus instituciones y por su carácter*». Todo ello sin dejar de aludir al genocidio de los invasores hispanos contra los indo-originarios[79]. En este aspecto específico reside a nuestro entender parte de la valía de un documento histórico recurrentemente releído. En sus conceptos resuena lo que nos atrevemos a calificar como el núcleo de la identidad latinoamericana, base de la particularidad que le da una relativa personalidad histórica a lo construido societalmente después de tres siglos de sujeción hispana. Lo decimos respetando las especificidades en cada caso, sin omitir las herencias culturales de comunidades y territorios en los que lo indígena y lo negroide terminaron siendo predominantes. Insistamos: pero así como encontramos aquí un aliento ontológico (lo identitario), este aspecto no lo divorcia el Libertador de la dimensión del poder (lo político), y eso es altamente significativo[80]. ¿Cómo

---

78 Ob. cit., p. 98.

79 *Ibidem*, p. 106. «Es de notar como Bolívar se fija antes que nadie entre los teóricos y pensadores del tiempo en el panorama racial hispanoamericano y en las dificultades que presentaba la compleja constitución étnica para la organización política presente y futura. Lo que afloró tímidamente en la Carta de Jamaica aparece ahora en el Discurso de Angostura con gran nitidez. Consciente del peligro que entrañaba el mosaico racial para el porvenir de América es que aconseja consagrar en la constitución la igualdad política y social para corregir mediante las leyes las diferencias naturales». Miguel Hurtado, «Ensayo de un método…», p. 27.

80 «En esta concepción, la identidad se desprende del proyecto. De ahí que aquel *pequeño género humano* se identifique consigo mismo y con otro mediante el proyecto. En este contexto, el proyecto se llama independencia de

es divisible lo que somos con lo que debemos construir? En tal sentido agrega Bolívar:

> Todavía hay más; nuestra suerte ha sido siempre puramente pasiva, nuestra existencia política ha sido siempre nula y nos hallamos en tanta más dificultad para alcanzar la libertad, cuanto que estábamos colocados en un grado inferior al de la servidumbre; porque no solamente se nos había robado la libertad, sino también la tiranía activa y doméstica[81].

Partiendo de este cuadro se lanza el Libertador a explicar lo que considera una «paradoja». Hasta en los regímenes más absolutos del mundo asiático –tenidos como bárbaros por los ilustrados modernos–, los déspotas fueron generalmente oriundos de esos mismos territorios, igual que sus funcionarios y subalternos. En el caso americano, apunta Bolívar, no fue así. España impedía el ejercicio del gobierno doméstico mínimo. «Lo diré de una vez, estábamos abstraídos, ausentes del universo, en cuanto era relativo a la ciencia del gobierno»[82]. Véase que es el reclamo de un criollo que en la pirámide social de entonces goza, en comparación con otros grupos sociales, de ciertas prerrogativas nada despreciables[83]. Y aquí distinguimos una de las habilidades argumentativas más trascendentes del Libertador en su *Discurso ante el Congreso de Angostura*, cuando llega a equiparar al criollo con el pueblo americano, operación expuesta en su afamada

---

América, es en realidad la objetivación de la teoría de la independencia. A este proyecto, Bolívar le llamó *partido de la Patria*, lo cual presupone un Estado soberano, uno que conciba y lleve adelante sus propios proyectos sin pedirle permiso a nadie. Entonces, la identidad no es el color de la piel, ni el bailecito citadino, sino especialmente el proyecto concebido de acuerdo a cierta manera de leer el mundo. Dicho de otro modo, *no es un plan de acción, ni táctico ni estratégico*, sino praxis, esto es acción y pensamiento que se desenvuelven, que disputan, se critican y reconcilian, donde ni siquiera los propósitos finales son intocables». Jorge Rivadeneyra, «Los enemigos invisibles», p. 46.

81 *Ibidem*, pp. 98-99.

82 *Ibidem*, p. 99.

83 «Otra vez, como en la Carta de Jamaica, por su voz habló su clase social, en sus palabras estuvieron las quejas de los mantuanos, en sus proposiciones la búsqueda de una estabilidad que los criollos no sabían todavía cómo se podría obtener, en vista de las duras contradicciones que venían enfrentando desde 1810». Miguel Acosta Saignes, *Bolívar, acción y utopía*... p. 212.

Carta de Jamaica de 1815 y que ahora la hacía verdaderamente pública ante los congresistas. Es decir, Bolívar iguala por encima la *condición americana*, cuando incluye en su propuesta política al «pequeño género» –mezcla del negro, el indio, el blanco–, que por ser distinto, requiere un futuro también distinto, bajo el estandarte de la unidad para la libertad. Pero advertimos que en la mencionada *igualación por encima* entraña una denuncia y una tarea.

La denuncia: existe un estado secular de postración. El «triple yugo de la ignorancia, de la tiranía y del vicio» al cual históricamente ha sido expuesto el mencionado gentilicio, ahora *pueblo americano*. La mentira, el vicio y la superstición han sido más potentes que la fuerza física, por lo que aduce el Libertador, que «la esclavitud es la hija de las tinieblas; un pueblo ignorante es un instrumento ciego de su propia destrucción»[84]; premisas mayores para exponer sus ideas educativas y morales que en este ensayo no vamos a tratar[85]. De tal forma, los enemigos a vencer son *la ambición*, *la intriga*, y *la perversión.* Aunque en honor a la verdad esa larga noche también tuvo estrellas, hubo una «legión extraordinaria», como escribe Bencomo Barrios:

> El orador parece ante sus coterráneos con apreciables conocimientos sobre política, historia de Venezuela y de Europa, y literatura universal, a lo cual se agrega la sólida formación moral y la buena información acerca de los múltiples problemas sociales y económicos. Y entonces surge la pregunta: ¿Dónde obtuvo todo ese acervo? Y la respuesta es una. Del sistema repudiado por él con tanta vehemencia. Pero Bolívar no es el único beneficiario de la época anterior a la lucha por la emancipación, pues

84 *Idem*.

85 Simón Bolívar aun cuando no fue un pensador educativo, fue un apasionado de la instrucción del pueblo. Estaba convencido de que un sujeto social sin estudios es un ser incompleto y que tanto la corrupción como «las tinieblas de la servidumbre» son hijas directas de la ignorancia. En su ideario pedagógico asumía que la educación es un proceso que va desde el nacimiento hasta la muerte. El Libertador siempre tuvo conciencia del rol transformador de la escuela, papel por demás preponderante del Estado: «La educación popular debe ser el cuidado primogénito del amor paternal del Congreso. Moral y luces son los polos de una república; moral y luces son nuestras primeras necesidades». Es así como para el Hombre de las dificultades la formación cívica esa una tarea compartida no solo por los entes gubernamentales sino por la sociedad en general.

> con él están todos aquellos hombres de quienes la Venezuela del siglo XIX obtuvo lustre. Simón Rodríguez, Andrés Bello, Juan Germán Roscio, Miguel José Sanz, Juan Antonio Rodríguez Domínguez, Antonio José de Sucre, Manuel Palacio Fajardo, José Antonio Páez, solo por citar algunos de esa legión extraordinaria. Pero, aparte de los hombres nacidos durante aquel siglo, a quienes se les negó «saber, poder y virtud», vinieron no pocas instituciones descollantes por sus bondades. Con seguridad, el Libertador ha expresado este sentimiento, obligado como estaba por su condición de líder máximo de una revolución y, por lo tanto, no podía romper lanzas en favor de un sistema combatido por él, como lo era el español. Resulta indiscutible que la buena calidad de los ciudadanos antes nombrados y muchos más, dimanó del sistema español, pero también es innegable que los beneficios del sistema no fueron extensivos a toda la población sometida al poder extranjero; quizás esta circunstancia fue lo que inspiró en Bolívar las reflexiones ya citadas[86].

La tarea, por otro lado, Bolívar la especifica en *la práctica de la virtud*:

> Un pueblo pervertido si alcanza su libertad, muy pronto vuelve a perderla; porque en vano se esforzarán en mostrarle que la felicidad consiste en la práctica de la virtud; que el imperio de las leyes es más poderoso que el de los tiranos, porque son más inflexibles, y todo debe someterse a su benéfico rigor; que las buenas costumbres, y no la fuerza, son las columnas de las leyes; que el ejercicio de la justicia es el ejercicio de la libertad.[87]

En tal sentido, detectamos en el Libertador una mudanza muy notoria de la noción de pueblo, sin excluir la honda impresión que generó en él, en casa, el terrible año 1814, y fuera de nuestras fronteras, las vivencias antillanas. Bolívar fue testigo de excepción de la carencia de facultades y tradición política republicana en una masa hija de trescientos años de colonialismo extranjero. Observamos que mientras en el Manifiesto de Cartagena de 1812 alude a la noción de pueblo como un aglutinado de «estúpidos que desconocen el valor de sus derechos», el desmoronamiento

86 Héctor Bencomo Barrios, *Bolívar ante la política,* p. 100.
87 *Ibidem*, p. 100.

de la Segunda República le hace considerar sus ásperas palabras. Ya en la Carta de Jamaica de 1815, al estimar la situación de Caracas y Nueva Granada, Bolívar patenta la separación entre las instituciones representativas y nuestras costumbres. Las lides políticas, la toma del federalismo para iniciales Estados, la excesiva fuerza de los gobiernos provinciales, el menoscabo de centralismo, entre otros factores, nos han incapacitado para fundar recias organizaciones. Después de Jamaica, por lo imprevisto de los días ulteriores, Bolívar asume una postura distinta sobre negros, pardos e indios, lo que habla de un Libertador más defensor que displicente. En Angostura para 1819 ya se autodefinía como un instrumento de las peticiones de los menos asistidos.

Lo que queremos resaltar es el poder argumentativo del *paternalismo político liberador* en Bolívar a la hora de dar sustancia a la noción pueblo, siempre y cuando esta mayoría alcance el nivel político-moral para ser entendido como tal. No le interesa a Bolívar el habitante, le importa el ciudadano.

SIN IMITACIÓN SERVIL

Una de las preocupaciones más importantes de Bolívar que pone en evidencia su *paternalismo político liberador* en su *Discurso ante el Congreso de Angostura* fue la apología de la democracia como forma de gobierno. Si bien convenía el Libertador que era un sistema de vanguardia por cuanto de libertad implica, no se llamaba a engaños: era una fórmula muy exigente para un pueblo inmaduro políticamente hablando. Tomaba ejemplos concretos de la historia antigua y moderna para fundamentar su punto de vista, a primera vista poco alentador. Quienes se han quitado de encima la fatídica opresión, salvo honrosas excepciones, no han podido consolidar un régimen de libertades efectivas, asienta. Los «antiguos vicios políticos» paridores de tiranías, muchas veces han sido más poderosos que el afán de vivir sin lastres. Las costumbres de la atadura imposibilitan la autonomía que da una voluntad decidida a caminar sola. De allí su alegato que permanentemente se tergiversa: la democracia puramente química no basta, la libertad absoluta es una quimera peligrosa que engendra

desorden y vicio. Existen medidas que si bien son de procedencia aristocrática o monárquica, le pueden hacer bien al ensayo republicano que ahora da sus primeros pasos. Aun cuando el Libertador califica sus reflexiones como «crueles», no desconoce las metas alcanzadas por el proceso revolucionario independentista. Sacudirse a España, desconocer las distinciones, la nobleza, los fueros, los privilegios, proclamar a viva voz los derechos del hombre, y muchas garantías, *actos eminentemente liberales*, es una verdadera proeza que no se puede ignorar. Sin embargo, y allí lo lleva su crítica, pese a los agigantados pasos que dimos en la Primera República, desde el punto de vista constitucional no tenemos que errar nuevamente:

> El primer Congreso de Venezuela ha estampado en los anales de nuestra legislación con caracteres indelebles, la majestad del pueblo dignamente expresada, al sellar el acto social más capaz de formar la dicha de una nación. Necesito de recoger todas mis fuerzas para sentir con toda la vehemencia de que soy susceptible, el supremo bien que encierra en sí este Código inmortal de nuestros derechos y de nuestras leyes. ¡Pero cómo osaré decirlo! ¿Me atreveré yo a profanar, con mi censura las tablas sagradas de nuestras leyes? ... Hay sentimientos que no se pueden contener en el pecho de un amante de la patria; ellos rebosan agitados por su propia violencia, y a pesar del mismo que los abriga, una fuerza imperiosa los comunica.[88]

En este juicio es patente un asunto que no debemos perder de vista cuando en nuestros análisis nos empeñamos de hablar de *un solo Bolívar*, como si la realidad no fuera múltiple y contradictoria, y los hombres fueran rígidos personajes, inamovibles ante el vendaval de los acontecimientos. Simón Bolívar despliega en el razonamiento –«¡Pero, cómo osaré decirlo!»– una veteranía de quien en siete años se había curtido de los sinsabores de la guerra y su amargo exilio, experticia que adquiere quien ha calibrado personas tan diversas en horas tan aciagas. Su frontalidad e ímpetu de 1812 es taimado con un juego semántico de exaltar para criticar. Los absolutos se van relativizando en su verbo y ve el «vaso medio lleno», que da señal de ser un espíritu más avezado.

88 *Ibidem*, p. 102.

¿Mas, qué podría hacer quien convoca para el consenso, de quien invita para reconstruir? Por eso en gran medida nos encontramos parcialmente con *otro* Bolívar, quien es más realista, conoce los intereses de su audiencia y busca no herir susceptibilidades.

Si bien su recuento es políticamente positivo, sugiere una reforma profunda que supere la desacertada Constitución Federal de un poco más de un lustro. Emular el modelo norteño derivado de una gente distinta con *virtudes políticas e ilustración moral* es equivocado, imitar el federalismo estadounidense, verdadera planta exótica para nuestra idiosincrasia como pueblo, es contraproducente. Afirma:

> ¿No sería muy difícil aplicar a España el Código de libertad política, civil y religiosa de Inglaterra? Pues aun es más difícil adaptar en Venezuela las leyes de Norteamérica. ¿No dice el *Espíritu de las Leyes* que estas deben ser propias para el pueblo que se hacen? ¿Que es una gran casualidad que las de una nación puedan convenir a otra? ¿Que las leyes deben ser relativas a lo físico del país, al clima, a la calidad del terreno, a su situación, a su extensión, al género de vida de los pueblos? ¿Referirse al grado de libertad que la Constitución puede sufrir, a la religión de los habitantes, a sus inclinaciones, a sus riquezas, a su número, a su comercio, a sus costumbres, a sus modales? ¡He aquí el Código que debíamos consultar, y no el de Washington![89]

Desde su punto de vista dicho calco al patrón estadounidense fue doblemente perjudicial porque tomó lo menos favorable de cada caso. En lugar de apuntar a un Poder Ejecutivo más fuerte para la coyuntura que vivía la causa emancipadora, se terminó tomando un blandengue triunvirato que le hizo una flaca ayuda a la opción independentista. Ese «cuerpo colectivo sujeto, por consiguiente, a los inconvenientes de hacer periódica la existencia del gobierno, de suspenderla y disolverla siempre que se separan

89 *Ibidem*, p. 103. Se apoya en la voz autorizada del sociofilósofo Montesquieu (1689-1755). Para el pensador francés el gobierno brota de la naturaleza propia de su organización social y se fortifica por la obediencia de sus respectivos principios de gobierno. Siendo los hombres especie de artesanos políticos están capacitados de procurarse mediante cuerpos jurídicos más prosperidad individual y social. Para Montesquieu es deber del gobierno republicano hacer leyes de acuerdo al temperamento de los pueblos.

sus miembros» fue ciertamente dañina. Fue lamentable –prosigue el Libertador– que el mencionado Congreso de 1811 decidiera por el federalismo en lugar de *formar una República indivisible y central*. Una decisión infortunada fue obviar *el carácter y costumbres de los ciudadanos*. La ausencia de una condición moral que no teníamos, nos llevó al más estruendoso fracaso. Para ser más diáfano apela el Libertador al sarcasmo: «… la consistencia necesaria para recibir el beneficio de un gobierno completamente representativo, y tan sublime que podía ser adaptado a una república de santos»[90].

Por todo ello señala que es imperioso rectificar el rumbo. A quienes ahora les toca la sensible misión de redactar un nuevo cuerpo de leyes no pueden ser indiferentes a su lamentación. La igualdad política, en su percepción, es el principio fundamental del sistema por establecer, sustentada sobre la virtud, valor que debemos adquirir todos los individuos para ser considerados auténticos ciudadanos. *Per se* somos desiguales[91], siendo el talento, el valor y las buenas costumbres, con leyes efectivas, el verdadero factor nivelador:

---

90 *Ibidem*, p. 105.

91 Otra vez J.J. Rousseau (1712-1778) glosado por el Libertador, específicamente en su *Discurso sobre el origen de la desigualdad entre los hombres* (1755). Desde los albores de la civilización, la convivencia humana generó desencuentros. La necesidad fue el móvil fundamental de defectos y virtudes que marcaron las distinciones en las comunidades. Ante tan notorias diferenciaciones, la misma sociedad se vio obligada a regular las asimetrías, estipulando derechos y deberes que terminaron confiscando su mismísima libertad. En su análisis sobre la desigualdad, Rousseau estableció las discrepancias entre el hombre civilizado y el hombre salvaje, llevando el primero de los mencionados la peor parte. El hombre civilizado, impelido por un afán de ser superior a los demás, engendró un artificio pernicioso sobre la vana idea de dominio. Si bien el hombre salvaje vivía para sí mismo, el llamado civilizado vivía buscando la aprobación de los demás. No obstante, el hombre salvaje fue decayendo, siendo el motivo principal de la desigualdad entre los hombres. «Lo que Rousseau plantea como el problema del libro es esto: ¿qué hay de realmente natural y qué de artificial en la naturaleza humana? En términos generales, su respuesta consiste en que por encima del egoísmo y más allá de él, los hombres sienten una reacción innata ante el sufrimiento de los demás. La base común de la sociabilidad es el sentimiento y no la razón; salvo por un hombre perverso, el sufrimiento, donde quiera que se produzca, es directamente doloroso. En este sentido los hombres son "naturalmente" buenos». George Sabine, *Historia de la teoría política*, p. 445.

> La naturaleza hace a los hombres desiguales, en genio, temperamento, fuerzas y caracteres. Las leyes corrigen esta diferencia porque colocan al individuo en la sociedad para que la educación, la industria, las artes, los servicios, las virtudes, le den una igualdad ficticia, propiamente llamada política y social.[92]

El exhorto de Bolívar en su *Discurso ante el Congreso de Angostura* pese a inspirarse en el pensamiento más adelantado de su momento[93], es también una inferencia de quien sufrió las desgracias de «repúblicas aéreas». Instituir un sistema político más simple y apegado a nuestra realidad mantiene a raya las naturales diferencias que una sociedad tan heterogénea como la nuestra, es de suyo problemático. Por eso «el sistema de gobierno más perfecto es aquel que produce mayor suma de felicidad posible, mayor suma de seguridad social y mayor suma de estabilidad política»[94]. Que es decir: gobiernos sencillos con normas realistas y

---

92 *Ibidem*, p. 106. Sobre el contenido de estas palabras Mijares es agudo: «La idea de Bolívar no es solamente generosa, sino más acertada; la ley, cuando organiza la sociedad y establece normas de justicia, de pacífica convivencia y aun de moral, está corrigiendo en cierto sentido a la Naturaleza; por consiguiente, la igualdad política entre los hombres debe proclamarse, no para obedecer al orden natural, sino para reducirlo a un orden legal más adecuado al buen desarrollo de la colectividad. Con el cual, un argumento que por sus premisas es reaccionario en la mente de la mayoría, se convierte en Bolívar en una afirmación democrática profunda». Augusto Mijares, *La evolución política de Venezuela*, pp. 54-55.

93 «Bolívar tiene una clara conciencia acerca de los límites de la acción, sustentada en una concepción de la política como *tarea humana y por lo tanto imperfecta*, tarea entregada no obstante a un propósito hondamente humanista: la creación de un orden de convivencia para el desarrollo pacífico de la vida común (…) En este orden de ideas, creemos efectivamente que los escritos del Libertador, y su acción histórica concreta, pone de manifiesto una visión de la política como área *perfectible* de la actividad humana, en la que el desafío central consiste en reconciliar equilibradamente intereses encontrados y conflictivos». Aníbal Romero, *Aproximación a la política*, p. 222.

94 *Ibidem*, p. 107. Es posible que sea principalmente Jeremy Bentham (1748-1832) su soporte teórico, por excelencia, en esta afirmación. Es casi imposible no remitir esa sentencia a la visión del utilitarismo británico. El principio de que toda acción humana –desde las leyes hasta las instituciones– deben ser juzgadas por la cantidad de placer que le proporcionan al pueblo es extremadamente progresista para el siglo XVIII. Es casi una solución generalizante y ambigua en que todo sea medido por lo placentero o no de los resultados obtenidos. En el campo político en particular calzaba muy bien esa máxima para

fuertes que contrarresten modelos ajenos a nuestra cultura y que acaben del mismo modo con los remanentes del colonialismo, pese a vivir un tiempo social diferente.

Haciendo un uso oportuno de la recursividad dialéctica Bolívar confiere al Congreso, *la felicidad* de la república, que no es cualquier cosa. Redunda el Libertador en una postura protectora que admite que generar cambios cualitativos en una Venezuela cruzada por una guerra de liberación, sin el concurso de una soberanía popular bien entendida y una división de poderes verdaderamente funcionales, es un objetivo titánico, es el drama de Sísifo. Todos los pensadores modernos citados por él en su *Discurso ante el Congreso de Angostura* reman hacia el mismo lugar, hacia esa sincronización entre comunidad y Estado, que como organismos vivientes deben hacer una simbiosis casi perfecta. Lo otro sería pensar que las transformaciones históricas se dan por un aluvión o que ilusamente se decretan.

UN GOBIERNO ENÉRGICO

En el *paternalismo político liberador* de Bolívar la mirada retrospectiva es un mecanismo muy recurrente. De un modo categórico el Libertador se esfuerza en demostrar cómo los hechos pretéritos son los factores causales del presente, siendo su preocupación más obvia registrar la simiente misma de la República de Venezuela. Para explicar la génesis de su proyecto convoca la fuerza de Clío, citando experiencias antiguas y modernas en cada caso[95]. La historicidad es vertebral en el *Discurso ante el Congreso de Angostura*, aspecto que conecta con una herencia

---

desechar lo oprobioso que fue el régimen colonial, régimen que no soportaba la idea de una mayor felicidad para el mayor número de personas. Aquí late el carácter democrático y revolucionario moderno de la proposición.

95 «Bolívar, aun cuando conociera la historia y supiera aprovechar sus enseñanzas y aducir sus ejemplos, no olvidaba sin embargo que muy distintas eran las realidades prevalecientes en la Atenas clásica, en Esparta, en los antiguos imperios orientales o en la Roma republicana e imperial y la situación concreta de Venezuela y de la Gran Colombia (…) Como hemos visto, la historia antigua le ofrece a Bolívar elementos de comparación y posibilidades de comprensión de lo que ocurre a su alrededor, en su propia época». Manuel Pérez Vila, *La formación intelectual del Libertador,* pp. 148-149.

rescatable: cómo los argumentos que hablan críticamente de lo remoto nos colocan rápidamente en sintonía con la inmediatez que vivimos, y sin caer en un automatismo unicausalista, con el futuro por construir. Sin embargo dicha historicidad no es *in vacuo*. La conceptualización histórica de Bolívar es claramente pragmática sin renunciar a la dimensión didáctico-moralizante: aprender del pasado como brújula del porvenir, haciendo la salvedad de que son innumerables las moralejas que de sus anales podemos sacar, siendo el universo jurídico inapreciable.[96] Visto así, las leyes deben ser paridas por la realidad y no viceversa. Su súplica es para obtener lecciones de hechos acaecidos tan emblemáticos que nos «instruyan en la difícil ciencia de crear y conservar las naciones con leyes propias, justas, legítimas, y sobre todo útiles». Porque, a fin de cuentas, la eficacia de un gobierno no radica en sus decálogos de buenas intenciones, sino en ser acorde *a la naturaleza y al carácter de la nación para quien se instituye*.

Para Bolívar la responsabilidad de un buen gobierno, en gran medida, ahora descansa en los legisladores, en invertir la ecuación, en transformar el agua en vino, en permutar la materia bruta en materia elaborada sin perder la máxima del ginebrino radical: «La libertad –dice Rousseau– es un alimento suculento, pero de difícil digestión». Para Bolívar ese «saludable nutritivo de la libertad»[97] es un arma de doble filo si no se está a la altura de las circunstancias. ¿Cuánta razón no encuentra el Libertador en el autor del *Contrato social* al tantear a un pueblo impedido a veces de ejercer una conciencia ciudadana de ruptura? Lynch señala:

> Pero la libertad en sí misma no es la clave de su sistema político. En efecto, él desconfió de los conceptos teóricos de la libertad, y

96 «Todo el pasado del hombre es el inmenso teatro de su reflexión. Mira sucederse en los anales de los tiempos los más hipócritas y los más descarados sistemas de opresión. La libertad ha sido un milagro transitorio, perecedero y difícil, "porque son los pueblos más bien que los gobiernos los que arrastran tras de sí la tiranía". Por eso estudia y señala el rezago negativo del pasado, la herencia activa de un sistema de legitimidad autoritaria y de sociedad de castas, pero no para negar la posibilidad de un régimen democrático o para renunciar a ella, sino para afirmarla, como posibilidad histórica, realizable mediante la aceptación de los hechos ciertos y la modificación de las circunstancias sociales». Arturo Uslar Pietri, «Discurso de orden…», p. 318.

97 *Ibidem*, p. 100.

> su odio hacia la tiranía no le llevó a una glorificación de la anarquía. Sostuvo que las teorías abstractas crean una idea perniciosa de libertad ilimitada, y estuvo convencido de que la libertad absoluta invariablemente degenera en poder absoluto. Por lo tanto, su búsqueda de la libertad fue una búsqueda del equilibrio y por lo que él llamó la libertad práctica, o libertad social, una medida entre los derechos de los individuos y las necesidades de la sociedad. Ello consistía esencialmente en la administración de justicia y el imperio de la ley, de manera que el justo y débil pudiesen vivir sin temor, y el mérito y la virtud pudiesen recibir su adecuada recompensa. Creía, con Rousseau, que solo la ley podía ser soberana, y que la ley era el resultado no de una autoridad divina o despótica, pero de la voluntad humana y a la soberanía del pueblo.[98]

En tal sentido, para superar *las cadenas*, *las sombras de las mazmorras*, son imperativos procedimientos políticos edificantes para dar como respuesta a *un pueblo naciente*. La naturaleza y la forma de gobierno deben proporcionar mejoras populares, para no ser *viles rebaños destinados a alimentar a sus crueles conductores*, para poder trascender *aquella humillante máxima, que más cuesta mantener el equilibrio de la libertad que soportar el peso de la tiranía*, reitera. En esta dirección Salcedo-Bastardo redunda en la tesis:

> La expresión «gobierno fuerte» no alude a gobierno de césares criollos. Se orienta hacia una distinta realidad: se encamina al problema de la eficacia y de la autoridad moral. Bolívar solicita un gobierno competente en la solución de los problemas públicos, fuerte desde el punto de vista administrativo y moral, que posea la fortaleza ética, patriótica, técnica y política, suficiente para completar la revolución y merecer respeto, que todos los ciudadanos y todos los partidos políticos lo vean como artífice del bienestar general y baluarte de la seguridad común (…) Gobierno fuerte para él –formalmente– es el gobierno centralista; no el despótico, sino el estable y firme del magistrado respetado, del administrador idóneo y del político honrado.[99]

La guía oportuna y protectora de un gobierno enérgico en el proceso reconstructivo de un pueblo históricamente expoliado es

98 John Lynch, «El pensamiento de Simón Bolívar…», pp. 134-135.
99 J.L. Salcedo-Bastardo, ob. cit., p. 139.

determinante en el *Discurso ante el Congreso de Angostura*, señalamiento oportuno que hace Bolívar desde su mirador paternalista liberador y humanista[100] para descalificar la inopia administrativa, el burocratismo, la demagogia, y sobre todo, la falta de una organización robusta que demanda un pueblo en un tránsito histórico definitivo.

FINAL

Quisimos experimentar un concepto de nuestra propia cosecha: *paternalismo político liberado*r para acercarnos al *Discurso ante el Congreso de Angostura* del 15 de febrero de 1819. Nuestra intención fue, tomando algunos aspectos puntuales de este texto capital, llamar la atención sobre claves para un análisis más detenido de una pieza magistral, sin obviar que es un discurso político siempre circunscrito a una época muy específica hace dos siglos, pero que suministra elementos para *leernos* hoy. No obviamos que es un texto que tiene un propósito de poder, y ello es de gran importancia. Había que edificar República como expresión de un bien común, brega que ameritaba un esfuerzo extrahumano, labor que bien direccionada podía alcanzar tan significativo propósito en las cuales todos ganaríamos el don más preciado: la Independencia. Pero además, no es solo un diagnóstico derrotista de una hora tan menguada; en su disertación Bolívar se potencia –con sinceridad, con recursos retóricos y también con medias verdades, ¡hombre al fin!– como el portavoz ideológico de la salida de tres centurias de dominación.

No dudamos de que Bolívar sea aquí un paternalista, pero un paternalista diferente. Conociendo el caldo de cultivo de un

100 «Una política humanista o humanismo político deberá reconocer y favorecer la realización del arquetipo humano que cada época tiene que formular en función de las circunstancias pasajeras y sus caracteres eternos (…) Una auténtica política humanista no puede desdeñar aquello que depende del cuerpo, de las pasiones, de los instintos y de la vida del hombre, pero tampoco puede desconocer lo que depende de la inteligencia (…) El valor de los Estados se aquilata por la facilidad que brindan al perfeccionamiento del *homo spiritualis* estimulando la realización de la vocación personal en conexión con la del destino nacional». Agustín Basave F., *Teoría del Estado. Fundamentos…*, p. 221.

conglomerado sumiso ante la monarquía española, era sociológicamente explicable por qué un pueblo idiosincráticamente súbdito abruptamente no se podía transformar en ciudadano. En el *Discurso ante el Congreso de Angostura* Bolívar rescata una conceptualización política y discursiva distinta, que le quita a nuestro parecer, el sentido negativo que se le ha adjudicado al término *paternalismo*. Bolívar hizo ejercicio de un *paternalismo político liberador*. Bolívar sí fue defensor de la participación política. Planteó un sistema democrático a favor de la acción virtuosa de la ciudadanía. Sin negar lo atrasado del pueblo por razones históricas mensurables, Bolívar creyó en las potencialidades de la mayoría, individuos sensibles, conscientes y responsables para la toma de decisiones políticas. Apela el Libertador al deber moral de los gobernantes, que consiste en regir constructivamente la vida de los otrora vasallos.

Interrogarnos acerca del paternalismo del Libertador, generalmente satanizado, nos puede conducir a comprenderlo como «una de las actitudes humanitarias de la clase terrateniente criolla», aspecto no necesariamente negativo. Acerca de este asunto Arturo Andrés Roig se pregunta: «¿Y por qué no afirmar luego que ese humanitarismo le impidió en más de un caso a nuestro Bolívar una posición política verdaderamente revolucionaria frente a los agudos procesos que le toco vivir?», para responderse:

> Lógicamente que ese paternalismo y esa liberalidad tenían para esa misma clase sus códigos establecidos y con ello sus sentidos y límites. Un paternalismo y una liberalidad excesivos se aproximan peligrosamente a los márgenes de lo permitido y podían presentarse, por tanto, como una amenaza contra la estabilidad de los propios sistemas codales vigentes.[101]

Muchas conjeturas podemos hacer hoy de esta mina inagotable de insinuaciones políticas, algunas superadas por un tiempo menos optimista de la promesa tecno-racional moderna. Solo resaltemos la demanda de un gobierno fuerte y francamente humanista que contribuya a elevar moral, cultural y políticamente al pueblo, sin convertir a sus mayorías en perezosos pedigüeños.

101 Arturo Andrés Roig, «Simón Bolívar y las dos revoluciones…», p. 105.

¡Una verdadera cultura del trabajo y del esfuerzo se pide a gritos! Parte del reto es el imperativo de un Estado que proteja, que satisfaga las necesidades colectivas y eduque al pueblo, y este responsablemente –no como un infante perpetuo– se vaya haciendo también cargo de su existencia social y económica. De otra manera el paternalismo no será ni político ni liberador –ni horizontal ni inclusivo–, sino un maquinaria corruptora, burocratizante e inoperante que terminará asfixiando al ciudadano de a pie. De un todo para el pueblo, pero sin el pueblo.

El salto prodigioso o 1819 a tres voces

> La campaña del Libertador en 1819 tiene la apariencia, es verdad, de un **salto prodigioso**, análogo a los de César o Napoleón cuando ascendían, y la victoria de Boyacá parece así mismo un golpe de garra semejante a los de aquellos genios militares; pero su verdadero sentido, lo más fascinante de ella, está en aquellos largos años de prueba, de sufrimiento y de coraje que le precedieron. Y que son también los que identifican plenamente a Bolívar con los soldados cuyas penalidades compartía. Que él no era sino uno de ellos, y que él y ellos corrían arrebatados por un mismo destino a realizar la independencia de América…
>
> Augusto Mijares

INTRODUCCIÓN

El Libertador es un personaje peligroso por *inusual* y *extraordinario*. La vuelta al bolivarianismo de las últimas décadas, imbricada en gran medida con la irrupción del liderazgo de Hugo Chávez, ha traído consigo una discusión no del todo superada; diatriba que había encubado en los años setenta y ochenta del siglo XX venezolano: el destierro del Libertador de las casas de estudios nacionales. Salvo honrosas excepciones, el mantuano revolucionario fue ponderado, si no como historia antigua en los recintos universitarios, como una simbología ciertamente folclórica y «pavosa». Pese al carácter celebratorio del bicentenario de su nacimiento y la inclusión de la Cátedra Bolivariana en los horarios de la Educación Básica, academias y escuelas de historias se dieron a la tarea de despachar a un personaje más circunscrito a las efemérides oficiales y a los días no laborables para visitar los panteones.

Todo esfuerzo investigativo o divulgativo orientado a poner de relieve la figura de Simón Bolívar puede ser evaluado por algunos furibundos enemigos de la magnanimidad del caraqueño, como una forma de mayor endiosamiento del héroe en «los cultos predios del oficialismo». No negamos que existan partidarios de un rotundo

rechazo por la presencia del Libertador, producto parcialmente de su significación en los cambios políticos que vive nuestra sociedad en las últimas dos décadas, un Bolívar que mucho aporta a la Venezuela del siglo XXI como columna vertebral de la mudanza de país que experimenta una nación –y un continente, agreguemos– ayer signada por la exclusión y la pobreza. Es como si por su animadversión a la Revolución Bolivariana quisieran cometer un parricidio de indecibles consecuencias: sintetizar un icono de orgullo nacional en una patología social, en una enfermedad de los marginales. Pero esto no es una situación exclusiva de la polarización política reciente. La íntima relación existente entre el nacimiento de la historiografía en Venezuela y el cruento rompimiento del nexo colonial de nuestros antecesores, tuvo su expresión en la necesidad de edificar una interpretación oficial de la historia patria centrada en la hazaña del héroe. No obstante, pese al requerimiento de la unidad nacional que encontró en esta narrativa su hábitat natural, Bolívar despunta como una personalidad con luz propia. Rescatar el talante revolucionario y popular del Libertador hoy no es necesariamente una operación ideológica para defender un proyecto político, práctica muy común en un ayer no muy lejano, sino como un mecanismo legítimo de poner en su justa dimensión el carácter heroico del líder y la vocación libertaria de las mayorías.

En este orden de ideas, ¿Se podrá alegar que existe una expresión político-historiográfica, que una vez «harta» de la estampa del Libertador por un criticismo que a veces se ha vuelto estéril, ha terminado siendo también mezquino con la trascendencia del Grande Hombre? ¿Caracterizar el sendero que va desde la instalación del Congreso en Angostura hasta la conformación de la República de Colombia contribuye para una mirada más comprensiva, amable y acertada de lo que podemos estar sufriendo actualmente los venezolanos? ¿Desde el punto de vista de tres autorizados historiadores –Augusto Mijares, Indalecio Liévano Aguirre y Gerhard Masur– que analizan el año axial de 1819, podemos vivenciar, respetando el marco histórico, un *encantamiento épico bolivariano*, que sea alimento intelectual y emocional, para el duro trance que sufre la República dos siglos después? Tal vez, en todo caso la grandeza es contagiosa.

«LA PROEZA MÁS EXTRAORDINARIA»

No pecamos de exagerados en llamar a Bolívar estratega militar sorprendente. No rayamos en el manido romanticismo –aunque lo parezca– cuando estimamos al Libertador como un verdadero conductor de pueblos. Más allá de rótulos facilones, es, no obstante, 1819 el año para darle un carácter verdaderamente internacional al conflicto emancipatorio, siendo Angostura esa capital provisional de la tercera república, el escenario por excelencia de las metas por alcanzar, y Bolívar, el artífice de tamaña obra. Si inicialmente el Libertador daba ese 15 de febrero de 1819 un discurso como un estadista que no se contentaba con solo entregar el poder al augusto Congreso, a tranca y barranca el líder daba también el otro paso estratégico: la liberación de Nueva Granada. Por supuesto, en ese millar de convalecientes e improvisados soldados que ahora, por sus órdenes, comandaba Santiago Mariño y que cuidaban Angostura ante su ausencia, no se podía cifrar mucha esperanza. Tampoco el viento soplaba a favor de la causa revolucionaria, en virtud de que el contingente británico se hacía esperar en Margarita bajo la mirada expectante y poco alentadora de Rafael Urdaneta. En el fondo todo era una treta ideada por el Libertador: persuadir a Pablo Morillo de que se moviera primero al Este y posteriormente al Norte con el firme propósito de fragmentar al bloque realista. Empero, un Pablo Morillo que contaba con 7.000 efectivos congregados en Calabozo se crecía ante las circunstancias, mientras que Bolívar la tenía difícil: si abandonaba los llanos estaría debilitado. Sería en el Orinoco y el Apure los lugares en los cuales el bando patriota obligatoriamente debía entrar al intercambio armado y las cartas bendecían al oficial español.

Estando el Libertador en Angostura, Morillo había cruzado, con ventajas, el río Apure. Por su parte, José Antonio Páez se posicionaba en el Arauca, río que atraviesa los llanos de Oeste a Este, con un torrente importante y con corrientes no menores de 250 metros de ancho, hecho que no impidió que fuera cruzado por Pablo Morillo en su persecución al nuevo *taita* de la guerra. Mientras Morillo pulsaba por una batalla definitiva, los patriotas lo conducían hacia los llanos con doble intención. Bolívar llegaría

a sus auxilios los primeros días del marzo. Era el momento de un encuentro atípico. La caballería liderada por el Libertador captó la atención de los realistas hacia los pantanos, lugar conocido por los experimentados lugareños. Mientras los españoles sufrían los rigores del hábitat, los republicanos se mantenían a salvo. Unos se sumergían en las ciénagas, otros estaban guarecidos en las islas con disposición de buena agua y suficiente carne. Aunado a esto, Bolívar prendía fuego a cuanto pasto e impedía el aprovisionamiento del enemigo en franca mengua por la guerra de guerrilla. La efectividad del Libertador ocasionó el retorno de Pablo Morillo al Apure. Era el turno del caraqueño ahora de perseguir al bando opuesto. En ese contexto de triunfos circunstanciales para cada uno de los grupos en conflicto es que se da la llamada batalla de Las Queseras del Medio.

De tal manera que en las tierras del Arauca, José Antonio Páez y un grupo de ciento cincuenta llaneros realizarían el 2 de abril la operación militar conocida como Las Queseras del Medio. Páez, cruzando al margen izquierdo del brioso río, movilizaría su tropa en dos columnas para dar frente a las fuerzas realistas conducidas por el general Pablo Morillo. El plan era provocar al enemigo y esperar que se le acercara lo más posible. Páez ordenaría la retirada nuevamente hacia las riberas del Arauca, dando a entender que estaban derrotados. Sin embargo, con el grito: «¡Vuelvan caras!», los llaneros se voltearían de improviso para enfrentar el ataque. Entre el desconcierto y la confusión, el ejército español caería en pánico, careciendo del tiempo suficiente para ordenarse.

En la evaluación sobre Las Queseras del Medio que proporciona Masur «Páez realizó una acción brillante que todavía se recuerda en Sudamérica»[102]; peripecia que a su entender elevó «el espíritu guerrero de las tropas y les daban un sentimiento de superioridad sobre los españoles»[103]; y que a decir de Mijares invita a figurarnos cómo este hecho inédito «inflamaría la imaginación de los vencedores»[104]; hazaña que fue justipreciada por el mismo Bolívar como una *proeza extraordinaria*.

---

102 Gerhard Masur, *Simón Bolívar*, p. 305.
103 *Ibidem*, p. 306.
104 Augusto Mijares, *El Libertador*, p. 353.

Un aparte merece la figura de Juan José Rondón. Uno de los testimonios más acreditados para saber sobre las actividades de este destacado personaje es el propio José Antonio Páez, en su *Autobiografía* recurrentemente citada por los especialistas. Narra Páez que Rondón torció el curso de los acontecimientos en plena batalla de Las Queseras del Medio. La situación expuesta por Páez era crítica. Atormentados por la caballería realista, lograron pasar a la ofensiva con pocas posibilidades de vencer. Ante los carabineros comandados por Narciso López, Páez ordena a Rondón, acompañado de veinte hombres lanzas en ristre, de aguardar astutamente el ataque de la caballería española para acometer el contraataque. El éxito sonrío al grupo de Rondón, y Páez les dio los elogios de rigor: «Cuando vi a Rondón recoger tantos laureles en el campo de batalla, no pude menos de exclamar: –Bravo, bravísimo, comandante. –General, me contestó él aludiendo a una reprensión que yo le había dado después de la carga que dieron a López pocos días antes, general, así se baten los hijos del Alto Llano»[105].

En tal sentido, comprender las características de la región apureña en la época independentista –de «padecimientos, un sol de fuego, sin una gota de agua, de ración de carne flaca y sin sal», pero de un «Simón Bolívar de treinta y siete años vigoroso física y mentalmente», a decir de O'Leary en sus *Memorias*– es insoslayable para entender el calibre de la obra ahora celebrada. Con esta orientación Mijares compara al Libertador con Napoleón, saliendo el primero mejor parado que el afamado líder europeo. Un Bolívar orteguiano, –el de yo y mis circunstancias–, un hombre que a pulso, sorteando los obstáculos más difíciles, con un empeño casi sublime, se remontó sobre los elementos con fines nunca esclavizantes:

> Esas alternativas de esplendor y de situaciones casi humillantes, que encontramos en la vida del Libertador, nos hace pensar cuán forzado es el paralelo de Bolívar con Napoleón, que suele hacerse. Tanto el ascenso como la caída de Napoleón son verticales; y la estabilidad de su fortuna, cuando llega al cenit, se sostiene por triunfos ininterrumpidos que parecen dones gratuitos de una

105 *Idem*.

> fuerza sobrenatural. Bolívar, por el contrario, tuvo que luchar por largos años consigo mismo y contra innumerables circunstancias adversas; su grandeza va surgiendo gradualmente, dolorosamente, y casi nos parece ver el esfuerzo con que va subiendo, peldaño a peldaño, el lacerante camino. Su divisa no puede ser el «vine, vi y vencí» que tanto como a César corresponde a Napoleón. «El valor, la habilidad y la constancia, corrigen la mala fortuna»; «las cosas para hacerlas bien es preciso hacerlas dos veces», «porque sin energía no resplandece nunca el mérito y sin fuerza no hay virtud y sin valor no hay gloria», esos son los lemas con que él mismo reanimaba su ímpetu y los que, en definitiva, resumen su vida (…) Si en algún otro hombre de genio fuéramos a buscar semejanzas con aquel genuino producto de la Venezuela de entonces, habría de ser en Federico el Grande, que por las agobiadas pruebas que hubo de soportar, la tenacidad y el valor con que se rehacía frente a la fortuna adversa, provoca comentarios entre sus biógrafos que se podrían aplicar casi literalmente al Libertador.[106]

Ora por la miseria característica de la condición humana que no perdona la mejora del semejante, ora por un esnobismo ridículo que busca afuera lo que no encuentra adentro, ora por el complejo eurocéntrico que todavía nos acompaña de ver el Viejo Mundo como el ombligo de la humanidad, la acción del Libertador fue de estatura universal. Para algunos puede ser un exceso elevar al criollo sobre el general corso. A Bolívar sobre Napoleón. Mas a las pruebas nos remitimos.

LOS DESTINOS DE AMÉRICA

Infortunio, coraje, sufrimiento y sorpresa son palabras muy recurrentes para colorear un fresco del año de 1819. Escaramuzas y batallas entre bandos y también contra las condiciones ambientales, era el pan nuestro de cada día. No obstante, para aquellos revolucionarios nada se hacía imposible y pocas veces se quejaban por los entornos infrahumanos en que se movían. Si la habilidad táctica y estratégica de Bolívar tiene una hoja exultante en los anales históricos a la hora de describir aquellos días excepcionales, esos méritos no son del todo acertados si no se considera el

106 Augusto Mijares, ob. cit., pp. 355-356.

comportamiento de sus tropas y el rol jugado por el medio –lluvias, enfermedades, insectos, por ejemplo–. Esto explica, satisfactoriamente, por qué Pablo Morillo –ignaro de estos territorios– desiste de perseguir al bando republicano, hecho que aunado a la incertidumbre sobre el auxilio de Rafael Urdaneta y de los británicos, hace reconsiderar al Libertador sus planes, mientras ganaba un tiempo que parecía agotarse. Sin tener claridad de la ubicación geográfica de Pablo Morillo y sin el apoyo de Angostura, lugar del cual no llegaban bastimentos, qué podía hacer el preocupado general. En todo caso, aprovechar «el invierno» fue una solución muy sabia de Bolívar, quien hizo creer a muchos que su intención era entrar al Virreinato de Nueva Granada por Cúcuta y no por Casanare, para luego elevarse sobre la mole andina y llegar prácticamente a Bogotá. Es Masur quien le da cierta influencia a la idea del Libertador de tomar un rumbo distinto para la conquista de la ulterior Colombia a Francisco de Paula Santander. Sea esto cierto o no, Bolívar pudo calibrar las bondades espaciales y militares de la zona. Casanare se tenía como la única región de Nueva Granada que había soportado la ofensiva realista. La presencia de un grupo importante de patriotas que habían huido de Pablo Morillo tres años atrás lo convertía en un sitio conveniente para los intereses de la rebelión anticolonial. Era un territorio amplio, de ríos caudalosos, con gran cantidad de árboles que se extendían hasta los llanos del Orinoco y el Arauca. Para ese momento el Casanare, además, contaba con una infantería neogranadina de postín. Es así como el Libertador decide con total discreción dar instrucciones a las tropas de Angostura a trasladarse al Occidente y agruparse en el pueblo del Setenta, específicamente en el hato Cañafístola. Darle un giro copernicano al conflicto, es decir, modificar radicalmente el centro de operaciones invadiendo Nueva Granada era su temerario propósito y así se lo hizo saber al consejo de oficiales. Presentes estaban Carlos Soublette, José Antonio Anzoátegui, Pedro Briceño Méndez, Ambrosio Plaza y James Rooke, entre otros, para escuchar los argumentos del líder. Era una reunión de jóvenes valientes que se encontraban en una hora crucial: «Este era un asunto tan magno, audaz y casi tan inverosímil que aquellos hombres de hierro, acostumbrados a las duras

realidades de la guerra, por un momento no supieron qué decir o pensar»[107], apunta Liévano. Tamaña decisión la daba para seña mayor el Libertador en una cabaña destartalada en las riberas del Apure, un lugar sin mesa y cuyas únicas sillas eran «cráneos de bueyes muertos»[108] recuerda Masur. Era toda una determinación planteada por Bolívar ese mayo histórico, casi inimaginable, que iba «a decidir los destinos de América»[109].

Como se puede suponer el asunto era extremadamente delicado. Se requería total secreto de los planes, no del todo claros, incluso para los ejecutores. La oficialidad tenía dudas, y más las tropas. El fantasma de la deserción estaba latente. Había que girar instrucciones a Francisco de Paula Santander en caliente y actuar de manera pronta: armas, municiones, caballos y ganado al mínimo. Botes, botas, mantas, lanas, al máximo, pese a la crisis de esos aperos. A finales de mayo partían alegres los hombres con sus mujeres, también hacedoras de esta escena maravillosa: «Estas "juanas", como se les llama, sirvieron de enfermeras. Su vocabulario no siempre se ajustaba a las reglas de la Real Academia de Madrid, pero eran tan bravas como los hombres, y cuando era necesario, hasta portaban armas»[110].

De tal modo que el camino no era a Cúcuta sino a las llanuras del Casanare. El 11 de junio se reúne Bolívar con Santander con el propósito de darle la coordinación al neogranadino de las acciones próximas –teniendo el Libertador la última palabra secundado por Carlos Soublette, ahora jefe del Estado Mayor– como gran conocedor del terreno y de indiscutible ascendencia entre sus paisanos. Hablamos de 3.000 efectivos aproximadamente que se enfrentaban a la naturaleza hostil: vastas corrientes de agua, pantanos profundos, precipitaciones tempestuosas, aglomeraciones de mosquitos que atacaban a improvisados soldados algunos con *guayucos*. «Nieblas bajas y lluvia torrencial mantenían ante el ejército permanentemente, un panorama triste y gris, un horizonte impenetrable y oscuro, como lo era el futuro de la difícil empresa

107 Indalecio Liévano Aguirre, *Bolívar*, pp. 252-253.
108 Gerhard Masur, ob. cit., p. 310.
109 Indalecio Liévano A., ob. cit., p. 252.
110 Gerhard Masur, *ibidem*, p. 311.

en que estaba comprometido»[111]. Una semana de marcha con agua hasta la cintura, un grupo de desguarecidos que se dirigían a pueblos dispersos es más que ilustrativo de lo fiero del paisaje. Lo calamitoso siempre era cruzar los ríos para trasladar pertrechos y tropas sin contar con las canoas necesarias. Empero, Bolívar bregaba como uno más, con sus subalternos. Describe Masur:

> En su marcha desde Venezuela hasta Nueva Granada, el ejército cruzó el Arauca, Lipa, Ele, Cravo del Norte, Tame, Casanare, Aroporo, Nuchia, diez ríos navegables, además de arroyos, pantanos y lagos. Muchas mulas y caballos se ahogaron; la mitad del ganado se había perdido ya. Bolívar hizo lo posible para hallar remedios, pero no tenía ingenieros ni herramientas. Además, cualquier pérdida de material era preferible a una pérdida de tiempo. Hubo muchos días en los que las tropas no tenían nada para comer, pero la frugalidad de los llaneros les ayudó a resistir todas las vicisitudes.[112]

Si bien la fortuna parece balancearse hacia el ejército patriota, este solo era el comienzo. Se acercaba el escollo mayor y el 22 de junio lo vino a saber el mismo Libertador: la cadena de los Andes en una estación del año bastante contraria para sus maquinaciones. Si sumamos que el grueso de tropa era de zonas calientes, el cuadro se complicaba. Con cada cuesta que conquistaba el bando patriota avistaban una montaña más grande. Un ejército alicaído por un espectáculo distinto a ríos infestados de caimanes y selvas cundidas de tigres, era una situación digna para una novela de aventura, hecho nada ficticio sino prosaicamente real. A cada escalada menos oxígenos y más frío para hombres de tierras cálidas e imaginarios de llanuras y caballos. Cuatro días en esas condiciones se hacía una eternidad en los cuales la tracción animal era inútil y el ganado no sobrevivía. Sin embargo, soldados desmoralizados y desordenados por la conspiración del clima eran adoctrinados por un optimismo proverbial del Libertador. Reanimar a las tropas era fundamental en un momento en que todo se veía sin sentido. Afortunadamente el sino trágico mutó: el 27 de junio se toparon con el enemigo comandado por el coronel

111 Indalecio Liévano A., ob. cit., p. 253.
112 *Ibidem*, p. 313.

José María Barreiro. Escaramuza en Paya que favorece al cansado bando patriota. Es el momento en el cual Bolívar lanza su primera proclama, con gran tono optimista, en el territorio que ahora venía a liberar. Es también el momento del cálculo del alucinante trayecto: reunió a sus generales y los puso a elegir si continuaban o no en la campaña, siendo el resultado positivo.

VENCER O MORIR

Hay palabras que por su uso excesivo y acomodaticio se fueron vaciando de contenido. Voces que, por el abuso, fueron a dar al barril sin fondo de la demagogia y el patrioterismo. El hecho innegable del mal empleo de términos pudo calzar muy bien con estudios críticos que terminaron certificando lo obvio: existe exageración en la implementación de determinados conceptos históricos, léxicos tributarios de un momento más dado a convalidar un proyecto ideológico específico. En todo caso salió perdiendo el fenómeno histórico *per se*, porque aun siendo fraudulentas algunas interpretaciones dadas a hechos pasados, casi siempre se niega la veracidad misma del suceso. Algo así como matar al mensajero por el mensaje. ¿Qué pasa si vamos, puestas las cosas en su sitio, en sentido contrario? Porque si vemos «objetivamente» lo ocurrido hace dos siglos por estas tierras pronto nos percataremos de un acto memorable y sin parangón: el cruce del páramo de Pisba. No nos ruboricemos: fue un hecho épico y punto. Épica que tanto requerimos en los días actuales.

En Mijares, Liévano Aguirre y Masur la elevación del páramo de Pisba por el bando independentista fue un hecho histórico sin precedentes, resumida en el taxativo y dilematico: vencer o morir. Es nuevamente la pluma de O'Leary tomada como autoridad por los tres historiadores antes aludidos.

Cuenta el edecán del Hombre de las dificultades que transcurrida una justa pausa el ejército retomaba la marcha el 2 de julio. Si bien el bando realista derrotado en Paya se plegó a Labranza Grande, «punto al cual guiaba un camino que era considerado como el único posible en aquella estación del año»; sigue O'Leary: «otro había, a través del páramo de Pisba, pero tan quebrado y

desigual, que apenas se usaba en el verano. Considerábanlo insuperable los españoles y por ello descuidaron su defensa; motivo que precisamente decidió a Bolívar escogerlo»[113].

Es imposible no citar *in extenso* al archiconocido O'Leary sobre este suceso que raya incontrovertiblemente en el heroísmo:

> El paso de Casanare por entre sabanas cubiertas de agua, y el de aquella parte de los Andes, que quedaba detrás, aunque escabroso y pendiente, era en todos sentidos preferible al camino que iba a atravesar el ejército. En muchos puntos estaba el tránsito obstruido completamente por inmensas rocas y árboles caídos, y por desmedros causados por las constantes lluvias que hacían peligroso y deleznable el piso. Los soldados que habían recibido raciones de carne y arracache para cuatro días, las arrojaban y solo se cuidaban de su fusil, como eran más que suficientes las dificultades que se les presentaban para el ascenso, aun yendo libre de embarazo alguno. Los pocos caballos que habían sobrevivido perecieron en esta jornada. Tarde de la noche llegó el ejército al pie del páramo de Pisba y acampó allí; noche horrible aquella pues fue imposible mantener lumbre por no haber en el contorno habitaciones de ninguna especie y porque la llovizna constante acompañada de granizo y de un viento helado y perenne, apagaba las fogatas que se intentaban hacer al raso, tan pronto como se encendían. Como las tropas estaban casi desnudas y la mayor parte de ellas eran naturales de los ardientes llanos de Venezuela, es más fácil concebir que describir sus crueles padecimientos. Al siguiente día franquearon el páramo mismo, lúgubre e inhospitalario desierto, desprovisto de toda vegetación a causa de su altura. El efecto del aire frío y penetrante fue fatal en aquel día para muchos soldados; en la marcha caían repentinamente enfermos muchos de ellos y a los pocos minutos expiraban. La flagelación se empleó con buen éxito en algunos casos para reanimar a los *emparamados* y así logró salvarse a un coronel de caballería.[114]

Para sumarle un componente más desgarrador a su discurso y resaltar el papel protagónico de la mujer en el contexto de la jornada libertadora, agrega este testigo de excepción:

113 Augusto Mijares, ob. cit., p. 360.
114 *Idem*.

> Durante la marcha de ese día, me llamó la atención un grupo de soldados que se había detenido cerca del sitio donde me había sentado abrumado de fatiga, y viéndoles afanados pregunté a uno de ellos qué ocurría. Contestóme que la mujer de un soldado del batallón *Rifles* estaba con los dolores de parto. A la mañana siguiente vi la misma mujer con el recién nacido en los brazos y aparentemente en la mejor salud, marchando a retaguardia del batallón. Después del parto había andado dos leguas por uno de los peores caminos de aquel escabroso terreno.[115]

Y sigue O´Leary describiendo el increíble desprendimiento:

> Cien hombres habrían bastado para destruir al ejército patriota en la travesía de este páramo. En la marcha era imposible mantener juntos a los soldados, pues aun los oficiales mismos apenas podían sufrir las fatigas del camino, ni menos atender a la tropa. Aquella noche fue más horrible que las anteriores, y aunque el campamento estaba más abrigado y era menos frecuente la lluvia, perecieron muchos soldados a causa de sus sufrimientos y privaciones.[116]

Todo esto sin descuidar el papel representado por Simón Bolívar como un ejemplo a seguir, un guía y moralizador de su tropa: «A la medida que las partidas de diez o veinte hombres descendían juntos del páramo, el Presidente les felicitaba por el próximo término de la campaña; diciéndoles que ya habían vencido los mayores obstáculos de la marcha»[117].

Visto así, atravesar el páramo de Pisba simbólicamente era desafiar los elementos y tomar aquella máxima de retumbante valentía y epítome del pensamiento moderno: «vencer la naturaleza». Ascender a la montaña helada con un ejército mal abrigado y desnutrido, con mujeres aguerridas, soportando los chaparrones y el *soroche* en un ambiente donde la vegetación misma brilla por su ausencia, «hacía más triste el panorama de aquella heroica travesía»[118]. Esto aunado a bajas en todos los sentidos: de pertrechos, de caballería, de hombres, etcétera. Un ejército diezmado

115 *Idem*.
116 *Idem*.
117 *Idem*.
118 Indalecio Liévano A., ob. cit., p. 255.

–«solo dos tercios del ejército había cruzado los Andes»[119]– que se debía medir con otro más equipado y descansado, sombreaba un horizonte cada vez más espeluznante. El tránsito por un espacio sorpresivamente de gran altura minado de animales y personas muertas hacía entender que «ninguna bayoneta española podía ser peor que la experiencia reciente»[120]. En ese cuadro dantesco –sumado al desconocimiento de los movimientos del enemigo, desprovisto de armas y del apoyo de la legión británica– Bolívar habilidoso daba los primeros pasos. Pero ante tanta fatalidad al final hubo un bálsamo. Luego de una marcha prolongada por más de cuarenta días en la Provincia de Tunja, el 5 de julio los aguardaba la agradecida población neogranadina de Socha. Bolívar con los lugareños repotenciaba sus fuerzas. Soldados bisoños y espías improvisados se ponían ahora a su disposición. En pocos días, después de un revés, el Libertador se hacía del valle de Sogamoso. Se avecinaban otras contiendas contundentes.

LA HORA DEFINITIVA

De finales de julio a comienzos de agosto la opción independentista va a alcanzar su momento decisivo, partiendo de dos acciones bélicas inolvidables.

Una, la batalla del Pantano de Vargas, llevada a cabo en las cercanías del actual municipio Paiba, el día 25 de julio. La otra, la batalla de Boyacá, librada el 7 de agosto, finiquito del dominio español en el territorio neogranadino.

En el primer caso, en el Pantano de Vargas, la inclemencia de las condiciones climáticas dificultó al comienzo el transitar de las tropas venezolanas y neogranadinas, conformadas por una legión británica y un grupo de llaneros, todos al mando del general Simón Bolívar. Ellos pretendían cercar los batallones realistas situados en las inmediaciones del Pantano de Vargas, y atacarlos por la retaguardia. No obstante, los realistas, aprovechando su posición de ventaja, lograron rodear a los patriotas a tal punto de tenerlos casi derrotados. Una maniobra militar encabezada por

119 Gerhard Masur, ob. cit., p. 316.
120 *Idem*.

Bolívar, el llanero Juan José Rondón y el jefe de la legión británica James Rooke, logró revertir la situación, obteniendo los patriotas una contundente victoria. El comandante realista José María Barreiro debió replegar sus tropas, facilitándoles el paso a los patriotas hacia Tunja. En el segundo caso, en Boyacá, el exhaustivo trayecto desde la capital venezolana de Angostura, no disminuyó de forma significativa las fuerzas patriotas. En la zona de Boyacá, el ejército español fue dirigido por el general José María Barreiro, mientras que el ejército revolucionario de Venezuela estaba liderado por Simón Bolívar, –otra vez los mismos contendores, cara a cara– quien dividió las tropas en dos contingentes comandados por Francisco de Paula Santander y José Antonio Anzoátegui. Los insurgentes obtuvieron el triunfo, tomando como prisioneros a unos 1.600 españoles, especie de presagio de lo que sería la expulsión de las autoridades coloniales españolas del continente cinco años más tarde.

Para Mijares, Liévano y Masur la fortuna del ejército patriota aquel 25 de julio en el Pantano de Vargas, fue de gran trascendencia en la historia de Nuestra América. El Pantano de Vargas fue fundamental para elevar la moral de las tropas disminuida por las asperezas del clima, además de que permitió la avanzada republicana hasta la zona de Tunja el 4 de agosto siguiente. Asimismo, en Boyacá cada uno de los bandos, por el desenvolvimiento de la guerra, tenía un propósito claro: los realistas buscaban desesperadamente apoderarse de Santa Fe, y la contraparte, impedir que se alcanzara tan peligrosa misión. Simón Bolívar, por su lado, lideraba más de 2.800 soldados conformados por criollos, mulatos, mestizos, zambos, indígenas y negros, con el general Francisco de Paula Santander y el general José Antonio Anzoátegui, en la vanguardia y retaguardia, respectivamente. Pese a la dificultad de la querella, las fuerzas independentistas gozaban de dos grandes ventajas: unidad de mando y efectividad comunicativa, mientras que los realistas estaban desarticulados por el río Teatino y la vanguardia patriótica.

En este marco los tres estudiosos le dan preponderancia nuevamente a la figura de Juan José Rondón, quien había despuntado en la batalla de Las Queseras del Medio como ya hemos referido; así como al «simpático» James Rooke.

Acerca de Juan José Rondón, Liévano Aguirre afirma:

> [En la batalla de Pantano de Vargas] Sin otra alternativa, el Libertador lanzó sus tropas al asalto de las posiciones enemigas, que le recibieron con nutrido fuego de fusilería mientras los mejores regimientos españoles, al mando de Tolrá, en hábil movimiento de flanqueo, encerraba al ejército patriota en el vallecito de Vargas. «Nuestro ejército casi envuelto –dice el boletín– sufría un fuego horroroso por todas partes». En este momento dramático y cuando todo parecía perdido, Bolívar con una intuición, fruto tardío del desesperado convencimiento de su propia derrota, le gritó al coronel venezolano Juan José Rondón, jefe de la caballería llanera: «Coronel, salve usted la Patria». Rondón se volvió inmediatamente hacia escuadrones de jinetes y con metálica voz de mando, les gritó: «¡Camaradas, los que sean valientes síganme que en este momento triunfamos!». Catorce llaneros, catorce héroes, espolearon sus caballos y tras el heroico Rondón se precipitaron sobre las filas enemigas, no tardaron en seguirles el resto de la caballería.[121]

En ese mismo sentido Mijares es muy claro sobre el «Aquiles de los llanos»:

> Muy arraigada en Venezuela es una leyenda que añade otro toque de epopeya al renombre conquistado en aquella ocasión por el extraordinario llanero: se dice que cuando la situación de los patriotas había llegado a ser tan desesperada, Bolívar exclamó: «¡Aún no hemos perdido, porque Rondón no ha peleado!», y que fue entonces cuando ordenó al irresistible lancero la carga que arrebató la victoria. Según otra versión fue el propio Rondón quien dijo aquello, en respuesta al desesperado requerimiento del Libertador. Sea como fuere, aquella estupenda jactancia se ha popularizado tanto en Venezuela, que se le usa familiarmente cuando alguien se encuentra en apuros y quiere expresar que prepara un esfuerzo decisivo (…) De los héroes que salieron de la muchedumbre, de las clases hasta entonces inactivas y menospreciadas, ninguno merece como Rondón representar en la historia al pueblo venezolano.[122]

121 Ob. cit., p. 257.
122 Augusto Mijares, ob. cit., p. 365.

Indistintamente, sea historia o sea mito, con la actuación de Juan José Rondón la situación cambió favorablemente para el bando independentista. Una legión de lanceros neutralizó a los infantes realistas. Por los resultados, Bolívar buscó impedir que Barreiro se replegase al virrey Juan de Sámano en Santa Fe. Ya el Libertador se había apoderado estratégicamente de Tunja, hecho que obligaba prácticamente a la fracción monárquica a medirse en Boyacá, como hemos dicho.

Sobre el caso de James Rooke, Masur asevera:

> Sus pérdidas habían sido grandes. La más penosa fue la muerte del coronel Rooke. Durante un ataque con su legión, una bala le destrozó un brazo. Debió ser amputado, y soportó la operación con fortaleza. Cuando el médico, un irlandés, había terminado, Rooke exclamó: «Deme el brazo. ¿Ha visto alguna vez un brazo tan hermoso?». El doctor sonrió, pero Rooke insistió. Finalmente tomó el brazo, lo levantó en alto y gritó: «¡Viva la Patria!». «¿Qué país?», le preguntaron. «El que tendrá mi tumba». Tres días después estaba muerto.[123]

De tal modo que recordar estos dos personajes: Juan José Rondón y James Rooke es altamente significativo al calor de los que pueden sintetizar dos fuerzas modeladoras en la lucha por nuestra soberanía de siempre: el pueblo, acrisolado en la figura del llanero insumiso y la solidaridad extranjera materializada en el aguerrido irlandés. Fuerzas modeladoras, centrípeta y centrífuga, endógena y exógena, que bien direccionadas, con compromiso político sincero y conciencia histórica e integracionista pueden sumar mucho a la anhelada liberación contemporánea.

En agosto se había consumado la liberación de Nueva Granada, pero faltaba la ocupación de Bogotá. Es paradójico que mientras entraba el Libertador al corazón de Nueva Granada el virrey y su corte se fugaban disfrazados de «indios». Los prisioneros españoles atrapados eran tratados sin represalias, a excepción del traidor Francisco Fernández Vinoni, causante de la pérdida de Puerto Cabello siete años antes. Ya vendría la fundación de Colombia. Pero esa es otra historia.

---

123 *Ibidem*, p. 319.

EPÍLOGO

Es ciertamente revelador y gratificante observar cómo en plumas de reputados historiadores –Augusto Mijares, Indalecio Liévano Aguirre y Gerhard Masur– la conjunción de pueblos y líderes decididos a toda costa de regir sin injerencias extrañas su propio futuro es una fórmula infalible.

Muchas son las enseñanzas cuando de determinación se trata. Demasiada la moraleja que nos insufla un orgullo constructivo en un momento en el cual nuestro país es atacado por intereses bastardos. Recordemos que la Independencia fue causa común para venezolanos y neogranadinos. El retumbante llamado del Libertador en la batalla del Pantano de Vargas: «Salve usted la Patria», es un principio al que no debemos renunciar. Tengamos en cuenta que lo más resaltante de la batalla de Boyacá es que marca el inicio de la liberación del norte de Suramérica, que conjuntamente con los éxitos en las batallas de Carabobo, Pichincha, Junín y Ayacucho, va configurando una geopolítica de la emancipación nuestroamericana para beneplácito de todos.

Estar «hartos» del Libertador trasluce un criticismo infructuoso que ha devenido en un pretendido entierro del carácter movilizador, dignificador y popular de un símbolo potente y necesario. Poner en el verbo de una tríada magnífica de historiadores la excelsa faena que va desde la instalación del Congreso en Angostura hasta la conformación de la República de Colombia auxilia para comprensión de lo que resistimos actualmente los venezolanos; pues examinar 1819, *mutatis mutandi*, nos proporciona un *encantamiento épico bolivariano*, que es pábulo intelectual y emocional para el duro trance que sufre la República en tan celebrado bicentenario. Huelgan los que restringen las hazañas de nuestros héroes a «juegos de carritos» ante numerosos ejércitos extranjeros. A ellos les decimos como Masur: «Ese año de 1819 libró a un hemisferio de sus cadenas»[124]. Y en el pretérito como en el presente todo pasa por la participación de los venezolanos con un accionar que repercute más allá de nuestras fronteras.

124 *Ibidem*, p. 323.

Somos el centro del Nuevo Mundo. Notas para un debate sobre los Tratados de Trujillo de 1820

> Cuando más motivos haya para una ruptura, tanto más debemos ser circunspectos en el cumplimiento de los tratados y del derecho de gente, porque nosotros somos el centro de una inmensa esfera de operaciones en el nuevo mundo; porque somos en el día el objeto de la consideración de los espíritus superiores y porque nos debemos a nosotros mismos honor y buena fe.
>
> Simón Bolívar, enero de 1821

PALABRAS INICIALES

Una añeja, pero fructífera discusión académica de los años sesenta del siglo pasado, debatía sobre la existencia o no de la filosofía en América Latina. Bandos y bandos liderados por reputados pensadores como Leopoldo Zea, por un lado, y Augusto Salazar Bondy, por el otro, argumentaban audazmente para hacer valer sus polémicos puntos de vistas. El hilo conductor de la porfía estaba inscrito en dos categorías fundamentales: «originalidad» y «autenticidad». En el fondo se llegaba casi a la conclusión salomónica de que en nuestro caso, la segunda predominaba ante la primera. La autenticidad valía demasiado en cuanto que, si bien sobre el pensar parece haber muy poco de ese «algo nuevo» bajo el sol, quien se *sitúa* y vive una realidad –en nuestro caso, un aquí y un ahora estructuralmente dependiente– lo hace profundamente, siente, piensa en serio –así no sea en alemán, en inglés o francés–, es decir, realmente existe y por tal su mirada y vivencia únicas alcanzan universalidad. Allí radica nuestra autenticidad. Somos de verdad.

Permítaseme comenzar por aquí: este escrito que versa sobre los Tratados de Trujillo de 1820 no pretende ser un trabajo original –ni el tiempo ni el propósito lo dictan así, para ello hay otros de impostergable lectura– sino, un ensayo *auténtico*, partiendo

de la premisa de que el sujeto que lo escribe lo hace desde una pluma doliente, desde una colina de la cual columbra con estupor la manera inmisericorde cómo se rompen los resortes históricos y morales de un país que se resiste a ser borrado de la historia, y lo hace como un habitante de un pueblo que es víctima de un bloqueo genocida, lesivo a su soberanía, a su autodeterminación, al Derecho Internacional Humanitario y al sentido común del *homo sapiens sapiens*. Por favor déseme la venia de enunciar desde un mirador que nos permita conseguir algunas claves –sin extrapolaciones mecánicas– de fenómenos que rozan las dos centurias de nuestro rico pretérito. Queremos llamar al estudio del Armisticio y la Regulación de la Guerra de 1820 en estas breves notas –sencillas y algo problemáticas– invitando asimismo a profundizar en la ciencia de Clío con la convicción de que hallaremos moralejas vigentes. Como bien sostenía Augusto Mijares *si de nuestra Historia no sacamos ninguna lección dinámica, no hay por qué suponer que la encontraremos en otra parte*.

En agosto se había consumado la liberación de Nueva Granada, pero faltaba la ocupación de Bogotá. El 17 de diciembre de 1819, el Congreso de Angostura declaraba formalmente la República de Colombia. De tal manera que a la empresa liberadora le sonría la victoria. Ese torrente de hombres y mujeres –que partieron de los llanos de Apure, vencieron todos los problemas y forjaron la integración de la Nueva Granada y Venezuela– era un hecho que redundaba en camino franco a romper definitivamente el llamado yugo español. Ese era el momento estratégico –superando el caudillismo anárquico de sus propias filas– para resguardar las regiones liberadas, y echar el resto por la emancipación total de Venezuela.

> Bolívar dio entonces, desde Angostura, los pasos iniciales para abrir la campaña. Ordenó concentrar los más importantes efectivos de las fuerzas orientales sobre el sector de Apure, para que, unidas las tropas del Oriente y las de Páez, formaran una fuerza suficiente para golpear al conde de Cartagena en su frente central, mientras Urdaneta, al frente del ejército granadino, atacaba las divisiones de La Torre, y Montilla con la escuadrilla y las tropas de la isla de Margarita, esperaba la reunión de los realistas

> en los sectores amenazados, para intentar, en las costas, un desembarco capaz de amenazar la capital venezolana.[125]

Aun cuando eran parejos los números de efectivos patriotas y realistas, y el bando colonialista dominaba zonas importantes de Venezuela y Nueva Granada todavía, el ánimo de los revolucionarios estaba fuerte por las conquistas alcanzadas. La autoestima alta de los libertadores contrastaba con la desmoralización española por las pérdidas militares, los brotes de pillajes, el desorden generalizado, el aumento de la deserción en sus filas y la falta de salarios para la soldadesca. Sin embargo, el signo de los días era el cansancio de parte y parte por una década de matanzas, matanzas avivadas en defensa propia siete años atrás por del Decreto de Guerra a Muerte dado por el Libertador en la población venezolana de Trujillo, el 15 de junio de 1813. Bolívar se movía entre Angostura, Bogotá, Cúcuta, Mérida y Trujillo.

NUESTRA HISTORIA ESTÁ DETERMINADA POR ACONTECIMIENTOS EXTERNOS

La guerra de Independencia, como todo proceso continental, tuvo desde el principio factores modeladores que fueron torciendo la balanza según las circunstancias.

Cabe recordar aquí cómo fuerzas emergentes por el rompimiento de nuestras cadenas se sincronizaron con un hecho importantísimo ocurrido fuera de nuestras fronteras: la invasión de Napoleón a la península Ibérica en 1808. Todo indicaba que el absolutismo español marcaba sus últimos días. Y si el rey de España estaba preso, ¿en quién se sostenía ahora la soberanía? ¿En quiénes descansaba *el pacto* de la gobernabilidad? Todos responderían a estas preguntas complejas: *en el pueblo*. De tal modo que para 1808 explotaba el problema de la soberanía popular en el momento en el cual las colonias quedaban acéfalas por la prisión de Fernando VII. Si el rey estaba en cautiverio, entonces era la oportunidad de ensayar un camino propio, un sendero auténticamente republicano. La solución ahora era quitarse al rey en

125 Indalecio Liévano Aguirre, *Bolívar*, p. 264.

nombre del rey: el *quid* estaba en ya no ser colonia de España ni de Francia ni de nadie, aunque para ello estratégicamente habría que implorar por la liberación de Fernando VII, un monarca que parecía no salir nunca de una larga prisión de 1808 a 1814. Como se puede inferir, para 1810 ya estaban las condiciones externas para la Independencia de Venezuela y de toda Nuestra América.

Tras la caída del poderoso ejército napoleónico Europa fue otra. Como en toda dinámica de guerra los ganadores impusieron las reglas. Se le denomina Congreso de Viena al encuentro internacional realizado en la capital de Austria –entre el 2 de mayo de 1814 y el 9 de junio de 1815– con el objeto de restablecer el nuevo orden político de la Europa posrevolucionaria. Dirigidos por los nuevos vencedores, su propósito fundamental era alcanzar el equilibrio de poder y la legitimidad de la fuerza una vez derrotado Napoleón Bonaparte. La manera de llegar al consenso dentro del Congreso de Viena fue muy peculiar: bailes, banquetes y conferencias bilaterales caracterizaron su forma de trabajo. El príncipe Karl August von Hardenberg y su canciller, el sabio Wilhelm von Humboldt (Prusia), el vizconde de Castlereagh (Reino Unido), el emperador Alejandro I (Rusia) y el ministro de Relaciones Exteriores Charles-Maurice de Talleyrand-Périgord (Francia), fueron los principales participantes. Su convocante más entusiasta fue el príncipe Klemens von Metternich, ministro de Asuntos Exteriores de Austria, político astuto que además presidía el Congreso. Eran los victoriosos quienes trazaban las nuevas normas. La Santa Alianza tuvo como propósito fundamental la conservación del absolutismo en Europa a la vez que el cierre de filas contra todo movimiento revolucionario. Tras la posterior incorporación de Inglaterra y de Francia a la Santa Alianza se llevaron a cabo varios congresos que fungieron como instrumentos de control del escenario internacional de la hora. En diferentes momentos la Santa Alianza implementó su derecho intervencionista. Un ejemplo fue el caso de las tropas francesas que, en 1823, entraron a España a luchar a favor de la restauración del rey Fernando VII por estos territorios.

No obstante, la Inglaterra de la época requería del mercado americano para imponer su comercio. De allí de su ambigüedad mostrada ante un Libertador desesperado que buscaba en Jamaica

en 1815 ayuda para la liberación de su Patria. Asimismo, los estadounidenses con su Doctrina Monroe urgían conservar fuera de América cualquier absolutismo europeo. En la nueva dinámica España fue una potencia venida a menos. Ante su demanda de respaldo para la reconquista de sus colonias americanas, la respuesta del Congreso de Viena fue negativa. Ello explica por qué, como gesto desesperado, Fernando VII organizó por su cuenta y riesgo una poderosa expedición para la «pacificación» de estos territorios. Llegaba a Venezuela Pablo Morillo a principios de 1815, pero tres años después, finalizando 1818, España hacía aguas. Las reyertas intestinas, el despojo de Las Floridas, la avanzada liberal, la diplomacia gringa, entre otros aspectos, ponían en evidencia la crisis fernandina.

> El Gobierno español había observado con inquietud que volvía a encenderse la llama de la rebelión en sus dominios coloniales. En su opinión, Argentina y Venezuela constituían los puntos focales de la revolución. Ya a principios de 1818 España se había decidido a enviar una nueva fuerza expedicionaria, pero no se sintió lo suficientemente fuerte para desplegar sola esta política. El rey apeló a los elementos conservadores de la Santa Alianza. Prusia y Austria permanecieron indiferentes, pero el zar puso a su disposición toda una flota. Sin embargo, cuando los barcos de Alejandro I llegaron a Cádiz en febrero de 1818, demostraron ser aptos únicamente para flotar por las aldeas de Potemkin. No eran a propósito para navegar y fueron devueltos a sus remitentes.[126]

Así los hechos ocurridos en España en 1820 fueron determinantes en el conflicto armado interno de Venezuela. A raíz del alzamiento liderado por el coronel Rafael del Riego en Cabezas de San Juan, en el cual se exigía al rey someterse a nuevas leyes, a establecer una amnistía general y a llamar a elecciones, la historia americana tuvo un desenvolvímiento distinto. En 1820 hablamos de una avanzada progresista en España en la cual Fernando VII se veía forzado a jurar la Constitución de 1812 y a eliminar el temible Santo Oficio de la Inquisición, lo que representaba un duro golpe al absolutismo monárquico. Esa ejecución por arriba abortó la excursión militar organizada en Andalucía por Fernando

126 Gerhard Masur, *Simón Bolívar*, p. 345.

VII para dominar las colonias rebeldes de América y obligó a Pablo Morillo a dar un cese a las confrontaciones en Tierra Firme. La dirigencia liberal de Cádiz hablaba de amnistía y de nuevas concesiones, que pasaban por el libre ejercicio del poder político-militar de los revolucionarios americanos, siempre y cuando se mostrasen de acuerdo con la autoridad del gobierno monárquico reformado y de la Carta Magna española.

La gran interrogante es si hoy la geopolítica mundial –*mutatis mutandi*– sigue marcando la pauta de nuestros asuntos domésticos. Paradojas de la historia: la lógica de los imperios es tolerar sistemas de gobiernos de países periféricos hasta que sus intereses hegemónicos se ponen en riesgo.

LA INDEPENDENCIA DE UN PUEBLO ES SU BIEN MÁS PRECIADO

Fue en este contexto que el 6 de junio de 1820 el capitán general Pablo Morillo era acreditado para comenzar los acercamientos a los líderes republicanos. El mandato era claro: parar las hostilidades contra el enemigo. José Domingo Díaz, escritor promonárquico, reseña que Morillo, tras leer las instrucciones de sus superiores, exclamó: «Están locos, ignoran lo que mandan, no conocen el país ni los enemigos (…) quieren que pase por la humillación de entrar en estas negociaciones». El oficial español, ya resignado, informaba al Libertador sobre el alto al fuego unilateral del ejército colonialista y convidaba a un pacto de regularización del conflicto.

Un inciso debemos hacer del lenguaje ahora utilizado por Pablo Morillo y Miguel de la Torre, cuando tratan de persuadir a Simón Bolívar de aceptar la negociación. Citemos una carta cargada de expresiones dramáticas que prácticamente da inicio a las transacciones por la paz:

> Nuestra imaginación comenzó á no ver á los padres atravesando el corazón de sus hijos, al esposo huyendo de la presencia de su esposa, al hermano buscando ansiosamente á su hermano para degollarle, rotos los lazos de la sociedad y de la naturaleza, aborrecidas las virtudes y consideradas como crímenes.

> No nos engañábamos con la encantadora perspectiva que nos presentaba nuestra imaginación. El nuevo gobierno proclamado espontáneamente en toda la Nacion debia traernos el cumplimiento de nuestras mas queridas esperanzas, y el 6 de junio fue el día destinado por la provincia para dar principio á ellas.
>
> En este dia que jamás se borrará de nuestra memoria recibió el Excmo. Sr. conde de Cartagena, general en gefe del ejército de Costa firme, una órden de S. M. de 11 de abril en que le comisionaba expresamente para proceder á la reconciliación y paz de estas provincias, dándole las instrucciones correspondientes: instrucciones llenas de una generosidad y filantropía singulares, y que manifestaban claramente hasta qué punto llevaba sus ideas de liberalidad, y cuantos y cuales eran sus deseos de la paz y tranquilidad de la Monarquía.
>
> La suma delicadeza de S. E. y el vehemente deseo del acierto le inspiraron la idea de reunir una junta compuesta de las principales autoridades de esta capital y provincia, para meditar y resolverse en ella los medios de llevar al cabo la obra mas importante que tuvieron estos países.[127]

Seguidamente sostenía el representante de España que esa misiva –de «sublimes sentimientos de paz, honor y buena fe»– también era enviada a «los generales y gefes disidentes D. José Antonio Paez, D. José Francisco Bermudez, D. Pedro Zarasa, D. Tadeo Monagas, D. Manuel Cedeño, D. Andres Rojas, D. Domingo Montes, D. Mariano Montilla y el Gobernador de la Margarita»[128]. El remitir dicha comunicación del rey a los distintos oficiales de la causa republicana era una treta ideada por Morillo con la clara intención de atizar las diferencias y avivar los choques de liderazgos, desencuentros de los que en un pasado no muy remoto fue objeto el mismo Libertador. De igual modo, al emitir individualmente tan importante documento se buscaba que los revolucionarios, inconsultamente, se

---

127 Permítanos el lector conservar la ortografía de los documentos originales. Citamos en esta parte los *Manifiestos de la correspondencia que ha mediado entre los generales conde de Cartagena y don Miguel de la Torre, gefes del ejército de Costa-firme, con el de los disidentes don Simón Bolivar, desde el restablecimiento de la Constitución hasta la escandalosa é inesperada roptura del armisticio por Bolivar*, p. 2.

128 Ob. cit., p. 3.

plegaran a las instrucciones del monarca español y juraran la Constitución de 1812. La artimaña de Morillo fue estéril, reinó la unidad y la autoridad de Simón Bolívar sobre sus subalternos.

Digno de un examen pormenorizado es el tono utilizado por los autores de las desgracias americanas, trocados ellos ahora en los nuevos impulsores de la paz y el entendimiento debido a la «iniciativa» del soberano español. El lenguaje era un dechado de elogios a Fernando VII, quien sensible ante las demandas de «sus queridos pueblos», hizo el «sacrificio» de «desprenderse espontáneamente del poder que habían gozado sus predecesores por tres siglos, y juraba el cumplimiento de la Constitución política de 1812». Así, el monarca se mostraba como la encarnación de rectitud, sinceridad y nobleza; todo un defensor de la «desolada Venezuela». Prosigue Morillo:

> =El Rey, penetrado de dolor, ha visto los males de estas porciones de su gran imperio, y ha creido no estar completa su felicidad, ni satisfecho su paternal corazon, si no abria toda la beneficencia que él abriga, y ponia en accion todos los medios capaces de terminar estos males. Asi, su primer paso ha sido dirigir á estos pueblos la adjunta exposicion, que igualmente acompaño á V. S.; exposicion llena de una moderacion y beneficencia digna de la gratitud de sus súbditos, y de la admiracion de los extraños =S.M. en su consecuencia, no poniendo estrechos límites á sus generosos deseos, me ha autorizado para tratar particularmente con los gobiernos disidentes, entendernos y convenirnos; y conviniéndonos, hacer desaparecer para siempre aun la funesta memoria de los sucesos pasados.[129]

Olvido, perdón, concordia, eran voces repetidas en la nueva semántica de los detractores de la Independencia. El Libertador aceptaba los términos para la culminación de los encuentros armados, con tal de que se reconociera la existencia de la República de Colombia. Sin embargo, Bolívar veía el armisticio como un lapso favorable para robustecer el ejército y agrandar la pasión contra el nexo colonial, pero igualmente no dejaba de sopesar que también los realistas podían estar haciendo lo propio. Del mismo modo el estadista hábilmente extendía sus límites territoriales.

129 *Ibidem*, pp. 3-4.

Los delegados de Pablo Morillo en nombre de España y los del Libertador por la República de Colombia coincidían por vez primera el 21 de noviembre de 1820 en la ciudad de Trujillo e inmediatamente comenzaban sus deliberaciones. Representando a Pablo Morillo asistieron Juan Rodríguez del Toro, Ramón Correa y el comerciante Francisco González de Linares; mientras que los emisarios de Simón Bolívar eran Antonio José de Sucre, Pedro Briceño Méndez y José Gabriel Pérez, respectivamente. En los días siguientes cada comisión iba avisando de las negociaciones a sus respectivos jefes, quienes se encontraban, el Libertador en Sabana Larga y el Pacificador en Carache.

De tal modo que Bolívar y Morillo redactaron dos tratados en Trujillo: el Tratado de Armisticio, rubricado el 25 de noviembre de 1820 a las 10 de la noche; y el Tratado de Regularización de la Guerra, firmado el 26 a la misma hora que el anterior. Y ambos tratados fueron ratificados el 27 en Santa Ana por el Libertador Presidente de Colombia y por el General en Jefe del Ejército Español.

ES FUNDAMENTAL RECONOCER AL OTRO PARA CONVIVIR ENTRE IGUALES

El intercambio epistolar de Simón Bolívar y Pablo Morillo es una cantera muy rica para comprender cómo desde el lenguaje se miden también las relaciones de poder y la correlación de fuerzas. El oficial español exhortaba contra el «acaloramiento de las pasiones», invocaba la «regeneración política», la «paz y la reconciliación de los pueblos» contra la «odiosa guerra». Si bien el Libertador calibraba de positiva la propuesta del bando español no dejaba de ser consecuente con su línea de comportamiento. Desde el Cuartel General de San Cristóbal de Cúcuta, el 21 de septiembre de 1820 le despachaba una epístola a Pablo Morillo en la cual señalaba ser partidario de la paz de América:

> Pero un armisticio semejante sin ofrecer siquiera el reconocimiento de nuestro gobierno, es demasiado perjudicial á los intereses de la república, cuando ella se lisonjea de un triunfo final y completo segun todas las probabilidades. La continuación de

> las hostilidades debe producirnos la ocupacion del resto de Venezuela y Quito, libertándonos al mismo tiempo de las enormes erogaciones que nos causa un ejército demasiado numeroso para Colombia; y la suspension de ellas en la estación mas propia para la guerra, y en momentos críticos para nuestros enemigos trae consigo la pérdida de todas las ventajas que podrian resultarnos de nuestros constantes, prolongados y dolorosos sacrificios. Sin embargo el gobierno de Colombia quiere manifestar á V.E. y á toda la Nacion española que prefiere la paz á la guerra aun á su propia costa, y propone en consecuencia entrar en comunicaciones con V. E. para transigir las dificultades que ocurran sobre el armisticio con que se le ha convidado, siempre que en calidad de indemnizacion se le den á Colombia las seguridades y garantía que ella exigía como gage de este empeño.
>
> Para facilitar y abreviar nuestras recíprocas comunicaciones, yo estableceré mi cuartel general en San Fernando de Apure para fines del próximo octubre. Allí espero la respuesta de V. E. ó los comisionados que quiera V. E. dirigirme si lo tuviere por conveniente.
>
> Entretanto no suspenderemos nuestras operaciones. =Dios guarde á V. E. muchos años. =Bolivar.[130]

El Libertador decía sí a la armonía, ponía el punto sobre la llaga, se desplazaba geo-estratégicamente, se mostraba superior en la transacción y daba el visto bueno a la «comisión de conciliación».

El Tratado del Armisticio rezaba textualmente que quedaban suspendidas las hostilidades durante el término de seis meses; las tropas que correspondían a cada uno de los ejércitos se situarían dentro de los límites señalados en el propio documento; la comunicación para proveerse de ganados, mercancías y todo género de víveres para la subsistencia, quedaba abierta y libre entre los respectivos territorios; uno y otro Gobierno recibiría a los comisionados para tratar sobre la paz definitiva y los proveería de salvoconductos, dándoles las garantías requeridas; tanto Maracaibo como Cartagena de Indias (que entonces estaban en manos de los españoles) quedaban libres y expeditas para el comercio con el interior; en caso de reanudarse la guerra entre ambos gobiernos,

130 *Ibidem,* p. 11.

el que intentase romper el armisticio lo avisaría al otro cuarenta días antes del primer acto de hostilidad; y se firmaría un tratado para regularizar la guerra. En efecto, en el artículo 14 del Tratado de Armisticio se declaraba que «... para dar al mundo un testimonio de los principios liberales y filantrópicos que animan a ambos Gobiernos...», estos se comprometían a celebrar inmediatamente un tratado que regularizara la guerra conforme «... al derecho de gentes y a las prácticas más liberales, sabias y humanas de las naciones civilizadas»[131]. Por otro lado, en el Tratado de Regularización literalmente se obligaban los Estados signatarios a combatir como «pueblos civilizados»; a evitar el exterminio a que se había llegado hasta el momento; al respeto para los prisioneros de guerra de acuerdo con su grado, hasta tanto se efectuase el canje; ese mismo tratamiento se daría a los civiles aprehendidos en servicio; se prestaría la debida asistencia, dentro o fuera de los hospitales, a los enfermos y heridos, y una vez restablecidos se les permitiría restituirse a la bandera a que pertenecieran; se daría honrosa sepultura a los que gloriosamente terminasen su carrera en batallas, combates, choques o encuentros entre las armas de los dos gobiernos; y finalmente, se respetaría la opinión de los habitantes de los pueblos que alternativamente fuesen ocupados por las armas de los beligerantes, sin perseguir a nadie por sus ideas.

En el articulado del Tratado de Regularización de la Guerra se halla el antecedente directo del Derecho Internacional Humanitario:

> El origen del DIH no [se] limita al establecimiento de la carta de Naciones Unidas de 1945, ni mucho menos a las conferencias de paz de la Haya de 1899 y 1907, pues quedó demostrado que desde la época de los sumerios comenzaba a develarse su nacimiento, y para el derecho latinoamericano, el Tratado de Regularización de la Guerra. No obstante, el desarrollo histórico de las naciones latinoamericanas refleja un gran aporte al DIH, pues, con ocasión al desarrollo de la guerra independentista desplegada en las nuevas Repúblicas Americanas, y dado los rigores y crueldad de la guerra, el Tratado de Regularización de la Guerra

131 Aquí parafraseamos la Gaceta de Caracas n.º 19, fol. 95. Caracas, 6 de diciembre de 1820.

> surgió como un instrumento jurídico que consagró las primeras normas aplicables en el *Ius ad bellum*, normas que se anticiparon más de cuatro décadas a la adopción de la Carta de las Naciones Unidas en 1945, es decir, en la II Conferencia de Paz de La Haya en 1907, y por tanto al nacimiento del DIH.[132]

Como se puede inferir son muchos los aspectos dignos de resaltar. Es una perogrullada que históricamente nos ha costado sangre porque es fundamental reconocer al otro para convivir entre iguales. El problema básico de los imperialistas de todos los tiempos es, además del saqueo de sus colonias, el irrespeto a las soberanías de los países considerados periféricos. Ese derecho de los pueblos a decidir sus propias formas de gobiernos, a alcanzar su desarrollo pleno y a conformarse sin injerencias externas en el marco del principio de igualdad, es el principal obstáculo para los explotadores de siempre. Es así como la potestad de un pueblo para determinar su lugar en el contexto internacional, como a la libre escogencia de su organización política interna, contradice las torvas intervenciones gringas actuales. Y para este bicentenario del Armisticio y del Tratado de Regularización de la Guerra de Trujillo de 1820 la Revolución Bolivariana es una referencia ineludible.

LA DIPLOMACIA DE PAZ ES EL INSTRUMENTO PARA LIBERAR A NUESTROS PUEBLOS

Un aspecto muy interesante en el cuadro de los Tratados de Trujillo fue la entrevista de Bolívar y Morillo en Santa Ana el 27 de noviembre de 1820. Un «fraternal abrazo» entre los dos importantes líderes, congelado en un monumento en el lar andino, simboliza el cierre de una decisión trascendental en nuestras guerras fundacionales. Era la primera vez que los acérrimos enemigos se veían cara a cara.

Cuentan las crónicas de aquel encuentro que Pablo Morillo se ruborizó cuando vio llegar al sitio previsto al Libertador con poco cortejo, montado en una mula, sin arreos militares, con

132 Elvert Boyacá, *¿El Tratado de Regularización de la Guerra es…?* p. 85.

gorra de campaña y una levita azul; mientras que el oficial español aparecía con sus mejores galas, con un vistoso uniforme de general y un formidable grupo de escoltas. El Libertador posteriormente confesaría sobre aquel significativo día: «Fui a aquella entrevista con una superioridad en todo sobre el general español (…) de buena fe, con confianza y con amistad».

Esa famosa entrevista constituía un espacio para la diplomacia y la astucia, una conversación para la persuasión y el disimulado predominio personal. La discusión política de los tratados planteaba la «opción» del amparo de la Constitución de Cádiz y un Consejo nada absolutista, respetuoso de las aspiraciones de los independentistas. Un banquete con discursos y ofrecimientos joviales animaba el ambiente. Mientras que el oficial español buscaba cumplir a la letra sus indicaciones, Bolívar, trataba de concretar la aceptación del nuevo Estado y de su gobierno.

> La firmeza que Morillo advirtió en aparente cordialidad de las frases de Bolívar borró de su espíritu toda esperanza de un entendimiento favorable a las aspiraciones del monarca español. La impresión de que Bolívar era un hombre muy distinto del que había esperado encontrar aumentó su pesimismo, y en los siguientes términos comunicó más tarde, en informe reservado al gobierno de Madrid, su opinión sobre el Libertador: «Nada es comparable a la incansable actividad de este caudillo. Su arrojo y su talento son sus títulos para mantenerse a la cabeza de la revolución y de la guerra…».[133]

Si bien no se obtuvo por el parte de los emisarios de Madrid un reconocimiento jurídico de la Independencia de Colombia, las denominaciones «Gobiernos de Colombia», y la referencia al Libertador como «Presidente de Colombia», decían lo contrario. A despecho de los colonialistas aquellos tratados representaron el anhelado reconocimiento *de facto* exigido por Simón Bolívar al gobierno español. Atrás quedaban epítetos como *traidores*, *rebeldes*, *insurgentes*, entre otros, que a lo largo de una década se habían utilizados para descalificar a los adeptos de la libertad. Otra ganancia nada decorativa para la inteligencia del Hombre de las dificultades.

133 Indalecio Liévano A., ob. cit., p. 273.

En este marco se debe resaltar el papel de primer orden jugado por el cumanés inmortal, Antonio José de Sucre, en la redacción de los Tratados de Trujillo. Fue tal la grandeza de los acuerdos que Simón Bolívar lo ponderó como «el más bello monumento de la piedad aplicada a la guerra».

> No hay duda de que los tratados de armisticio y regularización de la guerra, aun con todas sus vicisitudes y el rompimiento anticipado de la tregua, sirvieron de precedente para explorar otras vías de diálogo, constituyéndose en valiosos precedentes de reconciliación en América y en un recordatorio de la importancia de proteger la sociedad y asegurar el ritmo de la dinámica económica en medio de situaciones críticas de conflicto político y militar.[134]

No obstante, como toda medida extraordinaria, tuvo seguidores y detractores. Así Acosta Saignes describe el panorama del momento:

> En Occidente hubo júbilo por la paz, pero en Oriente no se acogió gustosamente el armisticio. Algunos lo consideraron como un obstáculo para recoger los frutos de diez años de guerra. El coronel Diego Ibarra, portador de los tratados, hubo de sostener diversas polémicas para explicar el sentido de ellos. Se observaron problemas en Margarita, donde el Almirantazgo había autorizado a algunos corsarios para actuar hasta por doce meses y se encontraban en plena acción por los mares, por lo cual era imposible hacerlos cumplir prontamente la tregua acordada. Algunos grupos de venezolanos perdían de vista los propósitos de Bolívar y los otros altos jefes: el armisticio permitiría una reorganización y mejoramiento en variados aspectos, se facilitarían las relaciones comerciales con el Caribe y en el escenario internacional aparecía la República con un tácito reconocimiento nunca antes aceptado por los colonialistas.[135]

Además, es destacable que Venezuela en 1820 se convirtió en el centro político internacional de la paz posible. Lo que aquí pasó, sin lugar a dudas, influyó en la costa caribe neogranadina y

134 Roger Pita Pico, *Los efectos del Armisticio de Trujillo*…, p. 107.
135 Miguel Acosta Saignes, *Bolívar, acción y utopía*…, p. 233.

las provincias de Popayán, Pasto y Quito, impactando el rumbo del proceso de emancipación. ¿Paralelismo actual?

Un recuento del Tratado de Armisticio y el Tratado de Regularización de la Guerra de 1820, arroja que dichos acuerdos de Trujillo fueron un éxito rotundo en la diplomacia de Simón Bolívar, debido a las ventajas obtenidas por el bando republicano, tanto en la fortificación del Ejército Libertador como en la suma de simpatía mundial por la causa independentista nuestroamericana.

La pausa de paz se rompió antes de lo convenido. El 28 de enero de 1821 se produjo un pronunciamiento en el que se declaraba a la Provincia de Maracaibo unida ahora a Colombia. Al no establecerse una solución sobre esta importante región, ambos bandos acordaron el reinicio de las diferencias el 28 de abril de 1821. Era el paso previo a la Campaña de Carabobo.

Respetando el marco histórico y haciendo un juego comparativo, ayer como hoy, contra Venezuela se ha enfilado lo peor de la canalla imperialista, violatoria –como lo puntualizó Bolívar en 1821– «de los tratados y del derecho de gentes, porque nosotros somos el centro de una inmensa esfera de operaciones en el nuevo mundo» y todo ello «porque somos en el día el objeto de la consideración de los espíritus superiores y porque nos debemos a nosotros mismos honor y buena fe». Amén.

Variaciones sobre un rayo de luz. Apuntes sobre Simón Rodríguez o posibles líneas para la discusión

> Aún conviviendo los hijos de los Españoles con los de los Ingleses, en la idea madre de ser necesarios los Esclavos para cultivar la tierra, i en las ideas hijas sobre cuáles deben ser los medios de animar trabajo, todavía difieren en algo. Los Angloamericanos tienen a sus Esclavos a distancia –los Suramericanos se rozan con ellos, i con Ellas se casan. Dónde iremos a buscar modelos?… –La América Española es original = ORIJINALES han de ser sus Instituciones y su Gobierno = i ORIJINALES los medios de fundar uno i otro o Inventamos o Erramos. COMERCIO, COLONIAS I CULTOS No son medios de destruir errores, sino de confirmar los que hai, i de añadir otros. Error se toma aquí, por todo lo que significa ERRAR.
>
> Simón Rodríguez. *Sociedades Americanas en 1828*.

GIGANTE

Andrés Eloy Blanco, el poeta traicionado, llegó a decir con su belleza característica, que Venezuela está «más poblada en la gloria que en la tierra, la que algo tiene y nadie sabe dónde, si en la leche, la sangre, o la placenta, que el hijo vil se le eterniza adentro y el hijo grande se le muere afuera». Una trágica sentencia que nos induce a pensar en Simón Rodríguez, el tronado de rayos…

¿El preclaro caraqueño puede ser considerado el precursor de lo que más tarde se llamará Escuela Activa, en la cual los talleres y el civismo van agarrados de las manos forjando espíritus democráticos? ¿Rodríguez es más que el hombre con los lentes en la frente que engalana nuestros billetes? Robinson es figura inspiradora de una escuela revolucionaria, popular, liberadora donde se forma produciendo y donde se produce formando.

Simón Narciso de Jesús Carreño Rodríguez vio la luz en Caracas el 28 de octubre de 1769. Se llamaba Simón Narciso de Jesús. Su fecha de nacimiento explica su nombre, por ser el 28 de octubre el día de san Simón Apóstol y el 29, el día de san Narciso de Jerusalén, respectivamente. Le tocó vivir una época

en la que el conflicto era el pan nuestro de cada día. En la Caracas provincial la discriminación étnica y social se apoyaba en un intransigente marco jurídico. Negros, indios y pardos pugnaban abierta o soterradamente por tener un lugar digno bajo el sol. Los criollos miraban de soslayo a los peninsulares en un ambiente bastante confuso. Pensemos cómo se expresaban dichas desigualdades y prejuicios en la cotidianidad. Si añadimos que Simón Rodríguez era un niño *expósito* nuestra imaginación vuela a millón. Expósito se designaba al recién nacido en estado de vulnerabilidad, o sea, en exposición. Era un niño abandonado por sus progenitores a otras familias o a instituciones. ¿Nos parece digno de novela rosa aquella madre desesperada que a hurtadillas en una cesta deja a un bebé dormido y bien abrigado en la entrada de alguna casa, iglesia u orfelinato? ¿Hijos entregados a terceros por doncellas de apellidos principales o curas faltones que no querían someterse al escarnio público? ¿Los ricos y poderosos por el «qué dirán» y los pobres por hambre, dejaban a sus criaturas «expuestas» en puertas ajenas? Palabras más o palabras menos eso pudo haber ocurrido con el pensador en cuestión. Los datos biográficos ayudan poco.

Generalmente se afirma que el clérigo Alejandro Carreño –vecino del callejón de la Merced, ubicado frente a la iglesia del mismo nombre– veló por la crianza de Simón y de un niño de igual condición llamado Cayetano, y con el cual el futuro Maestro no tendría una relación armónica, hecho que lo obligó, después de una acalorada discusión, a llevar el segundo apellido en lugar del primero. Este, como otros aspectos, son ciertamente dudosos. Véase que se hace llamar Simón Rodríguez y no Simón Carreño. Hay autores que aseveran que los «hermanos Carreño» fueron hijos naturales del sacerdote Alejandro Carreño y Rosalía Rodríguez. Una vez fallecido Alejandro Carreño, Simón y Cayetano fueron tutelados por su tío materno, el sacerdote Juan Rafael Rodríguez.

En mayo de 1791 el Cabildo de Caracas le confiere el cargo de profesor en la Escuela de Lectura y Escritura para niños. A decir de Rumazo González, Caracas poseía tres escuelas y una universidad. Rodríguez dirigía la escuela pública, que en un

momento determinado tuvo una matrícula de ciento cuarenta estudiantes. Esa institución se ubicaba entre las esquinas de Veroes y Jesuitas de la Caracas actual. También era el tiempo de casarse. Fue María de los Santos su esposa en junio 1793. Los contrayentes vivieron entre las esquinas de Cují y Romualda. Es en ese sitio donde entablará una amistad imperecedera con un niño díscolo, un mantuano malcriado y pretencioso: Simón Bolívar.

PERIPLOS

A partir de los 28 años al Maestro le toca rudo. En su periplo forzado Simón Rodríguez aprende inglés en Jamaica. De allí se traslada a Baltimore, Estados Unidos. Del país norteño, el ahora Samuel Robinson viaja a Europa, lugar de reencuentro con Simón Bolívar. Era 1804. En París presenciaron juntos la coronación de Napoleón como emperador de Francia.

Es también el momento de Italia. El juramento del 15 de agosto de 1805 es un importante documento que certifica simbólicamente la responsabilidad histórica que asumió el mantuano caraqueño con la situación americana de entonces y denota, asimismo, la admiración y el respeto que le tuvo el futuro Libertador a Simón Rodríguez. Luego de conversar apasionadamente ambos simones sobre las bondades y defectos de historia romana, el estadista germinal se puso de pie ante su ductor y expresó su inmortal compromiso.

Después de dos décadas en Europa, Simón Rodríguez regresó al continente americano, donde se colocó a las órdenes del Hombre de las dificultades, quien lo nombró Director e Inspector General de Instrucción Pública en Lima, pero al poco tiempo renunció.

Desde la localidad de Pativilca, en Perú, el 19 de enero de 1824, el Libertador ya le había escrito a su antiguo preceptor una de las cartas más hermosas donde le agradece haberlo separado mentalmente del colonialismo. Esta misiva se ha tenido como la confirmación de que Rodríguez fue el formador por excelencia del Hombre grande de América. También había sido Rodríguez Director de la Educación Pública, Ciencias, Artes Físicas y Matemáticas, y Director de Minas, Agricultura y Vías Públicas de

Bolivia, respectivamente. Rodríguez persiste con sus escuelas-talleres, pero por diferencias con Antonio José de Sucre, ese difícil año de 1826, abandona esos cargos. Ya su huella se dejará sentir en Perú, Chile y Ecuador. Pero cuidado, no limitemos nuestras miradas cuando de justipreciar un legado tan universal se trata:

> Simón Rodríguez fue el primer gran filósofo de América. Aunque la educación fue su gran motivo, no podemos encasillar su pensamiento solo como maestro, que lo fue, y menos catalogarlo con el calificativo de maestro del Libertador, lo que fue en grande, pero lo limita y cercena su propia obra, que fue trascendental pero incomprendida. Rodríguez piensa la educación no como estanco, toda la sociedad debe ser una escuela y el estado un maestro, «padre común». La ignorancia limita el bienestar de todos, genera pobreza, es culpable de la mayoría de los males sociales. La enseñanza de todos los niños y niñas sin discriminación alguna fue su prioridad. Criticó la enseñanza tradicional que además de elitista era retrógrada, poco práctica y realista. Propone formas de aprender haciendo. A él le cabe el mérito de ser *el primer latinoamericano que propuso la economía social y la educación popular*.[136]

Entre los textos de Simón Rodríguez se encuentran: *Reflexiones sobre los defectos que vician la escuela de primeras letras en Caracas y medios de lograr su reforma por un nuevo establecimiento*; *Representación al Ayuntamiento*; *Sociedades americanas en 1828, cómo serán y cómo podrían ser en los siglos venideros*; *El libertador del Mediodía de América y sus compañeros de armas, defendidos por un amigo de la causa social*; *Observaciones sobre el terreno de Vincocaya con respecto a la empresa de desviar el curso natural de sus aguas y conducirlas por el río Zumbai al de Arequipa*; *Sociedades americanas en 1828, cómo serán y cómo podrían ser en los siglos venideros* [*Luces y virtudes sociales*] (Concepción, Imprenta del Instituto); *Informe sobre el terremoto de Concepción*; *Sociedades americanas en 1828. Cómo serán y cómo podrían ser en los siglos venideros* [*Primera parte. Luces y virtudes sociales*]; *Partidos* (11 artículos); *Crítica de las providencias del gobierno* (Lima, Imprenta del Comercio); *Extracto sucinto de mi Obra sobre la Educación Republicana* (3

136 Pedro Rodríguez, «El socialismo en Simón Rodríguez», p. 46.

artículos) (Bogotá, *El Neo Granadino*); y *Consejos de amigo dados al Colegio de Latacunga*.

EL REGALO

En la antigüedad griega Sócrates es referencia necesaria. Auténtico sabio, de esos que saben a qué saben las cosas, fue cínico e irreverente, profundo y sencillo. En su transitar enfocó la mirada en la búsqueda de la verdad de la vida, «terrenizó» las ideas. Se dice que con *El partero* nació la filosofía occidental centrada en el yo, en la auscultación de la subjetividad, más que en el análisis de los elementos. Con él hay una ruptura del hecho de pensar con respecto a sus antecesores, los Físicos, enfrascados en el desciframiento de la causa general de toda la realidad. La audacia de Sócrates, hombre descrito como humilde y de estampa poca agraciada, fue su actitud valiente y en extremo moral, que finalmente le costó la existencia. Por una supuesta seducción a los jóvenes y por negar la existencia de ciertos dioses, le dieron de beber la cicuta. Defendiendo la inmortalidad del alma expiró Sócrates impávido, empinando la copa de veneno para nunca ser olvidado. Ante sus discípulos afligidos, el Maestro de la mayéutica fue consecuente hasta en su hora postrera.

¿Por qué la comparación hecha por Simón Bolívar de Simón Rodríguez con la mítica figura de Sócrates, y no con cualquier otra de las mentes brillantes del mundo helénico pasado? «Filósofo consumado y un patriota sin igual» lo distingue el Libertador, lo que pone en evidencia que su esfuerzo no fue el de un diletantista, de un ocioso que elucubraba sobre el *topus uranus*. En la famosa carta de Pativilca, Perú, fechada 19 de diciembre de 1824, Bolívar es más que elocuente sobre su otrora preceptor:

> ... Sin duda es usted el hombre más extraordinario del mundo. Podría usted merecer otros epítetos, pero no quiero darlos por ser descortés al saludar a un huésped que viene de un viejo mundo a saludar al nuevo; sí, a visitar su patria (...) que tenía olvidada, no en su corazón, sino en su memoria. Nadie más que yo sabe lo que usted quiere a nuestra adorada Colombia, ¿se acuerda usted cuando fuimos juntos al Monte Sacro en Roma a jurar sobre aquella

> tierra santa la Libertad de la Patria? Ciertamente no habrá olvidado aquel día de eterna gloria para nosotros, día que anticipó, por decirlo así un juramento profético a la misma esperanza que no debíamos tener.[137]

El hecho de que El hombre de las dificultades calificara a Rodríguez como «extraordinario» no es la habitual retórica de quien tuviera agendas ocultas de manipulaciones o aprovechamientos. Bolívar encontraba en el exótico educador mucha de la pasión volcánica que él, –autodefinido como un instrumento de las luchas emancipadoras–, tenía. De aquí que le ratificara en la misiva antes citada: «No puede usted figurarse cuán hondamente se han grabado en mi corazón las lecciones que usted me ha dado; no he podido jamás borrar siquiera una coma de las grandes sentencias que usted me ha regalado…»[138]. El regalo verdadero casi nunca se ve, incluso, quien lo recibe. A veces no tenemos nada y súbitamente nos dan las claves para descifrar un mundo.

ANTÍDOTO

No olvidemos el contexto en el cual pare su visión del universo. No ahorremos el esfuerzo imaginativo de un Simón Rodríguez que sufrió la exclusión de la sociedad colonial por su condición de huérfano. No obviemos su carácter rebelde y excéntrico en la hipócrita comarca caraqueña dieciochesca. Pese al infortunio de su niñez –asunto del cual nunca hablaba–, su optimismo contagioso apeló fervientemente a la tesis de que los americanos saldríamos del foso colonialista. No cejó el Maestro en sus recomendaciones de adelantar un conjunto de transformaciones en todos los ámbitos de nuestras existencias privadas y colectivas, para inventar esa ciudadanía diferente y próspera. Clamó por un sujeto nuestroamericano muy espiritual, cuyos horizontes de realizaciones no estuviera reñido con el proceso productivo agrícola e industrial, en un marco internacional hermanado y recíproco.

Decir Simón Rodríguez es traer a colación el pensamiento de una educación inclusiva bajo el encargo de un Estado fuerte y

137 Simón Bolívar, *Doctrina del Libertador*, p. 204.
138 Ob. cit., p. 205.

avanzado. En su celebrada *Luces y virtudes sociales* defendió Rodríguez una formación cívica «para todo el pueblo», enfatizando que lo público es por excelencia lo social, y no como se cree generalmente, que es contrario a lo privado. Y aquí está el *quid* del asunto: es errada esa interpretación muy dominante que todavía califica a Rodríguez como una especie de Rousseau tropical:

> El juvenil Simón Rodríguez de 1794 ya había tomado dirección diferente, extendiendo la enseñanza hacia los niños pardos. La suya no sería pedagogía de rescate individual, sino de fundación colectiva. No buscará al hombre en estado natural, tal como el romanticismo quisiera hallarlo en América, pues supo advertirse a propósito del fracaso de Diógenes: «porque buscaba entre sus contemporáneos al de un tiempo que ya no existía». En ningún momento se hace cargo de los recelos hacia la sorpresa de tiempos por llegar. Para saber recibirlos quiere pueblos adiestrados, hombres para mañana, para pasado mañana. Si el orden social desfigura el orden de la naturaleza, buscará la alianza armónica entre uno y otro, que ese es el motivo central que argumenta a las utopías antiguas y a las utopías renacentistas. La naturaleza no será estación de regreso, o de reposiciones. Lo será de iniciación; desde ella, no hacia ella. La alianza de los dos órdenes facilitará echar a andar sociedades de iguales en la partida, con lo que se asegurará que ellas sean activas, productoras, justicieras; es decir, sociedades diferentes a las que venían siendo coloniales aquí y envejecían, deficitarias, allá. La relación individuo-sociedad no retiene las pautas del ginebrino, pues si la proposición pedagógica de este insiste en alejar al individuo de la sociedad todo lo que fuera posible, el plan del criollo es identificar al individuo con la sociedad a hacer por el conjunto de los individuos.[139]

Pero, reiteremos, no era un asunto meramente administrativo la responsabilidad de un determinado gobierno en la conducción política de las mayorías; en su discernir había que dar el salto cualitativo más importante de su hora, sintetizado en un axioma que sigue siendo quebranto en nuestros días, ante la explosión de tanto vandalismo cotidiano: «Instruir no es educar». Educar, que si bien entraña el proceso instructivo, es un bien supremo en concordancia con una forma sensible e intelectual de concebir la realidad, forma

139 Dardo Cúneo, «Aproximación a Simón Rodríguez», pp. XXXVIII-XXXIX.

siempre consustanciada con el «extraño arte de vivir». Educarnos es una manera iluminada de caminar por el mundo siendo útiles para nosotros mismos y para los demás; una vía regia en las cuales los valores jueguen un rol estelar en el esbozo de un republicano distinto. Porque a fin de cuentas «sin luces no hay virtudes».

Al releer a Rodríguez conseguimos claves de actualidad. La afirmación de que la educación nos dignifica, sobre todo en una Venezuela donde la ignorancia se muestra como trofeo, y el depredar al vecino por su necesidad económica se promueve más que alguna licenciatura universitaria, ya es decir bastante. Creer que uno se educa para hacerse rico es de imbéciles que lo más lejos que podrán llegar en sus cotidianidades es a un banco; esto es más que ilustrativo en las meditaciones del educador caraqueño. ¿Qué diría hoy Rodríguez de esas personas que «sobreviven» pero que no existen? Educarnos es desnudar la explotación humana y no ser parte de ella. No basta saber leer y escribir, o que poseamos miles de libros obtenidos gratuitamente, si no tenemos las herramientas cognitivas para comprenderlos y valorarlos, el arranque positivo se diluye. Es parte del antídoto robinsoniano.

CONVOCADOS

Para Simón Rodríguez el trabajo es la vía para salir del escollo social. A su entender para concretar el «progreso» hay que producir en libertad, sin rémoras racistas y excluyentes propias de la herencia colonial. No obstante, su mirada no es productivista, valga el término, no es ese modo peligroso de enfocar el trabajo como una rutinaria acción personal. Para Rodríguez, tal vez por el influjo del socialismo incipiente en la Europa de su exilio, el trabajo es un proceso social con implicaciones en todos los órdenes de la vida de los pueblos. Y allí están en parte las trampas de la alienación actual, que dice bien de su vigencia en este aspecto tan complejo. Al fragmentar en nuestras mentes las actividades económicas que nos proporcionan el pan nuestro de cada día, creemos que así funciona la realidad y entonces suponemos inconscientemente que la explotación es un hecho natural y no histórico. Si el trabajo es parte sustancial de nuestras existencias, un trabajo mecánico también

robotiza nuestras subjetividades y borra nuestra más profunda espiritualidad. Trabajar es más que hacer cosas en ocho horas diarias para devengar un sueldo cualquiera, trabajar es la existencia misma del sujeto, allí está la clave. Cuando se tiene consciencia de este hecho nos liberamos física y espiritualmente. No es producir para un mercado que ahora es como Dios bajo una lógica depredadora; para Rodríguez en su horizonte de pensamiento todavía en estudio, el trabajo es una apuesta a maneras de convivir que garantice un americano distinto, emancipado. A su manera, el trabajo sintetiza la lucha de los contrarios, es la lid entre las virtudes republicanas contra el legado monárquico. Todo se resume en un grito a viva voz: ¡es necesario edificar ciudadanía! Y para lograr esta misión tan loable todos los factores socializadores –familia, escuela, medios de comunicación, etcétera– deben remar hacia el mismo puerto.

> Como en esa síntesis de sus ideas queda dicho, «la educación popular» que fue el desvelo constante de Simón Rodríguez, no era sino una de las patas que componían el trípode fundacional del nuevo estado social, y la importancia que le concedió no disminuía en nada la pareja importancia de las otras dos, ya que todas eran indispensables para sostener el edificio de la República democrática. Aunque él hubiera dispuesto de todos los apoyos oficiales y privados que en la realidad le fueron negados, seguramente su proyecto de «educación popular» no hubiera dado los frutos esperados, si no hubiera estado acompañado por los otros dos principios que pertenecían a la esfera económica y social, y ya no exclusivamente a la educativa. Uno es la «destinación a ejercicios útiles», que no solo presupone el indispensable entrenamiento en los oficios manuales que Simón Rodríguez incorporó a los planes de sus escuelas, la mayoría de las cuales funcionaron para los niños pobres o desheredados, sino además otras dos cosas mayores que la sola escuela no podía establecer: la existencia en la sociedad de una demanda de esos «ejercicios útiles» a través de una vitalidad económica modernizadora que por funcionar gracias a una concepción utilitarista atendiera exclusivamente al mérito, a la eficiencia y al trabajo, evitando así el favoritismo, el clientelismo o las jerarquías sociales; en segundo término el reconocimiento por la comunidad de la conspicua dignidad de esos que en el edicto de Carlos III todavía eran llamados

> «oficios viles» y que a pesar de ese edicto así serían considerados por la sociedad hispánica durante los siglos XIX y aún XX. El otro principio era todavía más radical en esa sociedad de inoculables tendencias aristocratizantes, la «aspiración fundada a la propiedad», pues como el texto de Simón Rodríguez dice con precisión, no se trata meramente de un derecho fijado en la letra muerta de las leyes, sino acreditado en los hechos, que tal dice la palabra «fundada», reclamando el acceso a la propiedad para la mayoría de los ciudadanos como un medio de alcanzar la estabilidad social tan reclamada en la época, y obtener un desarrollo de las potencialidades económicas de los nueves estados.[140]

No hay de otra. Sin esa construcción colectiva de una nueva forma de interaccionar con los otros, con nosotros, tendremos simples habitantes, pero jamás seres razonables, sensibles, productivos, sujetos a derechos y a obligaciones. Es así como ante la ausencia de una educación social no habrá ciudadanía y mucho menos república; porque la educación es más que tiza y pizarrón; son saberes y conocimientos al servicio de la producción social.

Resonancias tienen las palabras del Maestro, sin obviar que otras se quedaron en un tiempo ya ido. Preguntémonos si bajo este lavado cerebral mediático programado al que estamos expuestos hoy los valores productivos están en jaque. Si educación es ciudadanía, ¿hacia dónde vamos bajo el reinado de la especulación y la falta de respeto generalizado? ¿Cómo producir, cómo educarnos para producir? No es un sermón lo que pretendemos dar, es un humilde llamado por un compromiso al que Rodríguez nos convoca. Eso es en gran medida amor a la Patria que, como madre enferma, requiere la atención del mejor de sus hijos.

QUEBRANTO

Un hombre puede abreviar un choque de modelos, una crisis, una lucha de contrarios. Un hombre puede llevar sobre sus hombros una aspiración histórica, que de tan hermosa parece que nunca se concretará, que no tiene un lugar bajo el sol. Hay en ese anhelo un valor utópico: ese de caminar y no llegar. Rodríguez fue eso,

140 Ángel Rama, «Vigencia del pensamiento de Simón Rodríguez», pp. 394-395.

un caminante, un buscador pertinaz. Simón Rodríguez sintetiza un movimiento peligroso. Simboliza, con su carácter rebelde, el puente certero para cruzar de los predios de la mentalidad colonial al horizonte republicano. Él mismo había experimentado el péndulo: de veinteañero maestro de primeras letras en una Caracas prerrevolucionaria, hasta un experimentado trashumante abandonado en algún pueblito del sur del continente americano. Como se ve no es labor fácil, es nacer de nuevo, es renacer. Pero como todo mundo incipiente requiere bases fundacionales firmes y sencillas, para darle contenido a términos trascendentales como saber, autonomía, ciudadanía, sin ningún tipo de complejo. En tal sentido, su cosmovisión entronca en gran medida con la postura bolivariana:

> Solo mediante un gobierno centralista podía la sociedad alcanzar tales objetivos estableciendo el orden y la armonía entre sus miembros. De aquí su defensa del principio de pensar cada uno en el bien común o bien de la república como el primer deber social, para que la sociedad piense luego en cada miembro en particular. Lo colectivo antes que lo particular. Los intereses de la República antes que los intereses individuales. El bien común frente al individual. Es en el contexto de esas ideas que Rodríguez apoya el proyecto centralista y unitario de Bolívar en el período que marcha hacia el logro de la unidad grancolombiana.[141]

Para esta estrategia se apoyaba el Maestro en la vía educativa, imposible hacerlo por otro camino. Obvio, su centuria dieciochesca fue la de las convulsiones de la razón y la apuesta exagerada por el hecho pedagógico. Romántico e idealista Rodríguez no puede renunciar a la formula maravillosa: la tarea hercúlea de mantener a raya la bestia que todos llevamos por dentro. Animal que en estos días muchos pasean orgullosamente.

En la misión estratégica de hacer republicanos, la educación primaria es el germen de una sociedad posible, insiste Simón Rodríguez:

> Los gobiernos deben ver en la primera escuela el fundamento del saber y la palanca del primer género con que han de levantar los pueblos al grado de civilización que pide el siglo. El interés

141 Rosario Hernández, *Libertad de opinión y educación*…, p. 345.

> general está clamando por una reforma de la instrucción pública; la América está llamada por las circunstancias a emprenderla: La América no debe imitar servilmente, sino ser original. Enseñen, y tendrán quien sepa; eduquen, y tendrán quien haga. La guerra de independencia no ha tocado a su fin.[142]

Era la escuela y solo la escuela el lugar para el «atreverse a saber» moderno. Pero no bajo la premisa de minorías ilustradas detentoras del saber y el poder, el pensamiento robinsoneano era más audaz: era la educación popular, con todo lo que esto implica en una sociedad cerrada como la que le tocó vivir. Una educación productiva y ciudadana, además.

¿Se puede existir mejor colectivamente cuando individualmente estamos llenos de mezquindades y resentimientos? ¿Seguimos requiriendo «luces y las virtudes sociales» para convivir como seres razonables? ¿Cómo persuadir al que no sabe que es importante saber más que tener dinero? ¿Emigrar de un país porque la «vaina está mala», es solo un desplazamiento o es una huida de nosotros mismos, de aquello que nunca fuimos y que en cualquier otro lugar nunca se llegará a ser? ¿Y la verdad, la justicia y la belleza donde fueron a tener? La guerra de independencia no ha tocado a su fin.

SIN SENTIDO

A veces pensamos como Simón Rodríguez: «En América del sur las repúblicas están establecidas pero no fundadas». En ocasiones nos toma por asalto la duda, si en la copia de modelos extranjeros realmente reside la posibilidad de tener una sociedad más armónica. De pronto hacemos una ociosa gimnasia para ver con preocupación cuántas leyes formidables hemos redactado para no cumplir ninguna. Tal vez sea esa herencia demoburguesa de creer que el código *per se* hace la realidad, un poco como aquel pasaje bíblico: *al principio era el verbo y el verbo se hizo carne*. Todos creemos que al decretar la norma automáticamente nuestras conductas cambian. Pero no es así. Y

142 Simón Rodríguez, *Sociedades americanas*, p. 272. Véase también del mismo autor: *Consejos de amigo dados al Colegio de Latacunga*.

esto es más complejo, tendemos a incumplir las reglas muchas veces cuando no se hace respetarlas. Es todo un círculo vicioso: hago caso omiso a la luz del semáforo porque no me sancionan, porque no me sancionan hago caso omiso a la luz del semáforo. No es represión lo que invocamos, es educación. No es necesaria la fuerza cuando la convicción es profunda, pero es cándido suponer que sin coerción las cosas van a funcionar solas. Hay que convencer y vencer simultáneamente, en buenos términos. Una cosa es humanismo y otra, ingenuidad irresponsable. De otra manera nos llamaremos republicanos de la boca para afuera, pero nuestro comportamiento será profundamente colonial. Lo que subyace en esta preocupación es toda una pedagogía política diferente:

> Toda escuela es política, porque en ella se forman desde la infancia el tipo de voluntad y el tipo de costumbres que ya imperan en una sociedad. La escuela es la puerta de entrada a una sociedad y a sus relaciones de poder específicas. En una sociedad monárquica, donde priva el principio del egoísmo (*una voluntad sobre todas las voluntades*), la escuela produce los tipos humanos del déspota y el esclavo. A esas «*escuelas políticas bajo el pretexto de la religión, disfrazadas con el título seductor de Educación Popular», que enseñan a «obedecer ciegamente», el sistema republicano sustituye por otra escuela política que forma la posesión de la voluntad mediante la deliberación de la razón y el reconocimiento de la necesidad. La escuela republicana hace costumbre el principio de la sociabilidad* (*piensa en todos para que todos piensen en ti*) y enseña a guiarse por la razón. Entre «obedecer ciegamente» y «guiarse por la razón» se trasmutan las relaciones de poder y la forma de voluntad. La voluntad se adhiere a la autoridad porque comprende y comparte sus decretos, y no porque la autoridad esté por encima de toda la voluntad.[143]

¿Cómo «adquirir luces sociales» para la revolución necesaria? Responde Robinson rectificando las ideas deformes en un campo de experiencia en la que el pensar y el actuar sea una acción cónsona con la búsqueda de un sujeto social distinto. Es imposible hacer República en una sociedad de faltones e ignorantes.

143 Juan A. Calzadilla y Carlos Carles, *Robinson y Freire: hacia la*..., p. 44.

La tarea reposa, parcialmente, en una educación de ruptura, aquella cuya labor es forjar hombres y mujeres para el bien propio y el bien común. De aquí que maestro no es cualquiera: «El maestro de niños debe ser sabio, ilustrado, filósofo y comunicativo, porque su oficio es formar hombres para la sociedad». Idea que tomará el Libertador, influenciado por su Sócrates de Caracas, cuando diga que maestro es aquel del que hay poco que corregir y mucho que imitar.

En la relación del maestro y el alumno (palabra que no significa «sin luz» como erróneamente se cree), los menores tienen que ser cotidianamente sinceros, amables, agradecidos, amigos de cumplir la palabra empeñada y siempre curiosos, con un espíritu presto a la indagación: «Enseñen a los niños a ser preguntones, para que, pidiendo el porqué de lo que se les mande hacer, se acostumbren a obedecer a la razón, no a la autoridad como los limitados, no a la costumbre como los estúpidos». Por eso enseñar, más que ejercitar la memoria, es hacer comprender; es emplear el entendimiento. Por ende, «toca a los maestros hacer conocer a los niños el valor del trabajo, para que sepan apreciar el valor de las cosas». Lo demás es canibalismo posmoderno de seres que decretaron la muerte de Dios ayer, y que ahora declaran el fallecimiento del sentido común.

SOÑADOR

Un viejo adagio reza que la sabiduría es hija de la soledad. Saber, en última instancia es una abstracción, una búsqueda de lo subyacente, recóndita indagación que muchas veces nos distancia de la superficie de las cosas. De esa superficie en la que se mueven siluetas, tránsitos de personas que generalmente viven pero que no existen. Personas que se muestran en apariencias, sombras platónicas en la mercadería del tener alejadas de la plenitud del ser. Simón Rodríguez existió demasiado y vaya lo que esto entraña. Parece un costo muy alto poseer la lucidez liberadora, que si bien te da la comprensión del valor de la nada que hay detrás de los días, no es el mejor de los antídotos para un mundo que le pone precio a todo.

Juan David García Bacca, pensador universal de gran densidad teórica y que como buen intelectual era poco condescendiente con el halago fácil, llegó a decir de Simón Rodríguez: «¡Qué lecciones podemos y debemos aprender de un Maestro que fue unidad de persona, Sócrates, filósofo cosmopolita y el hombre más extraordinario del mundo!».[144]

No es retórica de festín lo de García Bacca, es examen profundo sobre aquel que se desprendió –cual Buda moderno– de toda falsedad social. Es proverbial la impresión que dejó para la posteridad Luis Antonio Vendel-Heyl, profesor del Colegio Real de Saint Louis, en París, sobre Simón Rodríguez en 1840:

> Don Simón estaba reducido a la mayor escasez. Después de tantos viajes y estudios... el pobre... no tenía más que una chaqueta, un pantalón de tela grosera y el viejo sombrero que llevaba cuando le vi. Ni siquiera podía tener el consuelo de publicar el fruto de sus meditaciones, el resultado de sus observaciones a que lo había sacrificado todo. No encontraba ni editor, ni suscriptores para sus obras. Solo pedía cinco reales por entrega, y aun así no había podido reunir doscientos suscriptores y necesitaba cuatrocientos. [145]

¡Duro, muy duro juicio sobre quien fuera más que el preceptor del Libertador! Redunda en esta menguada situación material los apuntes de otro contemporáneo de Samuel Robinson: nos referimos a Paul Marcoy, viajero que alude al trato deferente recibido del caraqueño:

> Cruzando la tienda detrás del lonjista, penetré en la habitación inmediata al mostrador, la cual me pareció a la vez servir de cocina, de laboratorio y de alcoba (...) Una india acurrucada delante del hogar preparaba una cena cualquiera, que mi patrón [Simón Rodríguez] me invitó compartiéndonos agua fresca de la fuente (...) Durante la cena (...) dio órdenes a su criada para que se cuidase igualmente del arriero y de nuestras monturas.[146]

Hasta en esto fue socrático Rodríguez. Aquel que, como el ateniense antiguo, fue víctima de la incomprensión de sus iguales.

---

144 Juan David García Bacca, «Prólogo», p. XLII.
145 Alfonso Rumazo González, «Estudio introductorio: El pensamiento… », p. 116.
146 Fabio Morales, «Cronología de Simón Rodríguez», p. 328.

Rodríguez fue buzo de oceánicos horizontes, de esos universos en el que los seres *sentipensantes* podamos vivir en paz, en armonía. ¿Utópico? Siempre. ¿Realista? Los necios, esos que cansados terminan justificando el silencio sepulcral de la falsa esperanza.

TRAGEDIA

¿Cómo fueron las peripecias que vivió Simón Rodríguez antes de morir? Aquí tomamos el testimonio de Camilo Gómez, relato publicado al cierre del siglo XIX para dar respuesta a esta interrogante fundamental.

Espantado por las carencias materiales y la indiferencia de muchos Samuel Robinson siguió sus errancias. En aquellos momentos críticos cuenta Camilo Gómez, el amigo de José Rodríguez: «Trabé relaciones de amistad con este joven (José) que era de mi misma edad y con él visitaba la casa de don Simón, el que pronto me consagró especial cariño. Al poco tiempo de conocernos, se dirigió don Simón a Guayaquil con su hijo (a quien llamaba Cocho), y los seguí dos meses después». Días difíciles que exigían exhaustivos viajes tuvo que asumir el Maestro que ya presentaba dolencias en la columna vertebral y en las caderas molidas por las montadas en mulas. Su rumbo al Ecuador no era para el reposo, sino para el trabajo en el mundo de las velas: «En Guayaquil celebró un contrato con un señor Zegarra, para refinar esperma; empresa que fracasó». Continúa Gómez: «Acosado por las exigencias de Zegarra para que le devolviera el dinero con que lo habilitara, don Simón resolvió dirigirse al departamento de Lambayeque, en el Perú, llamado por un caballero para que implantara no sé qué negocio». José, Camilo y Simón partieron presurosamente del puerto haciendo uso de una improvisada balsa: «Fuimos arrastrados por corrientes contrarias a causa de un temporal, y solo mes y medio después pudimos arribar a una caleta de pescadores, que creo se llamaba Cabo Blanco habiendo sufrido hambre y sed, pues se nos acabaron los víveres y el agua». La conjura de los elementos parecía derrotar a los peregrinos penitentes. La zozobra abundaba y la necesidad torturaba al octogenario: «Don Simón se encontraba grave». Y para tragedia mayor de un ciclo vital azaroso

que ya tocaba su hora postrera: «José se trasbordó a una chata y sin decirnos nada nos dejó abandonados».

¿Cómo calificar este acto? ¿Traición del propio vástago? ¿Paradojas del destino, de quien nunca apartó su mente y corazón en ayudar al prójimo? ¿Contradicciones de la vida? ¿Sino? Le tocaría ahora al amigo de José Rodríguez, el hijo que lo abandona, a Camilo Gómez, cuidar por el finiquito de una existencia consagrada a la grandeza. No obstante, unos pescadores lo auxiliaron en su desamparo. Cerca de tres semanas, en un ambiente hostil para la delicada salud de Simón Rodríguez, Camilo Gómez no se quitó de su lado: «Al fin los indios me dijeron que no podían continuar manteniéndonos, y que don Simón tenía una enfermedad que podía contagiarlos». Dolores intestinales lo aquejaban: «Logré convencerlos de que era hombre importante aquel viejo enfermo y que podría reportarles alguna utilidad, si me acompañaban hasta algún pueblo cercano. Accedieron y me llevaron a Amotape, cerca de Paita».[147]

Fue en Amotape, un pueblito perdido en el mapa peruano, que Las Parcas se apoderaron del tronado de rayos.

COLOFÓN

¿Era un hijo «expósito»? Sí. ¿Algunos autores nos dicen que a los catorce años se peleó con su hermano Cayetano y decidió quitarse el apellido Carreño, para convertirse simplemente en Simón Rodríguez? Sí. ¿Durante su juventud leyó a escondidas la obra de los enciclopedistas y especialmente el *Emilio* de Rousseau, que tuvo gran influencia en su personalidad como educador? Sí. ¿Una relación inicial muy difícil entre los simones? Sí. ¿Fue un revolucionario en todo el sentido de la palabra? Sí. ¿La influencia de las ideas ilustradas y un temperamento muy particular hizo de Simón Rodríguez un educador irreverente? Sí. ¿Fueron sus viajes a Jamaica, Estados Unidos y Europa definitorios para su formación intelectual? Sí. ¿Cambió el nombre por Samuel Robinson como forma de defensa ante la presunta persecución de las autoridades españolas? Sí. ¿Presenció con el joven

147 Alfonso Rumazo González, ob. cit., p. 304.

Simón Bolívar la coronación de Napoleón como emperador de Francia? Sí. ¿Vivió momentos muy duros en su estadía prolongada en Europa y América? Sí. ¿Terminó vendiendo velas en sus últimos días? Sí. Si todas las respuestas a las preguntas anteriores son afirmativas, entonces, hemos tropezado con la grandeza. Nos hallamos ante un ser extraordinario.

Nunca se insiste demasiado sobre los juicios del quien fuera más que el Maestro del Libertador. Reducirlo a su carácter de mero preceptor del Hombre de las dificultades es errático y simplificador. Rodríguez, y hoy lo sabemos mejor que nunca, fue un pensador nada satelital. Tuvo su propia lumbre. No era un simple reflejo del Grande Hombre de Colombia. También es un desacierto circunscribir la volcánica figura de Simón Rodríguez solo al universo educativo. Samuel Robinson no concibió el mundo pedagógico sin la política y la economía. Si revisamos con detenimiento sus escritos nos percatamos de este principio: la visión del mundo productivo, es decir del trabajo, es ineludible de la tarea de formar futuras generaciones.

Recordar a Simón Rodríguez a dos siglos y medio de su alumbramiento es siempre positivo. Nos enaltece como gentilicio. Es una raíz profunda que nos dignifica y nos esperanza. Es necesario conocerlo más allá de las consignas. Nos convida la Historia.

Andrés Bello en la ancha mirada

INTRODUCCIÓN

… Que los grandes intereses de la humanidad os inspiren.

Andrés Bello

Andrés de Jesús María y José Bello López se nos presenta como un hombre de estatura universal, que por distintas razones parece ser víctima todavía de la indolencia de sus paisanos. Como Simón Bolívar, Francisco de Miranda o Simón Rodríguez, sufrió en carne propia lo que reza aquel poema de Andrés Eloy Blanco, el ostracismo: un hijo grande que murió fuera de su Patria, mientras los viles se reprodujeron adentro.

Si bien nació en Caracas en 1781 y murió en Chile en 1865, en su provecta vida dejó una estela imborrable en América y Europa, impronta que debemos tener siempre delante. Tuvo una educación de primera, mostró una prematura sed de conocimiento, incursionó en la Universidad y se graduó de bachiller en Artes. Ya su tímida pero profunda personalidad brillaba en las tertulias capitalinas. La nada fácil situación económica familiar lo alejó de los claustros y lo confinó a la burocracia de la época. Vendría la coyuntura de 1810 y con ella el vendaval revolucionario. Simón Bolívar y Luis López Méndez, serían sus compañeros de viaje hacia una Gran Bretaña plausiblemente amiga de la causa independentista. Desde entonces comenzaban sus peripecias dignas de una novela aún por escribirse. Los altibajos de los proyectos republicanos, los apremios materiales, su tarea como traductor y

preceptor a destajo, sus pérdidas cercanas, su viudez temprana, entre otros, fueron formando un carácter estoico y realista. Todos esos factores no fueron óbice para su fecunda creación intelectual en el Viejo Mundo. En Chile también su obra dará notables frutos. Desde la fundación de la máxima casa de estudios hasta redacción del Código Civil de país austral, corrobora lo afirmado. Asimismo, la educación y la política meridional lo valoran como uno de los excelentes.

La gran pregunta de por qué este paradigma de la venezolanidad es prácticamente un desconocido nos mueve a escribir en clave didáctica las siguientes páginas. Empero, quisiéramos resaltar, que si bien Andrés Bello ha sufrido muchas veces el látigo de la indiferencia o de la incomprensión de sus compatriotas, nuestros pensadores no han dejado de darle su justo valor. Este ensayo busca exactamente eso: subrayar la significación de la obra de Andrés Bello en la historiografía nacional. Saber cómo en distintos momentos de la historia, bajo diversos enfoques o problemas, ha sido ponderado el caraqueño ilustre por diez intelectuales venezolanos.

EL INJURIADO

¿Fue Andrés Bello un soplón? ¿De dónde viene tamaño engaño que sigue ensombreciendo su inmortal figura? Son dos cuestiones que dilucida Vicente Dávila (1874-1949) en los famosos «años locos», década en la cual nuestros estudios históricos seguían viendo la imagen del Maestro con cierta reserva.

Antes de aquel 19 de abril de 1810 ya se habían dado brotes violentos y organizativos contra los mandones hispanos. Las fuerzas emergentes se sincronizaron con un hecho importantísimo fuera de nuestras fronteras: la invasión de Napoleón a la península Ibérica en 1808. Todo indicaba que el absolutismo español marcaba sus últimos días. Y si el rey de España estaba preso, ¿en quién se sostenía ahora la soberanía? ¿En quiénes descansaba el pacto de la gobernabilidad? Todos responderían a estas preguntas complejas: *en el pueblo*. De tal modo que ese año explotaba el problema de la soberanía popular en un momento en el cual las

colonias quedaban acéfalas por la prisión del príncipe de Asturias. Si el rey estaba en cautiverio, entonces era la oportunidad de ensayar un camino propio, un sendero auténticamente republicano. Como se puede inferir, para comienzos del siglo XIX ya estaban dadas las condiciones externas e internas para la Independencia de Venezuela y de toda Nuestra América.

La agitada vida de Bello en Caracas reflejaba de manera contundente la crisis del nexo colonial aludida. El enfrentamiento vedado o público entre criollos y peninsulares era parte del termómetro de una sociedad en plena convulsión. Si la situación se caldea cuando en mayo de 1808 Napoleón en Bayona les arrebata la corona a los Borbones, será un año después que, con la llegada de las nuevas autoridades, todo augure un cambio también de amos. Tanto el capitán general Vicente Emparan como el intendente de Hacienda y Marina Vicente Basadre, constituyen una clara señal de que el panorama está muy turbio. Del lapso que va desde la navidad de 1809 hasta marzo de 1810 las contradicciones sociales, étnicas y políticas se acrecientan con el agregado de una oleada informativa nada halagüeña para la moción usurpadora. Arrestos, redadas y encarcelamientos son comunes como expresión concreta del enfrentamiento de dos modelos: uno que pulsa por seguir con el lastre de la metrópoli, y otro que quiere destrozar –con el martillo de la razón– los hierros que los atan a la España monárquica.

Es en ese marco que el 1 de abril de 1810 Vicente Emparan devela una rebelión militar promovida desde la Casa de la Misericordia, que tenía como propósito deponer a las autoridades españolas e instaurar un nuevo gobierno en la ciudad de Caracas. Desde el cuartel de los Granaderos de Aragua liderado por los Toro se pretendía sumar al complot a las milicias de Valencia para derrocar al capitán general y su alto mando. Al final no prosperó la intentona y fueron apresados sus líderes más visibles. Es en el contexto de este movimiento de talante independentista que contaba con la participación de pardos y mantuanos de la capital, que Andrés Bello pasa injustamente como un delator.

Todo comienza con el hecho de que Ignacio Xavier de Uzelay, conjuez y comisionado de la Real Audiencia, obligó a comparecer al castillo de Puerto Cabello el 26 de octubre de 1812 a un reo llamado

Diego Jalón. Este olvidado oficial de Artillería del rey, quien fuera apresado por Domingo de Monteverde, confesó que Andrés Bello estaba al tanto de lo planificado ese primer día de abril y que él en persona –entiéndase Jalón– le había recomendado al pedagogo que elevara la denuncia al mismísimo Vicente Emparan.

Y así Vicente Dávila, a la luz de los descubrimientos documentales de su hora, ayuda a despejar la incógnita:

> Tal fué el hecho que tomaron los historiadores realistas Urquinaona, Torrente y Díaz, y luego repitieron los patriotas para calumniar a Don Andrés Bello. Por lo declarado antes se ve que este no hizo otra cosa que participar, y eso con alguna demora, como empleado de Gobierno de Emparan, lo comunicado por un oficial del cuartel de la Misericordia. Pero desconocida esta declaración por los historiadores, puesto que hoy se publica por primera vez, y muerto Jalón en Junio de 1814, la noticia la tomaron de Emparan que la supo por la comunicación del oficial de su Secretaría. Los realistas falseando el concepto, o con el ánimo avieso de calumniar al ilustre caraqueño, o simplemente creyendo era conocedor de la Revolución, puesto que a raíz del 19 de Abril tomó parte en ella, le llamaron delator.[148]

Distintos testimonios como los de Antonio Guzmán, José Martín Barrios y Benito Ochoa, todos testigos de excepción de los hechos relatados, redundan en la misma idea: no fue Andrés Bello quien acusó ante los colonialistas los planes insurreccionales de los revolucionarios. Pero lamentablemente muchas veces la injuria puede más que la verdad.

EL LIBERTADOR INTELECTUAL

¿Cuál debe ser el papel del historiador en un ambiente cultural donde predominan interpretaciones que tributan con la vergüenza étnica o nacional? ¿Debe valerse el intelectual de personalidades como la de Andrés Bello que su sola invocación contribuye a engrandecer el espíritu colectivo? En tal sentido, los juicios de Augusto Mijares (1897-1979) son indudablemente reveladores.

148 Vicente Dávila, *Investigaciones históricas*, p. 74.

Pero antes pongamos las cosas en contexto. Lanza en ristre le tocó llevar a Augusto Mijares para defender desde su exigente oficio los valores encubiertos de lo que él entendía como *venezolanidad*. El obstáculo mayor era desvanecer creencias generalizadas –y respaldadas por afamadas firmas– que desdecían sobre nuestras realidades domésticas al ser ponderadas por referentes culturales de otras latitudes.

Después de la muerte Juan Vicente Gómez estalla un gentilicio hambriento de justicia, además de un pensamiento nacional que busca agitadamente sus propios arroyos. Se trata del primer tercio del siglo XX, cuando las ergástulas gomeras estaban frescas, que la reflexión general también se rebela. Su hábitat natural era el taller, la Universidad y las agrupaciones políticas emergentes que se sentían llamadas a conducir el rumbo del pueblo venezolano. Dejar atrás la explicación organicista era faena ardua. La convicción de ver la sociedad como una estructura viviente sometida a etapas de desarrollo y leyes inexorables de progreso social, con «razas» hijas de la herencia y el medio geográfico, pasaba por revaluar nuestros estudios históricos nunca desvinculados de nuestra compleja espiritualidad. En Venezuela el positivismo fue *sui generis*, acrisolando una gama de filosofías refractadas y a veces de postulados discordantes. El positivismo fue concebido como «renovación del saber», una «mundividencia» que tuvo vara alta en las academias desde los gobiernos de Antonio Guzmán Blanco alcanzando su esplendor en el gobierno del déspota de La Mulera. Pero su apego al postulado de «contar los acontecimientos tal como sucedieron», el uso del método experimental, la impronta eurocéntrica; en fin, al adscribirse a los presupuestos epistemológicos de las ciencias naturales, todo ello condujo al pesimismo trascendental que terminó justificando la tesis del Gendarme Necesario. Por lo menos en uno de sus célebres representantes: Laureano Vallenilla Lanz. En ese hervidero de ideas, la Historia, en algunas voces autorizadas, cobraba inusitada importancia.

Así, para Augusto Mijares la Historia no será admitida como una reláfica sosa del pasado, mucho menos aún como herramienta de lo indecible, ni lenitivo de conciencias, sino como

vehículo para amar a la Patria, vigorizar la nacionalidad y tantear lo reciente para prepararnos para el porvenir.

¿Y por qué no buscar en los héroes ese bálsamo que nos entusiasme y dignifique para acabar con el apotegma de que en Venezuela no germina nada bueno? Para Mijares era imperativo que el discurso histórico, con su carga didáctico-moralizante, fuera una narrativa que emocionara y afirmara lo mejor de cada uno y de todos a la vez, sin hacer concesión con la farsa, la cursilería y la impostura. Y si el Hombre de las dificultades[149] es –con Francisco de Miranda, a decir de Mijares– un símbolo por excelencia de la Independencia, Andrés Bello es *la justificación moral e intelectual* de la misma.

En esto es testarudo el historiador venezolano: si bien en Miranda descansa la paternidad doctrinaria de América, hermoso plan pergeñado en utópicas constituciones; si bien en Bolívar se materializa el estadista de «visión aquilina», hombre constante que lidia por el diseño de un mundo posible; es Andrés Bello –simultáneo artesano de la proeza de los bienhechores– el actor fundamental de una «empresa civilizadora».

Para Mijares en los hombros de Bello descansa la hercúlea misión de la Independencia, no solo entendida como el rompimiento de las cadenas extranjeras, sino también como disolución de su pensamiento y sus sistemas de valores. Bello exhorta a quitarnos las vendas de los ojos, a no ser plantas exóticas. Llamado animoso y poco demagógico que hace aquilatar a un Bello que perdió tanto en la guerra como el más valiente de nuestros generales o el más humilde de nuestros lanceros. Y pregunta Mijares si no tiene mérito quien ya había hecho aportes inconmensurables en el idioma, en el Derecho Internacional y en distintos campos del saber apreciados hoy no solo en América.

La cuestión era descifrar si estábamos confinados a ser remedadores de cuanto viniera de Europa, sobre todo de su ciencia, o de una vez por todas a dar el salto cualitativo contra toda

149 En su línea de pensamiento resalta la figura de Simón Bolívar alejada del panegírico, del ditirambo. Mijares, sin huir de la condición trágica del Libertador, explora y asienta su dimensión heroica. Bolívar es ese ser que no cede, que no vacila, que es fiel a sí mismo, que va contra la tiranía y el conformismo, contra los que se prostituyen o se acobardan.

pasividad e imitación servil. O sea, si no se destruía la dependencia cultural con los países que secularmente nos han sojuzgado, era imposible romper el nexo político, siempre más fácil de desandar. Hacer de la causa americana una causa justa era más confuso que quitarse de encima la espada y el cirial, era necesario tener una razón ética: era preciso *desmentirlos*, es decir, demostrarles que sí podemos andar sin tutelajes de cualquier índole. En tal sentido, Mijares asienta:

> Reclamar la Independencia y no saber qué hacer con ella podía ser la forma de fracaso más grotesca para nuestra América. Llamarnos naciones libres y no poseer la verdadera nacionalidad, la del espíritu, significaba reducir la Independencia al gárrulo jolgorio de San Juan, en las que ingenuos y lamentables manumisos olvidan que ni la tierra que pisan es suya, porque no la han sabido cultivar, que no es suyo su propio pensamiento; puesto que carece de originalidad, y que por igual su educación, su economía, su administración pública, y hasta el propio recuerdo de los héroes, no es sino una parodia frustrada de los que debía ser una nación verdaderamente libre.[150]

Por supuesto, gigantesca labor entraña un esfuerzo tesonero y sostenido que requiere una mirada de gran aliento, de larga duración decimos hoy. Y la orientación vital de Bello estuvo casada con esa máxima: la libertad es más compleja y exigente que el acto de la fuerza. De ser así, otro sería nuestro rumbo. No obstante, por más impugnable que sea esa Europa colonialista, como la causante de nuestras enfermedades, también posibilita pistas para nuestros remedios sociales. Ese recetario inscrito en el pensamiento liberal de su hora –la necesidad de una educación pública, de protección a los pobres, de cartas magnas realistas, de «república o nada»–, es agenda fundamental de la nacionalidad que irrumpía después de tres siglos de dominación. No entenderlo así es un anacronismo.

Y en esto el Bello de Mijares es proverbial: existe una Historia por descubrir que no va tras el relumbrón o del hombre de machete. Existe otro horizonte, tan admirable como el de las

150 Augusto Mijares, *La interpretación pesimista de la sociología hispanoamericana*, pp. 171-172.

charreteras, de aquellos que hacen la Historia sin hacer más ruido y sin salir nunca al balcón del reconocimiento social[151]. De esa estirpe es Bello. Un Bello que jamás dejó de amar a su país pese a no verter su sangre en alguna reyerta intestina:

> La leyenda, basada en la ignorancia o en la maldad, de que Bello dejó de querer a Venezuela, prosperó algún tiempo entre nosotros; así como la afirmación correlativa, e igualmente infundada, de que en Venezuela no se quería a Bello. De que el culto a Bello ha sido aquí y será siempre, minoritario, eso ni vale la pena mencionarse; la naturaleza de su obra y de su vida no permite otra cosa. Pero en fervor y continuidad, desde Juan Vicente González hasta nuestros días, solo en Chile ha sido excedido.[152]

Un Bello que murió exclamando su amor sincero al lar nativo, que tuvo una vida íntegra, que dejó un paso que trascendió el maniqueísmo ideológico de una historiografía que mal puso a uno de sus hijos más ejemplares, símbolo de fe, constancia y anhelo americano.

Tengamos pendiente a ese Augusto Mijares que nos exhorta sobre la vigencia de Andrés Bello, ponderado como un tenaz continuador de la faena de los libertadores, además de un pilar ineludible en la áspera brega de construir una nueva ciudadanía en la nación posgomecista donde se vocifera por todos los costados una aguda «crisis de pueblo».

UN SERVIDOR AMERICANO

¿La vida de Andrés Bello podría sintetizar una «condición venezolana» en cimentación, esa necesidad de ser que todavía

151 Esta es una idea neurálgica y constante en Mijares, la de acusar «dos tradiciones» en nuestro devenir como pueblo. Contraponía Mijares a los pensadores de los políticos. Si a los pensadores –donde él ubicaba a Bello– los calificaba de «trabajadores y reflexivos», a la otra fracción la asimilaba a la «audacia y garra». En el fondo era una crítica a la invisibilización de los héroes anónimos, civiles y maltratados muchas veces por sus iguales, y en la memoria colectiva. Sostenía Mijares, sin embargo, que Bello encontró en Chile la posibilidad de compaginar «el pensamiento a la acción pública». De allí su éxito en el exilio sureño.

152 Ob. cit., p. 179.

nos persigue? ¿Sus palabras pueden ser vivas sentencias, oportuno llamado? Arturo Uslar Pietri (1906-2001), a partir de su exilio forzado en la década militar de mediados del siglo XX, se empeña en responder –desde su insoslayable *Letras y hombres de Venezuela* de 1948– sendas interrogantes.

Primero lo primero. Bello fue un *rara avis*, amante, a la usanza de los sabios helenos, del saber por el saber mismo, y más allá, por el carácter emancipador que encierra toda comprensión. Al ser Bello un alma apasionada por descifrar el enigma de La Esfinge era común levantar la admiración de los «guardianes de *British Museum*» por su pertinaz asistencia al recinto y su afiebrada búsqueda de datos.

Bibliotecas plenas de clásicos griegos era su lugar predilecto, siempre transido por esa voracidad que lo llevó a distintos campos del conocimiento. «Las ciencias y las letras» conquistaron su espíritu desde matinales años y encontró a lo largo de su existencia, en estas dos ricas dimensiones, «placeres exquisitos», como confesará él mismo en su edad madura. *Gozo*, subraya Uslar Pietri, que abrevia un ardor pedagógico, una deslumbrante erudición y una curiosidad investigativa insaciable. Sin embargo, la provincial Caracas –su terruño antes de su etapa británica y chilena– divisaba en el robusto adolescente un futuro promisorio. Su fama de joven instruido, su rutilante actuación en tertulias, su desempeño como un temprano traductor, como eficiente funcionario, formaban una reputación en ascenso. Ya un temperamento disciplinado marcaba distancia de las improvisaciones muy corrientes de sus interlocutores.

Pero Bello no era un diletante, especie de cultivador de infecundos comentarios. Bello no fue un pasivo contemplador de formas preciosas, abstractas. Bello no fue tampoco un poeta atrapado en el limbo. Menos todavía un prosista elegante y vacuo. No. Bello fue un hombre situado en su hora, en sus entornos. Fue un hombre-circunstancia con todo lo que ello implica:

> Bello es, conscientemente, y no quiere ser otra cosa que, un hombre de América. Su americanidad es el rasgo más permanente y continuo de su pensamiento. Su tema es América, la audiencia a la que se dirige es americana, americanos son sus sentimientos y

> sus conceptos. El propósito de servir a América es predominante en su poesía, en su manera de entender la ciencia y sus aplicaciones, en su concepción del destino. El interés por la naturaleza, que tanto despertó en él Humboldt, es una de las notas básicas de su americanidad. Conoce las plantas, los animales, los climas, los fenómenos naturales de aquel mundo al que se ha consagrado con religiosa vocación.[153]

No obstante, fue en Chile donde emergió con más fuerza su profunda convicción americanista y fue en su discurso inaugural de la Universidad de aquel país austral donde expuso con claridad meridiana las bases cardinales de su credo.

Si bien Bello abrevó en el neoclasicismo y el romanticismo con un equilibrio magnífico, subraya Uslar Pietri, y si bien no negó ser tributario del pensamiento europeo más avanzado de la época, fue un defensor de un camino propio y aquí, insistimos, se encuentra su importancia superlativa. Un americanismo, que sin minusvalía alguna, deja constancia de su mixtura explícita, mirada acendrada en una postura entre lo que él consideró las formalidades improductivas de los neoclásicos y las ruines exageraciones de los románticos.

Bello dominó al dedillo a Horacio, a Virgilio, a Cervantes, a Lope de Vega, a Calderón, a Byron, a Scott, a Cooper, a Heredia, a Olmedo, a Cienfuegos, a Varela, a Hugo, a Schiller, a Goethe, entre muchos otros, pero no se quedó con ellos en una suerte de mimetismo estéril.

Barroco y romántico, reflexivo e intuitivo a la vez, Bello era sincrético y original. Todo un «eclecticismo del gusto» que compaginó con el interés de la ciencia a merced de un proyecto histórico adecuado. En ese sentido no deja de enfatizar Uslar Pietri, tomando palabras de Pedro Henríquez Ureña, cómo en su «Alocución a la poesía» (1823) Bello se erige –con este magistral poema que exhorta a dejar la «culta Europa» para buscar nuestro propio camino en el Nuevo Mundo– como el primero en exteriorizar el anhelo de la independencia intelectual hispanoamericana.

En Bello se compendia el propósito de levantar un sendero válido de las naciones procedentes del reventón de la ligadura

153 Arturo Uslar Pietri, *Letras y hombres de Venezuela*, p. 118.

ultramarina, ruptura que no debe explicarse como la salida rígida de un pensador lineal. Por eso, en el empeño de hacer Patria, Bello evitaba los extremos peligrosos: la completa emulación colonial o la radical eliminación de la herencia europea.

Consciente estaba Bello de que, pese a lo opresivo que fue metrópoli hispana con sus colonias, en esa oscura noche se dejaban ver hermosas constelaciones. También somos España y allí está parte de la audacia y complejidad de su reflexión. Por eso su propuesta del «justo medio» al momento de examinar nuestros pliegues culturales y espirituales. Por eso su pasión docente en la búsqueda de un horizonte posible y equilibrado:

> Didactismo, americanismo y romanticismo se tocan en su obra de un modo constante, y vienen a ser como el resultado de su manera de entender sus deberes de intelectual para con su gente y para con su tiempo. Estos rasgos le dieron la extraordinaria modernidad a su pensamiento en su época. Mientras los unos dogmatizaban en nombre de las reglas clásicas, como Hermosilla, y otros proclamaban la anarquía y el olvido del pasado y de toda regla, como Sarmiento, Bello trataba de armonizar lo que había de verdad en ambas posiciones extremas y se esforzaba por comprender y explicar las distintas formas en que los hombres habían extendido la belleza en los distintos tiempos. Esos mismos rasgos son los que le dan validez actual a su ejemplo y a su pensamiento. Él es el americano abierto a todo lo que viene del mundo, para recibirlo, sin servilismo, y adaptarlo a las necesidades de su gente.[154]

Bello en Uslar Pietri nos realza. Lo presenta como un orientador de su pueblo, un hombre que no especula, que no es un ideólogo en los términos más peyorativos, sino un creador, una inteligencia presta a todos, que crea y camina en el conjunto social con gran resonancia, que nos invita a ser lo propio sin mezquindades ni egoísmos. Toda una clave de la que se vale Arturo Uslar Pietri para un futuro ensayo democrático que debía edificarse en Venezuela una vez superada la regresión dictatorial que se enseñoreaba por nuestros predios y del cual él había sido protagonista de primera fila.

154 Ob. cit., p. 131.

UN CIUDADANO CON TEMORES

¿Qué busca la Historia comprender o juzgar? ¿Cuánto ha pesado el mote de «traidor» en la figura de Andrés Bello? Es parte del dilema que aqueja a Mario Briceño Iragorry (1897-1958) a comienzos de los años cincuenta de la centuria pasada.

Por supuesto, ya el autor de *Mensaje sin destino* había asentado que la Historia es una columna vertebral para emerger de nuestra «crisis de pueblo». También, con martilleo obsesivo, en sus limpios escritos, había defendido la gran función social de la Historia, como toma de conciencia para el progreso colectivo. Del desconocimiento del pasado, nos dice, heredamos la incomprensión del presente; por añadidura, más que una disciplina científica y literaria, la Historia es una disciplina moral. Su noble propósito está consustanciado con la formación cívica de las mayorías, le explica al ciudadano común cómo el estudio del pasado marca el ritmo de su compromiso contemporáneo. Más que un saber petrificado, la Historia es «balance del tiempo», inventario que no tiene que reflejar solo los traumatismos del desarrollo social que nos dan la impresión de que no hay nada valioso a ser destacado en nuestro devenir como pueblo. Visto así, nuevos surcos abrían el «caso de Bello», entendido como un personaje de nuestros anales acerca del cual se guarda mucho silencio.

Refiere Mario Briceño Iragorry que gracias a la diligencia de una joven investigadora, quien pesquisaba materiales diversos con fines académicos en el Archivo General de la Nación de Venezuela, dio con una polémica carta enviada por Andrés Bello a la Regencia. En esta pieza fechada en junio de 1813 prácticamente el Maestro se «lavaba las manos» sobre la causa emancipadora.

Ha sido este documento –en gran parte– el promotor de la caída en desgracia de Andrés Bello para la historiografía nacionalista y por ende, en el imaginario de algunos venezolanos. Reza la misiva enviada por Bello desde Londres a la máxima autoridad española que él no fue partícipe de «los desgraciados acontecimientos que ocurrieron en aquel país»; de igual modo, recordaba Bello su pasado como empleado de la Capitanía General de Venezuela bajo la rectoría de Manuel de Guevara Vasconcelos, Juan de Casas y Vicente Emparan, respectivamente. Añadía Bello no ser

agitador de las transformaciones políticas de aquel año definitivo, ni haber jugado un rol estelar en las «tramas que precedieron la revolución». Afirmaba, seguidamente, que si bien se plegó a los actos de 1810, era porque además de la crisis en la península Ibérica debido a la invasión napoleónica, en el Acta redactada el histórico Jueves Santo se dejaba claramente expresa la adhesión a Fernando VII. Alegaba a su favor lo *moderado* de sus opiniones públicas y notorias, aspecto que se sumaba a lo obvio: no haber ejercido cargo alguno después de la Declaración de la Independencia dos años atrás. Suplicaba así Bello por su amnistía, por la clemencia, y por el autorización «para regresar a cualquier parte de los dominios» españoles.

Como se ve, estas líneas son testimonio de que el sabio imberbe tuvo una especie de «salto de talanquera» anticipada, cuando todo parecía indicar que la opción americana daba señales de descalabro. ¿Esto lo convierte en «traidor»? ¿Tal suposición no puede ser un simplismo peligroso, reflejo de una historiografía patria que reduce todo a un relato de «buenos» contra «malos» en una hora tan convulsa como la Independencia? ¿Acaso existió un solo Bello o un solo Bolívar o un solo Miranda?

Advierte Briceño Iragorry que Bello comulgó más con los estudios que con la candente política, y que si bien integró la misión diplomática de 1810 con Simón Bolívar y Luis López Méndez, su escogencia no fue enteramente por su identificación partidista, sino por su preparación técnica, habilidades y destrezas que había adquirido en su ejercicio al servicio de los mandos coloniales.

Si bien causa asombro, sorpresa y hasta desaliento esta carta de Bello –enfatiza Briceño Iragorry– no es mero recurso retórico caracterizar esa fugaz Primera República para tratar de justificar su proceder. Recuerda el escritor trujillano que ese julio de 1812 se ahogó en sangre el ensayo político incipiente, que desde el terremoto hasta el incumplimiento de la voz empeñada por Domingo de Monteverde, pintaba un panorama desolador. Esto sumado a deserciones, crisis económica, campañas difamadoras, un clero en contra, la pérdida de Puerto Cabello, los reveses militares, las mazmorras contra los patriotas, y un largo etcétera, creaba toda una atmósfera dantesca. Si la Capitulación de San Mateo se hubiera

respetado, sigue Briceño Iragorry, quizás otro fuera el paisaje del conflicto, y en ese marco de inseguridades se movía el joven Bello. Pero esta calamidad se multiplicaba en la gélida capital británica en la cual las informaciones llegaban confusas y se aseguraba el regreso al monarquismo. ¿Qué le deparaba a Bello? ¿Y qué creería este hombre de letras y libros, de musas y elucubraciones, más apolíneo que dionisíaco? Lo previsible: ¡que todo se había perdido!

En tal sentido, alega Briceño Iragorry, que Bello fue honesto desde el principio. No traficó con los secretos de los patriotas, ni tampoco se remató al mejor postor a los colonialistas. No traicionó amistades ni confianzas, ni hizo demagogias, ni falsos testimonios. Si algún pecado tuvo Bello fue su «ingenuidad»:

> En su escrito nada renuncia. Nada reniega. Su republicanismo se formará más tarde. Cuando España lo desatiende y su espíritu comienza a luchar abiertamente con el destino, entonces América empieza, también, a tomar forma descomunal en su conciencia. A medida que la sangre entinta los ríos y el fuego devora la riqueza de las viejas Indias, Andrés Bello va sintiendo en Londres cómo crece su sensibilidad americana. En el Viejo Mundo se sabe representante de la vieja cultura que busca adecuado pulimento para sus símbolos libres. Ya el suyo no es el orden de la sumisión impuesta. El suyo es el orden que parte del mundo interior disciplinado para la libertad y la justicia.[155]

Y aquí viene una de las tantas paradojas que afloran en la Historia y permiten jugar a los supuestos: si España toma la palabra de Andrés Bello, lo indulta, lo perdona, ¿qué hubiera sido de nuestro Americano Ilustre? Aquel que, en un momento cuando el martirio estaba a la orden del día, temió por su vida como cualquiera de nosotros en un trance similar. ¿Qué hubiera pasado?

EL MARCADO POR CLÍO

¿En qué magnitud encontró Andrés Bello en el discurso histórico un cauce de la nacionalidad? ¿Dónde se sació el eximio intelectual para la configuración de sus atisbos historiográficos? Las respuestas sugerentes que proporciona Mariano Picón Salas

155 Mario Briceño Iragorry, «La integridad de Bello», p. 365.

(1901-1965) en la Caracas de 1957 conforman un reto. Y este no es un dato decorativo: cualquier examen del sabio no puede soslayar su contribución en la comprensión de la Historia, faceta poco conocida del afamado filólogo y diplomático. Así, Picón Salas no dejaría –como otro hijo adoptivo del país de Francisco Bilbao– de ponderar a su paisano, referencia obligada de los venezolanos que decidieron hacer de Chile su segunda Patria o lugar de formación.

Respetando las etapas convencionales del curso vital de Bello, resalta el ensayista merideño la formación intelectual y la «cultura histórica» del caraqueño. Más allá de lo que tradicionalmente se cree, en la vasta biblioteca de Bello los textos históricos fueron tan preponderantes como los libros de Gramática o Derecho. Tucídides, Tito Livio, Tácito, Macauly, Michelet, Vico, Voltaire, Herder, Burke, Savigny, Guizot, Niebuhr, Thiers, Louis Blac, Prescott, Tocqueville, Barante, Thierry, Sismondi, entre otros, sin desconocer las revistas y periódicos de su época, dan fe de un quebranto que lo acompañó perennemente. Y si estas proteicas fuentes del saber las enmarcamos en un período cuando esta ciencia alcanza niveles de desarrollo nunca vistos –recordemos que a la centuria del decimonono se le llama «el siglo de la Historia»–, entonces, develamos la envergadura de la disciplina emergente en la visión del mundo del ilustrado. De esta interesante aseveración da testimonio la huella historiográfica de Bello en el *Repertorio Americano*.

Picón Salas es reiterativo: a lo largo de su formación chilena Bello hizo gala de un profundo conocimiento histórico, encontrando en su análisis de la obra de Martín Fernández Navarrete, aspectos luminosos. Con cierta «gracia estilística» y «un pintoresquismo casi conversacional» Bello asume una actitud crítica sobre el sistema colonial español, desde el mirador de una conciencia criolla en irrupción. Adoptando un enciclopedismo propio, sin abandonar la tradición clásica, Bello siempre tuvo una pasión por su entorno inmediato que no comulgó con la guerra fratricida.

Inciso especial se debe hacer de sus disputas en el país sureño, primero, contra su discípulo José Victorino Lastarria y

posteriormente, contra Jacinto Chacón. En síntesis, en ambas discusiones se ponen en evidencia las advertencias de Bello en el instante de escribir la Historia, recomendaciones que nos dan las llaves para aprehender su arsenal teórico. Si en Lastarria amonesta Bello su liberalismo etéreo, generalizante y jacobino que obvia «el interés revelador del detalle histórico»; en Chacón encuentra un incauto racionalismo que no aguanta el examen del «interés fáctico de cada Historia». Mientras en Lastarria observa Bello que abundan términos abstractos que olvidan las «costumbres domésticas» que también son Historia; en Chacón divisa gazapos y arrebatos ideológicos pueriles para comprender situaciones contemporáneas. Y ello sin contar las idealizaciones de Lastarria y Chacón a la hora de aquilatar las Constituciones como «almas de los pueblos» y no al revés:

> A la Historia neoclásica y racionalista le hubiera bastado el discurso sobre los sucesos y las conclusiones lógicas que se quisieran ver en ellos; para Bello toda noticia expresa, además, un testimonio psicológico, lingüístico, y quizás estético, de definido valor. Historicistamente [sic] para él (y esto lo diferenciaba de Lastarria) el conocimiento del pasado no estriba en someter a un esquema racional de deliberadas premisas lo que aconteció antes de nosotros, sino apartarse de todo pre-concepto y penetrar en los hechos en su prístina peculiaridad (…) La demasiada cautela interpretativa que le censuran a Bello, Lastarria y Chacón, no se debía tan solo al culto fetichista del documento por el documento, sino a la previa necesidad que tiene el historiador de prevenirse de «los perniciosos efectos de la superstición y el entusiasmo» y confrontar su criterio con el de otros. ¿Por qué interponer siempre entre el suceso lejano y el espectador contemporáneo el juicio o la conclusión ya hecha, y no permitir la aventura de conocerla directamente en su más remota noticia?[156]

La influencia anglosajona –con la filosofía empirista y el utilitarismo a la cabeza– fue un hito en la existencia humanística de Bello. Su proximidad a James Mill y a Jeremías Bentham, entre otros, expresa su acercamiento y en parte adscripción a las doctrinas filosóficas de estos notables de un clima intelectual

156 Mariano Picón Salas, «Bello y la Historia», pp. 485-486.

prolífico. También de David Hume se alimentó Bello, acota Picón Salas. Y así se va perfilando en Bello una especie de historicismo con visos románticos partidario de un apacible evolucionismo que nunca abandonó: «Y queda para sus biógrafos la interpretación psicoanalítica de por qué este hombre que había sentido en carne propia la desgarradura de las revoluciones; que víctima inocente de ellas, padeció en Londres tantos años de penuria y suma escasez, prefiere a los cambios radicales la tranquila marcha de los tiempos».[157]

Bello se presenta alejado del carácter sangriento de la Historia. De igual modo, Bello se muestra como un genio creador de vastas implicaciones historiográficas a tono con la modernidad.

UN SÍMBOLO EDUCATIVO

¿En nuestro país la educación ha cumplido su razón de ser? ¿Por qué tanto abandono de los venezolanos de Andrés Bello? nos interpela entre el reclamo y la vergüenza Ángel Rosenblat (1902-1984) en los vertiginosos años sesenta; década signada por la explosión juvenil, las revoluciones a la vuelta de la esquina y las polémicas renovaciones universitarias.

Se decía Rosenblat partidario de la educación universitaria gratuita, pero plena de jóvenes responsables que no vegeten *parasitariamente* en el campus académico pagado por «la clase trabajadora». Era amigo de revaluar el término «autonomía», que no era la esencia de la universidad sino un medio más que un fin en sí mismo. Mucho menos la extra-territorialidad. Sostenía Rosenblat igualmente que se requerían reformas profundas en todos los niveles del sistema educativo, con «autoridad y disciplina», en las cuales se valore, como otrora, el papel jugado por los docentes.

El clamor de Rosenblat pudo tener orígenes múltiples: el dolor del transterrado, la tristeza de la ausencia, la pasión por la enseñanza, el desconsuelo por un pobre país rico o la culpa por no aprovechar los venezolanos –él era uno pese a su procedencia polaco-argentina– las potencialidades que tienen. Queja que no llamaba a la inacción, sino al contrario, a la puesta en marcha con

157 Ob. cit., p. 472.

realismo de un cometido positivo. Por ello era taxativo: al educador que eduque y que no siga justificando su inopia en las condiciones sociales o familiares del estudiante; que como agente social el educador logre avivar en los más pequeños la lengua como fuerza generadora del pensamiento; que la escuela sea un centro para el ejercicio de la comprensión y la iniciativa, advirtiendo que es la superación permanente, en un ambiente estimulante pero exigente, la misión última de una formación liberadora.

Como docente y escritor su verbo –a veces acusado de conservador y hasta de reaccionario– desmitificaba a la muchachada, a quien le exigía, sin tanta extravagancia, tareas más sencillas, pero efectivas. Por ejemplo, que aprendiera a escribir y leer bien, por lo menos. Entendiendo que aprender a leer no es aprender gramática.

Ya como filólogo, su compromiso cobra mayor nombradía. Siendo un defensor a ultranza de Andrés Bello, Rosenblat no deja de herir susceptibilidades.

En octubre de 1965 se conmemoraba un siglo de la desaparición física de Andrés Bello y Rosenblat se interrogaba sobre la «popularidad» del Maestro. Si bien reconocía Rosenblat cómo en universidades de otros países (Francia, Inglaterra, Alemania, Suecia) se ofrecían «actos académicos» resaltando la obra del insigne venezolano, nos preguntaba –a pesar de que en nuestro país también fue homenajeado– por qué Bello sigue siendo un «desconocido». Y se apresura a responder la acuciante cuestión.

En primer término, la «lejanía». El huracán transformador de 1810 lo aventó a Europa en busca de ayuda para la causa emancipadora, y las distintas circunstancias lo obligaron al destierro; extrañamiento del cual no se ha librado, hasta el punto que en muchos círculos intelectuales, incluso, Bello es tenido como un ciudadano chileno de pura cepa.

En segundo término, «una intriga desdichada». Su fama como delator prendió rápido en una época de bandos. En una hora de polarizaciones acompañada de la rutilancia de Simón Bolívar, muchos interpretaron que los posibles desencuentros personales entre los dos grandes hombres eran por causas políticas e ideológicas. Lo cual no era cierto, el Libertador gestionó sus oficios

en Colombia para sumarlo al gobierno, reconociendo en todo «la superioridad» de ese caraqueño de su misma edad.

En tercer y último término, el tenor de su personalidad y la ecuanimidad de su aporte. Bello era enemigo del efectismo, de la estridencia que a veces se activa en trances bélicos. Reposado, pensativo, de contribuciones que se estudiarían posteriormente, hicieron creer a algunos que Bello era un simple hombre de gabinete, un teórico químicamente puro. Error. Desacierto que lo persigue.

No obstante, Rosenblat tiene fe en que pronto calará su imagen justa en las mayorías:

> Sin embargo, hay en el conjunto de su obra valores suficientes como para acercarlo al alma de su pueblo. Bello fue un humanista. Es decir, una de esas figuras que, partiendo del latín y del griego, quisieron comprenderlo todo: las leyes que rigen el mundo natural y físico y los movimientos de los astros, los principios de la convivencia social y de la armonía de las naciones; los fundamentos de nuestro sentir y de nuestro pensar; la estructura de la oración gramatical y los secretos de la versificación. Y junto con su ingente labor de enciclopedista, poseía el don poético, que lo llevó cantar la naturaleza americana, a expresar los sentimientos más puros y traer a nuestra lengua, en limpio verso castellano, preciadas páginas de Pope o de Byron, de Víctor Hugo o de Lamartine, de Petrarca o de Boyardo, de Horacio o de Virgilio, con amplia libertad interpretativa.[158]

Qué sea el propósito de Andrés Bello educar ya reitera cómo la cultura popular era su idea cardinal, apunta Rosenblat. Pero esa cultura popular se alimenta dialécticamente de otros legados universales. No tiene por qué haber separaciones. Donde lo hermoso y lo justo, los sentimientos y la razón vayan de la mano, como la noche y el día.

Porque reconciliarnos con Andrés Bello es *convertirlo en símbolo del mejoramiento de nuestra educación, de nuestra elevación cultural.* Tal vez al aceptar padres y maestros que la lengua es más que trasmisión de mensajes, pueda ser un buen comienzo. Lo

158 Ángel Rosenblat, *La educación en Venezuela*, pp. 117-118.

que nos dice con urgencia es que rescatemos las «humanidades» de nuestra formación escolar, disciplinas generalmente concebidas como fastidiosas, inútiles y extenuantes. Entonces, es posible que el pedimento de Ángel Rosenblat tenga un mejor final. Es posible.

EL UNIVERSITARIO MODERNO

¿Hasta qué punto puede la Universidad sembrar ideas revolucionarias en un ciudadano despierto? Pese al carácter conservador de la Universidad capitalina, ¿en Andrés Bello hubo una ruptura, una especie de puerta franca a la necesidad emancipadora? Dudas nada fáciles que trató de despejar Ildefonso Leal (1932-2015) en el marco del Primer Congreso Bicentenario realizado en la Fundación La Casa de Bello, en la Caracas de 1979.

Comienza el historiador venezolano contextualizando los años finales del siglo XVIII. Lo más notorio es la falta de transporte, medio exclusivo para las autoridades eclesiásticas, los principales y los políticos de altas responsabilidades. Esos ostentosos coches tirados por caballos se desplazaban por calles estrechas de poquísimas luces, eran lugares donde con cierto letargo asistían los vecinos ocasionalmente a algún jolgorio. Las conversas familiares, las celebraciones religiosas, las procesiones en la Semana Mayor y los paseos domingueros por el cristalino río Guaire, constituían los acontecimientos públicos más significativos. Socialmente la Provincia de Caracas o Venezuela –que no excedía las cuarenta mil almas– se caracterizaba por el racismo y la exclusión. Vivía Bello en una ciudad que al decir de José de Oviedo y Baños la «escogió la primavera para su habitación continua», paraje de clima bondadoso propicio para el envite y el azar, y para la lectura de «libros piadosos» bajo la mirada excomulgadora de la iglesia católica.

Fue en este ambiente provinciano en el que Andrés Bello, de extracción social humilde, comenzó su formación intelectual. Su padre, Bartolomé Bello, era un oficiante que pendulaba entre la música y el Derecho, aspecto que permite inferir el gran estímulo cultural que había en su núcleo familiar. Una vez cerrado el ciclo de primeras letras –y con el anhelo callado de sus progenitores

de que su hijo fuera militar, comerciante, sacerdote o académico– Andrés Bello se matriculó en la Real y Pontificia Universidad de Caracas. Al ser una sociedad cerrada, con poca movilidad social ascendente vertical de los grupos oprimidos, era común que en esa Venezuela, como en el resto de Hispanoamérica, las aulas universitarias fueran cotos exclusivos para hombres de «tez blanca». Digamos que únicamente los pudientes y aquellos sin sospecha de sangre mestiza, gozaban del privilegio del saber. Este duro abismo legal, racial y económico se va a mantener a lo largo de una centuria, desde la fundación misma de la Universidad en 1721 hasta la reforma bolivariana de 1827.

Además, a Bello le tocará asistir a una institución saturada de latín y teología, profusamente escolástica, pese al esfuerzo soterrado que hacían voces avanzadas, siempre bajo la sujeción de los cultores del tradicionalismo:

> Andrés Bello pudo evidenciar que en la Universidad pugnaban dos tipos de catedráticos: los que se empeñaban en mantener la institución dentro de los más rancios límites del pensamiento aristotélico-tomístico, sin innovaciones en el aprendizaje, apegada a la gramática latina de Nebrija, a la teología de Juan Bautista Gonet y Francisco Larraga, y a las Decretales de Gregorio IX; y otro sector docente progresista que clamaba por amplias reformas para injertar en el cuerpo adormecido de los claustros las últimas conquistas de la ciencia experimental con los descubrimiento de Kepler, Newton, Bacon, Volta, etc. Este sector minoritario de profesores ilustrados (Marrero, Juan Agustín de la Torre, Alejandro Echezuría, Felipe Tamariz, etc.) oponía a la arcaica memorización del latín el aprendizaje del castellano y de los idiomas modernos; a los trajinados y vetustos tratados teológicos, las más audaces obras de matemática, química, física, mineralogía y botánica; a los clásicos manuales de Santo Tomás y Aristóteles, los modernos textos científicos de Chaptal, Nollet, Tosca y Musschenbroek; a las nociones envejecidas de la escolástica, las audaces concepciones de Locke, Condillac y Verney; a la mecánica práctica de Cullen, Piquer, Francisco Solano de Luque, Boerhaave, Gazola, etc.[159]

159 Ildefonso Leal, «Andrés Bello y la Universidad de Caracas», pp. 561-562.

Vientos de cambios se experimentaban no solo en la vida política de la hora, sino en las mentalidades. Mutaciones profundas que encontraron en su correlato la brillantez de algunas personalidades que, como el mencionado Juan Agustín de la Torre, exhortaban a la reactivación de la industria y al progreso de la agricultura, mientras que la anquilosada organización estaba más pendiente de la partida de bautismo y la limpieza de sangre[160] del estudiantado.

No obstante, pese a las restricciones, Bello tuvo contacto con el pensamiento más adelantado de su momento, en el cual el racionalismo y el empirismo le ganaban la partida al escolasticismo medieval, escribe Leal:

> Al abandonar la Universidad en junio de 1800, Bello permanecerá diez años en su solar caraqueño dedicado a la poesía, a la historia y al duro trabajo de empleado de oficina. La muerte de su padre, el abogado Bartolomé Bello, ocurrida en 1804, sumió a la familia en la pobreza, al punto que su madre doña Ana López se vio forzada a suplicar una pensión del monarca. Para sostener a su progenitora y a sus numerosos hermanos, Andrés Bello interrumpió sus estudios universitarios, buscó colocación como escribiente en la Gobernación de Caracas, pero siguió atesorando libros, perfilando ideas y robusteciendo su talla de humanista.[161]

Andrés Bello no concretó por razones distintas sus estudios medicinales, pero fue persistente en su inclinación intelectual. El

---

160 Término que se utiliza para designar la demostración de no tener antepasados penados por algún delito. Esto se entiende como el procedimiento que certifica ningún antecedente ciertamente reprochable por los poderes instituidos. En tal sentido, la limpieza de sangre fue un instrumento legal de segregación hacia las minorías, inicialmente. En la España del antiguo régimen se implementó contra cristianos cercanos a judíos y musulmanes. De allí que, todo aquel que ambicionara entrar en instituciones específicas o gozar de un título determinado, debía demostrar que descendía de auténticos cristianos. Una vez concretada la invasión y colonización a Nuestra América muchos de estos prejuicios –además de sociales y económicos– se usaron como mecanismos justificadores del rey para impedir la emigración a estos territorios. Mediante la discriminación religiosa o étnica –ser «hereje», negro o indio, por ejemplo–, buscaba penalizar cualquier herencia considerada vergonzosa. También sirvió para la dominación de peninsulares sobre los otros grupos e incluso, criollos. La limpieza de sangre fue el pretexto perfecto para legitimar la subordinación, el vasallaje, las encomiendas y la esclavitud en las colonias de ultramar.

161 Ob. cit., p. 575.

universo de las letras le debe mucho a Andrés Bello. Su legado es sinónimo de una exhaustiva, enjundiosa y perspicaz obra. Sus trabajos enciclopédicos, sabios, metódicos, dan prueba de ello, de su renovada erudición. Su apurado tránsito por la Universidad de Caracas le sirvió de mucho al futuro Maestro: direccionar sus intereses, incrementar sus conocimientos, alimentar su mente con fuentes emergentes y ver de cerca la reaccionaria educación superior venezolana de su época.

EL HUMANISTA LIBERAL

¿Se puede tener a Andrés Bello como un humanista? De ser un humanista ¿en qué se distingue de tantos que han sido calificados de ese modo? Satisfacer ambas dudas resume las preocupaciones permanentes de Pedro Grases (1909-2004), quien ya desde los años cuarenta del siglo XX le había adjudicado este epíteto al Maestro caraqueño, haciendo un largo exhorto sobre la naturaleza polisémica del término *humanismo*.

El humanismo de Andrés Bello no es el humanismo renacentista. Reducirlo así es un desacierto garrafal. Otros contenidos están en juego que echan por tierra ese error conceptual. «La razón y causa vital» del humanismo bellista es muy diferente del cultivado por los pensadores del siglo XVI, debido a que sus «bases culturales y de tradición» son prohijadas por una realidad inédita. En esta idea se halla el *quid* del asunto que explica Grases: el humanismo de Bello es un quiebre paradigmático con el humanismo renacentista porque implica el principio histórico-antropológico del hombre americano.

Atendiendo a relaciones tempo-espaciales *sui generis*, el siglo XIX pedía a gritos una nueva lógica paridora de ensayos republicanos específicos en conjuntos societales con taras seculares. Se trataba de la demanda natural de un pensamiento –si bien vinculado con las herencias europeas– que fuera capaz de regular y normar el funcionamiento de Estados nacionales incipientes. Consciente de la ingente misión estaba Andrés Bello, quien una vez al pisar tierra americana dejó atrás las cogitaciones profundas y puso sus oídos en la heredad de sus mayores:

> Hay real grandeza en esta renuncia a las investigaciones de alta especulación científica, erudita, en la filología de las culturas clásicas y en los testimonios de cultura medieval, al sustituirlas por la tarea de enseñar y escribir sobre las disciplinas que necesitaban los nuevos Estados. Su magisterio oral comenzado apenas llegó a Santiago de Chile y su obra escrita, desde los tratados y compendios hasta su constante colaboración periodística, tienen un claro objetivo: educar a las generaciones que quisieron escuchar su palabra de mentor de los intereses espirituales de las personas y las comunidades. No de otro modo podríamos explicarnos la transformación que experimentan sus preferencias. Inicia inmediatamente en Chile su obra poligráfica, en lo que hoy contemplamos como pasmosa obra de educador. El mismo se adentra en el estudio y dominio de los problemas jurídicos planteados por la organización de un Estado. Bello, que no había cursado lecciones de Derecho, se convierte en legislador y codificador del ordenamiento legal de Chile, y desde Chile influye admirablemente en las otras repúblicas hermanas. Su actividad de jurista, de la que no había dado señales antes del retorno a América, forma la mayor parte de sus escritos.[162]

Educar a sus semejantes se tornaba la acción perentoria. Enseñar civilidad, diplomacia, administración, como instrumentos de conducción de los pueblos, antes colonias hispanas, se transformaba en su nueva fe.

Andrés Bello fue un «hombre de pluma, meditación y análisis», conocedor en profundidad de la herencia latina, del griego y su literatura, de los clásicos españoles del Siglo de Oro, de las letras románticas, «empapado su espíritu en la nobleza de la causa de la libertad»; todos estos factores convierten al ilustre caraqueño en un «humanista representativo de una nueva concepción de la cultura».

Pero el humanismo de Bello, insiste Grases, es *liberal*. Es decir, es una doctrina que busca erigir las sociedades americanas fortalecidas en sus identidades, en la justicia y en la libertad. Si bien el humanismo renacentista mira hacia el pasado, el propugnado por Bello apuesta al futuro:

> El contraste más flagrante entre el humanista del Renacimiento y el humanista liberal americano está en el ámbito en que se

162 Pedro Grases, *Escritos selectos*, pp. 121-122.

> produce. El hombre del renacimiento elabora sus obras en el recogimiento del cenobio o en el silencio de su gabinete de trabajo, en tanto que en América se crean las formas de cultura, casi diría al aire libre, de cara al horizonte abierto que ofrecen naturaleza y gentes en espera anhelosa de un mensaje vital. La reflexión del humanista americano va hacia los pueblos en forma abierta como si se tratase de advertencias a unas sociedades que necesitan oír la palabra diaria, en alta voz, en tanto que los pensadores del renacimiento estampan sus ideas en infolios que tardan a llegar al conocimiento de la generalidad de las gentes.[163]

Dicho de otro modo: las jóvenes naciones, cual si fueran adolescentes, ameritan la palabra guiadora, oportuna, honrada, realista, como tutoría para quien está creciendo, madurando. Como gentilicios ayunos de referentes y de vectores que orienten nuestros pasos, el humanismo americano tiene un gran quehacer ductor y esperanzador, mientras que los intelectuales renacentistas se encaminan a sociedades con tradiciones más antiguas enfrascadas en los cánones conservadores:

> En América, los humanistas de los Estados republicanos perseguían principalmente el logro de la solidez política en los países liberados, en tanto que en Europa predominaba en los humanistas la reforma a través del placer y el goce de la erudición, tanto como por la contemplación de las obras de arte de la antigüedad. El contenido y fin pedagógico-político será distintivo esencial en el humanismo americano. Vive el trance de crear un pensamiento original, con evidente respeto a la tradición hispánica, a pesar del corte violento de las guerras de liberación.[164]

En suma, el humanismo de Bello es de ruptura. La realidad geohistórica es un elemento de peso para los países ganados para la Independencia. Los pensadores americanos no se sitúan en la estéril erudición, sino en la respuesta sociopolítica y educativa para comunidades libres acompañadas de sistemas de gobiernos emancipados. Es la obligación de hacer Patria, de levantar ciudadanía en una civilización distinta.

---

163 Ob. cit., p. 123.
164 *Idem*.

EL MAESTRO EJEMPLAR

¿Puede ser Andrés Bello partidario de una educación entendida como la mejora armoniosa de la personalidad? ¿En el ideario bellista tropezamos con la exigencia de ciudadanos aptos para la vida y para el ejercicio de la democracia?

Si tomamos el supuesto de que cada sistema ideológico tiene su correlato en la escuela, decimos entonces que en Luis Beltrán Prieto Figueroa (1902-1993) se materializa una de las perspectivas más adelantadas de su época, de nuestra época, lo que redunda en su innegable resonancia actual. Sin embargo, hablamos de una visión educativa consustanciada con una concepción política, en la cual, sin prurito alguno, ambas dimensiones a veces se complementan y hasta se confunden. Por ende en ninguna instancia, sostenía Prieto Figueroa, como docentes se debía renunciar al compromiso sincero y sólidamente argumentado.

Conciencia de esta simbiosis la tuvo el mismo Prieto Figueroa quien reiteradamente reprochaba el pragmatismo malsano, en el cual la afanosa búsqueda del poder carecía de un programa transparente. Sin embargo, el señalamiento era extensivo a los llamados *intelectuales* sumergidos en una asepsia política.

Para Prieto Figueroa el pensamiento es inválido cuando es indiferente a su entorno social, a su medio inmediato, cuando es inaprensivo y lamentablemente desapasionado. Por ello la dicotomía pensamiento-acción es una falsa contraposición, ambas son igualmente importantes y actúan dialécticamente

La desaparición física de Juan Vicente Gómez en 1935 suscitó una eclosión de ideas y movimientos que habían actuado muchas veces de manera subterránea ante la acción represiva del dictador. Una vez ausente el Benemérito los periódicos, los clubes, los gremios, los partidos, las asambleas, los mítines, todas esas acciones de *masas*, anunciaban el reverdecer de una Patria diferente. Ensayos y proyectos promisorios se exponían con renovada creatividad y esperanza. Medir pausadamente la Venezuela posgomecista –sobre todo el estado de las aulas y los estudiantes– ayuda al calibrar la significación de la obra emprendida por el docente oriental.

Una vez clausurada una larga noche de casi tres décadas, irrumpía en Venezuela un optimismo contagioso. En ese momento

de expectativas los docentes eran tenidos como los libertadores de la modorra ignorante y ruin. Si se anhelaba una sociedad más abierta y tolerante, entonces el maestro se entendía como agente catalizador de esos cambios urgentes. En sintonía con esta especie de sentimiento nacional, Prieto Figueroa ve en el educador el líder natural que el país naciente y moderno pide a gritos. Solo así se comprende su huella en la Federación Venezolana de Maestros (1936), en el Proyecto de Ley Orgánica de Educación Nacional (1948), o en la Ley de Educación (1980), por citar tres casos emblemáticos y diferentes de su periplo vital.

Lo que queremos acentuar es que sus ideas educativas fueron respuestas contundentes y coincidentes –con un gran grado de continuidad histórica, pese a los cambios económicos y políticos en la nación– con una noción político-filosófica imperturbable en varios aspectos: el humanismo democrático.

En su obra *El pensamiento pedagógico de Andrés Bello* (1989) Luis Beltrán Prieto Figueroa, una vez más, deja sentada su convicción de que el fin último de la educación es la consolidación de la formación integral del hombre con especial atención al desarrollo humanístico, nunca divorciado del contexto social concreto. Por esta vía se puede develar la magnitud de la enseñanza que encuentra el maestro oriental en el sabio caraqueño.

Para Prieto Figueroa, Andrés Bello poseyó un temple desbordante en el que la ciencia se acompaña de la conciencia, dando como resultado un humanista admirable. Su vida se determinó por un ansia de saberes útiles para los pueblos de nuestro continente.

La arquitectura organizacional y el imperativo de la libertad debían cerrarle la puerta a la servidumbre, a la burda riqueza, al lucro egoísta, a la inaudita barbarie, al odio improductivo, a la ciega obediencia, a la exclusión elitesca, a las torvas acciones de fuerza. A su modo de ver, nos refiere Prieto Figueroa, en Bello –difusor, orientador, investigador, pedagogo– todas las taras sociales debían ser desplazadas por la materialización de la justicia y el derecho, y por la defensa de la identidad americana; por una educación que forje desde temprano el sentido de responsabilidad y derecho del niño, bajo una preparación integral –física, mental, ciudadana y técnica– del hombre del mañana, con un enfoque

realista, amigo de los libros y consustanciado con nuestra realidad circundante. ¿Y la Universidad es un ingente objetivo? Debe ser una «propagadora de luces».

Para Prieto Figueroa, Bello fue un maestro de la totalidad: creía fervientemente que la educación arrancaba en el hogar y continuaba en las Casas de altos estudios. Bello es el estandarte de nuestra urgente expansión cultural:

> El ejemplar humano de Andrés Bello acaso sea incomprensible para nuestra época tecnológica de las especializaciones. El humanista que estuvo en todo y en todo actuó certeramente, aconsejando aquí reformas administrativas, promoviendo y actuando allá para ordenar la justicia, fundando y dirigiendo instituciones educativas, fijando normas de las relaciones internacionales, compilando y ordenando en un Código las normas para las relaciones civiles de los ciudadanos o escribiendo leyes y decretos para resolver premiosas situaciones. Por ello tuvo razón Don Ignacio Domeyko, cuando junto al cadáver de Bello en el cementerio, expresó: «No es dado enumerar fríamente los numerosos méritos de Don Andrés Bello, que, si pudiéramos recordarlos todos, dudaría la razón en que una sola vida, un solo hombre pudiera saber tanto, hacer tanto y amar tanto».[165]

En Bello, recuerda Prieto Figueroa, encontramos un rastro inconmensurable: en su rectoría de la Universidad sureña, en su *Derecho de Jentes*, en su *Gramática de lengua castellana* y en su *Código Civil Chileno*, hallamos un sincero magisterio para americanizar la América. Todo esto nos habla de su carácter universal y necesario.

EL IMPUTADO

¿Cuántas cuestiones rodean la vida de Andrés Bello muchas veces tergiversando la realidad de los hechos? ¿Cuántos infundios o medias verdades lanzan contra su trayectoria de nombradía internacional? Estas y otras dubitaciones parecen móviles casi punzantes que llevan a Oscar Sambrano Urdaneta (1929-2011), a esclarecer el panorama sobre el Maestro, más que todo a las generaciones recientes.

165 Luis Beltrán Prieto Figueroa, *El pensamiento pedagógico de Andrés Bello*, p. 97.

No obstante, pese a la diversidad de asuntos presentes en el pensador de vida longeva, el intelectual trujillano –bellista confeso– privilegia algunos aspectos muy concretos, como especie de cuestionario que limpia cualquier duda sobre el Americano Ilustre.

Abre fuego Sambrano Urdaneta negando esa afirmación muy recurrente de que fue Andrés Bello quien denunció a los revolucionarios que estaban decididos a levantarse contra las autoridades realistas en el cuartel de la Misericordia. Insiste en que esta es una aseveración apócrifa. No existe la evidencia documental de que dicho acontecimiento haya ocurrido. Del mismo modo, la probidad moral y el calibre intelectual de Bello, estimado por propios y extraños, no refieren el caso. Su destacada labor en Londres y en Chile tampoco dio asomo de esta posibilidad, esperándose como en muchos otros procesos, que el tiempo implacable sacara la verdad a flote. De igual forma, sus distintas responsabilidades reforzaron el prestigio de un hombre admirado por muchos, incluso por sus adversarios. Como bien argumenta Sambrano Urdaneta, la procedencia de la denuncia contra el bando patriota fue de anónimo y torvo proceder, en una trama donde el enfrentamiento de los independentistas era favorable a los intereses de la monarquía. En aquel momento, y también hoy, la confusión entre correligionarios es estrategia de guerra siempre muy efectiva. La chismorrea política y las mentiras contra Bello no fueron dardos encendidos únicamente contra el caraqueño, sino que tanto Mauricio Ayala, Pedro Arévalo y Diego Jalón fueron aludidos, manchando sus respectivas reputaciones. Si bien Bello no le dio gran importancia a las comidillas, las consecuencias se verían después.

En la vida de Bello es recurrente calificarlo de «desertor» que se entregó a las mieles de la vida en el Viejo Mundo, mientras que los patriotas en casa se inmolaban por la liberación del yugo extranjero. Repara Sambrano Urdaneta en este malentendido. Si Bello viajó a Inglaterra por iniciativa de la Junta Suprema de Caracas en compañía de Luis López Méndez y Simón Bolívar no fue un hecho fortuito. Sus dotes personales –inteligencia, disciplina, dominio del inglés y francés– fueron sus mejores credenciales. Su misión estaba clara desde el

principio y su regreso a Venezuela también, solo que los imponderables tuvieron la última palabra. En las casi dos décadas en la capital británica Bello se mantuvo activo como funcionario venezolano, grancolombiano y a veces chileno. Fue en esta metrópoli donde se casó en dos ocasiones, enviudó y fue un padre sufrido que vio fallecer a su hijo menor. Fue también esta gélida capital sitio de penurias económicas y desempleo, sobre todo cuando el servicio exterior de Colombia lo consideró un realista consumado. Pero si unas fueron de cal otras fueron de arena. En Londres encontró Bello el lugar por excelencia para el estudio profundo y sosegado, prerrogativas que tempranamente se verían reflejadas en sus obras más conocidas.

Sobre la interrogante si Bello tenía ideas monárquicas que le dieran la razón al bando revolucionario de tenerle reticencia, Sambrano Urdaneta no esquiva la respuesta:

> … Bello debió sopesar las ventajas del régimen inglés y las del gobierno republicano de los Estados Unidos, nación que a don Andrés le inspiraba temor y desconfianza. Al trasladar los resultados de su análisis comparativo a la realidad socio-cultural de los pueblos iberoamericanos, llegó a la conclusión de que estos carecían de la madurez necesaria para un pleno y verdadero ejercicio de la democracia, por lo que en su opinión el gobierno republicano jamás llegaría a serlo entre nosotros.[166]

Sin embargo, conseguimos aquí una equivocación en la apreciación política de Andrés Bello acerca del destino de las jóvenes naciones, equivocación que el mismo ilustre ciudadano pronto, al calor de la guerra de Independencia, enmendará.

Otra conducta «impropia» que se le imputa a Bello fue su preferencia por residenciarse en Chile, en lugar de retornar a su Caracas nativa. Sambrano Urdaneta sale al paso a la acusación alegre. Primero, fueron muchas las tentativas realizadas por el pensador para retornar a su Patria chica. Pero el vaivén de la guerra y los percances personales le dieron largas al asunto. A esto se le deben sumar las facilidades que le proporcionaba el país sureño a la familia de Bello que se encontraba sumergida en una dura

166 Oscar Sambrano Urdaneta, *Verdades y mentiras sobre Andrés Bello*, p. 203.

precariedad financiera. El gobierno del país austral le garantizaba a Bello los gastos de Europa a Santiago, le asignaba igualmente un empleo acorde con su perfil intelectual y su dilatada experiencia, además de un complemento nada despreciable: el gobierno le daba su palabra de que, en el supuesto que no fuera grata su estadía en Chile, le costearía el viaje a cualquier otro destino americano. De tal manera que la conjunción de deudas económicas que le impedían su manutención en Londres, «el silencio de su Patria» y el atractivo trato de los hermanos chilenos, explican sobradamente tal decisión de no retornar a su terruño, lugar de ensueños y de nostalgias, como lo dejó plasmado en varios poemas y cartas enviadas a sus seres más próximos:

> Debe tomarse en cuenta que un viaje de ida y vuelta de Chile a Venezuela tomaba alrededor de cuatro meses, a lo que debe añadirse el tiempo destinado a permanecer entre los suyos. Bello no podía proporcionarse aquella satisfacción, dado el cúmulo de responsabilidades que le impedían separarse por mucho tiempo de sus deberes. El viaje, por demás sumamente fatigoso, no era recomendable para alguien que como don Andrés no tenía una salud de hierro. Todo esto explica no solo por qué no volvió a Venezuela, sino por qué en treinta y seis años de residencia en Chile nunca cruzó sus fronteras.[167]

Andrés Bello, un insigne venezolano que pudo ser el autor de la letra nuestro Himno Nacional, si no en términos absolutos, por lo menos parcialmente, a cuatro manos con Vicente Salias. En todo caso, Sambrano Urdaneta rescata una de las personalidades más trascendentales que hemos tenido los nacidos en esta hermosa tierra.

BALANCE

Qué los grandes intereses de la humanidad nos inspiren, es una virtud lamentablemente de pocos. La fatuidad de nuestros días, en la que se endiosan cosas y se reniega de las personas, es harto conspiradora. Es como si en un péndulo diabólico el totalitarismo del consumo y la inmediatez les llevara la delantera a lo

167 Ob. cit., p. 202.

trascendente, a eso invisible que da un sentido mágico a nuestras existencias. Bien vale la pena, entonces, buscar en Andrés Bello ese acicate espiritual que es tan necesario en nuestro convulsionado siglo XXI.

Sin embargo, si reconocemos que existe cierta displicencia o desconocimiento sobre la estampa de Andrés Bello, dejamos constancia que diez plumas excepcionales –y sabemos que muchas más– le dieron su justo valor y reconocieron en todo momento la luz propia que siempre caracterizó al Maestro: gracias a la benigna palabra de Vicente Dávila (1874-1949) hoy sabemos que Andrés Bello no fue un soplón. No existen fuentes fehacientes que digan que el caraqueño acusó a sus hermanos de Causa; debido a la perspicacia de Augusto Mijares (1897-1979) tenemos que Andrés Bello mantiene encendida la llama de los libertadores haciendo un aporte profundamente cultural; en el pensar de Arturo Uslar Pietri (1906-2001) Andrés Bello fue un guía de su pueblo, no fue un panfletario, no fue un especulador, fue un hombre de su tiempo en una hora difícil y así actuó. Fue humano, demasiado humano, nos recuerda Mario Briceño Iragorry (1897-1958); para Mariano Picón Salas (1901-1965) Bello comulgó con una visión crítica, positiva y bien ponderada de la Historia; según Ángel Rosenblat (1902-1984) Andrés Bello es sinónimo de mejor educación y cultura para todos los venezolanos; Andrés Bello fue un intelectual cabal –sostiene Ildefonso Leal (1932-2015)– consciente del papel de la Universidad en el progreso del pueblo sin distinción alguna; Pedro Grases (1909-2004) advierte que el humanismo de Bello es un quiebre paradigmático con el humanismo renacentista; en Andrés Bello, plantea Luis Beltrán Prieto Figueroa (1902-1993), encontramos una traza educativa americanista, universal y necesaria; y un ilustre venezolano encuentra Oscar Sambrano Urdaneta (1929-2011) en Andrés Bello que debe ser despojado de maléficas interpretaciones.

En una carta enviada por Simón Bolívar a José Fernández Madriz, fechada en Quito el 27 de abril de 1829, se expresa el juicio del Libertador acerca de su otrora ductor:

> Últimamente se le han mandado tres mil pesos a Bello para que pase a Francia; y yo ruego a Ud. encarecidamente que no deje perder a ese ilustrado amigo en el país de la anarquía. Persuada

> Ud. a Bello que lo menos malo que tiene la América es Colombia, y que si quiere ser empleado en este país que lo diga y se le dará un buen destino. Su patria debe ser preferida a todo; y él, digno de ocupar un puesto muy importante en ella. Yo conozco la superioridad de este caraqueño contemporáneo mío: fue mi maestro cuando teníamos la misma edad; y yo le amaba con respeto. Su esquivez nos ha tenido separados en cierto modo, y, por lo mismo, deseo reconciliarme: es decir, ganarlo para Colombia.

Tal vez esta misiva sume mucho más a la argucia sobre tan importante figura. Quizás en parte, acá radique la problematización sobre la imagen de un hombre de gran sensibilidad e inteligencia puesto en los días más aciagos de nuestra Historia. Del porqué toda Historia fundacional termina siendo religiosa y en la constelación de santos y ángeles, los alejados del Dios único casi siempre llevan la peor parte. Metafóricamente eso pudo haberle sucedido a Andrés Bello: cada día más distante del «círculo de los fundadores de la patria» y, aparentemente, de Simón Bolívar.

La complejidad de los personajes históricos no se queda en el pasado; sus virtudes y defectos, encuentros y desencuentros son obsesivamente evaluados por especialistas y escritores contemporáneos. Esta reflexión nos la suscita el polémico perfil de Andrés Bello en la historiografía venezolana después de examinar una decena de voces autorizadas. Si bien este ciudadano singular tuvo varias dotes que van desde la de filósofo hasta jurista, no deja de haber quienes lo califiquen como un «vil traidor».

Descalificar es muchas veces el atajo de quienes repiten con poca sindéresis fórmulas huecas y facilonas, de quienes se erigen como jueces únicos de acontecimientos añejos. Los prolongados e inagotables años de estudio de Andrés Bello, toda una vida consagrada a la pesquisa en diferentes campos del saber humano con un volcánico espíritu docente, son despachados de la manera más alegre por ramplones opinadores.

Es bueno decir que Andrés Bello fue más que el maestro de Simón Bolívar y que pese a las diferencias que tuvo con su antiguo discípulo, el sabio nunca abandonó la opción independentista y de este hecho estuvo consciente el mismísimo Libertador. Muchas veces la envidia tiene una página oculta en la Historia y Andrés Bello no está exonerado de ella.

José de Oviedo y Baños ¿primer historiador venezolano?

A MODO DE INTRODUCCIÓN

En aras de ser didácticos debemos hacer modestamente una precisión terminológica. En el sentido más laxo las crónicas de Indias aluden a una compilación de narraciones generalmente escritas o referidas al siglo XVI, tenidas como «históricas» –ora por su origen, ora por su forma– en la que la voz medieval y/o renacentista del colonizador hispano *cuenta* las peripecias de las empresas exploradoras y expoliadoras. Su naturaleza es a veces conservadora y otra heteróclita: tanto los sujetos que enuncian como los momentos e intenciones de quienes escriben acusan dicha diversidad. Ser o no ser testigos de los acontecimientos reviste una importancia inusitada como repositorio etnográfico de una realidad encontrada por primera vez por los ojos europeos. Lo que ya nos hace pensar en una tipología interesante. Si partiéramos de las relaciones y cartas de los dilemáticos Cristóbal Colón y Américo Vespucio –pasando por los relatos de Bartolomé de las Casas y las exposiciones de Felipe Guamán Poma de Ayala, sin obviar casos tan modélicos como el de Bernal Díaz del Castillo y el Inca Garcilaso de la Vega–, y arribáramos a fray Bernardino de Sahagún, corroboramos lo anteriormente dicho. ¿Cómo relacionar –pongamos por caso– lo vivido por el almirante durante sus viajes para informar a los reyes católicos con la vasta obra del religioso franciscano redactada en castellano y náhuatl que da testimonio revelador del mundo azteca? Una gama amplia de propósitos y estilos señala una diferenciación compleja, ajena a estas palabras introductorias.

Como la razón de ser de las crónicas de Indias es exponer la conquista de ignaros paisajes y culturas, su valor documental es de amplio espectro. Un péndulo de significantes y horizontes de sentidos notamos en voluminosas hojas –símbolo además de poder– que van desde el sometimiento militar hasta las cosmovisiones indígenas, dando cuenta de una gramática irruptora con la que el invasor en la medida que somete inventa al *otro*, representando un «Nuevo Mundo» mistificado por el visor mesiánico y providencialista del europeo de la época.

De modo que, *stricto sensu*, José de Oviedo y Baños no fue un cronista de Indias; al contrario, fue un criollo que fungió como estudioso de los acontecimientos militares, sociales, políticos y culturales trascendentales de estos lares. La afirmación es capital para la naturaleza de este homenaje dónde se nos interpela sobre el carácter de historiador o de cronista de este aristócrata neogranadino, autor de una obra de consulta obligada. Pero la no ubicación de Oviedo y Baños como cronista de Indias no obedece a razones obviamente cronológicas como se puede suponer, sino a un significado más profundo: la falta de asombro y hasta de «ingenuidad» en sus relatos, aspecto determinante en los primeros europeos que pisaron nuestros territorios, hasta esa hora desconocidos para ellos.

Como se ve el planteamiento es de envergadura. No obstante, para ir despachando la cuestión de entrada no tenemos ambages en aseverar que ambas modalidades –la del cronista y la del historiador– la encontramos en la huella de José de Oviedo y Baños, lo que patenta su característica función dialéctica. Al instante de *informarnos sobre de su pasado* más reciente, de mostrarnos esos acontecimientos con *relativa secuencia temporal* o en el momento de presentarnos lo que pudo «recoger» en los archivos acerca de *ese mundo desconocido* de sus ancestros, todo a la vez, reitera nuestra tesis.

NOTAS PARA UN PERFIL

No es un lugar común alegar que además del texto se debe examinar al sujeto. Saber sobre la dimensión biográfica del

personaje no es un elemento meramente decorativo; al revés, existe una razón metodológica de peso en la que el sujeto que escribe obedece a los condicionantes del medio, sin caer en burdos determinismos. Quien piensa, siente y actúa no lo hace *in vacuo*; quien piensa, siente y actúa lo hace desde un lugar y desde en un tiempo determinado.

Si aguzamos la mirada notaremos que José de Oviedo y Baños –nacido en Santa Fe de Bogotá en 1671 y fallecido en Caracas en 1738– fue un militar procedente de una familia económicamente poderosa, con vinculación directa con el funcionariado que hacía posible el desempeño del Estado español en sus colonias de ultramar. Siendo hijo de Juan Antonio de Oviedo y Rivas y de Josefa de Baños Sotomayor su futuro estaba asegurado por apellidos de linaje. Al ser su padre nacido de Salamanca con ascendente asturiano, además de catedrático en Derecho Canónico en la casa de estudios de aquella ciudad, redunda en lo dicho. Si a ello añadimos que luego su padre sería designado fiscal de la Audiencia de Santa Fe, se robustece nuestro argumento.

Por otro lado, por la línea materna sus raíces son peruanas, siendo su progenitora hija de Diego de Baños, relator de la Audiencia de Lima. También es altamente significativo que una vez ausente el padre del hogar, José de Oviedo y Baños llegara a Caracas bastante mozo bajo el ala protectora de su tío, Diego de Baños y Sotomayor, obispo de la ciudad. Ya como joven bien dispuesto bregó por alcanzar el estatus de Caballero de Santiago, anhelo que nunca concretó quedándose con el grado de Capitán. Como se estilaba en la época, se casó a los 27 años con una dama de alcurnia: Francisca Manuela de Tovar y Mijares de Solórzano, con quien tuvo una decena de vástagos, de los que sobrevivirán solo cuatros. Los otros seis no tocarían la adolescencia.

Su hoja de vida registra que una década antes de morir llegó a ser Teniente General de las Armas y Milicias de la Gobernación. Nunca escondió Oviedo y Baños su apego a la institución eclesiástica hasta el punto de haber sido Mayordomo de la Archicofradía de Nuestra Señora del Rosario (iglesia San Jacinto de Caracas); asimismo ocupó la titularidad de Síndico General de los Conventos de Venezuela y de los Sagrados Lugares y la Casa Santa de Jerusalén.

Su empinada posición social fue un acicate para conocer las familias caraqueñas y codearse con quienes detentaban el poder –y la información– en aquel lugar conventual. Variedades de cargos a lo largo de su trayectoria vital –alcalde del segundo voto del Ayuntamiento de Caracas, alcalde de primer voto, regidor perpetuo– refiere mucho de su perfil político e intelectual. La misión impuesta por el Cabildo de diseñar un calendario con las fiestas religiosas de cumplimiento obligatorio fue plausiblemente un preámbulo a su *opus magna.*

Su profusa formación en gramática, retórica y elocuencia, así como en el mundo de las leyes abonaron el terreno. Tanto su estadía en Lima como en la Caracas de su hora forjó la contextura teórica que más tarde le demandaría la *Historia de la conquista y población de la Provincia de Venezuela*.

Todos esos datos gruesos y algo dispersos ofrecen pistas para decodificar algunos elementos presentes en su legado, producto de quien fuera un representante del criollaje ilustrado incubado en el virreinato de Nueva Granada y en la futura Capitanía General de Venezuela, una síntesis sociocultural emergente, moderadamente crítica y disimuladamente díscola.

LOS VERICUETOS DE CLÍO

La *Historia de la conquista y población de la Provincia de Venezuela*[168] es una obra insoslayable en los estudios sociales de Venezuela y de toda Nuestra América. De entrada el autor expresa su intención última, que es «sacar de las cenizas del olvido la memoria de aquellos valerosos españoles que la conquistaron». Si este es su objetivo debemos tener presente que quien escribe es descendiente de esos «valerosos conquistadores» muchas veces desoídos y despreciados por la corona y su séquito

168 La Provincia de Venezuela aquí aludida iba desde Barcelona hasta las cercanías de Río Hacha, en sentido Este a Oeste, y «en cuanto al interior», hasta el río Orinoco, siguiendo las aguas hacia su nacimiento, hasta más allá de Meta; y en la dirección andina, «los límites se detenían en el hoy estado Trujillo». Predomina en su contenido, entre muchos acontecimientos, la historia de los Belzares, la historia de la conquista y fundación de Caracas y la historia del Tirano Aguirre.

de peninsulares. ¿Si un hombre principal de estas provincias no mantiene vivo el recuerdo de sus mayores, entonces quién lo va a hacer? No es una pregunta malintencionada, es una exhortación a columbrar las implicaciones ideológicas y personales subyacentes. Siendo un texto publicado por José de Oviedo y Baños en 1723 –el autor tenía 52 años y la obra era producto de un trabajo tozudo de más de dos décadas– recrea, como su título reza, el arduo, sangriento y mágico proceso de la conquista de Venezuela.

Formalmente la obra está integrada por dos partes compuestas de cuatro libros con nutridos capítulos. La primera parte narra desde la llegada de Cristóbal Colón por estos predios en 1498 hasta la muerte de Francisco Fajardo en 1564. La segunda parte, completada por tres libros que cubren el período 1565-1600 en los que resaltan documentos, personalidades y lugares[169]. Pese a lo ambicioso de su contenido se palpan falencias que el propio autor advierte y busca subsanar prometiéndonos una segunda entrega.

El autor se esmera en compilar datos y fenómenos noticiosos, tanto en archivos de la época, de allegados como de sus propios libros[170], acicalándolos con una prosa ágil e inteligente –barroca para algunos críticos– que trasluce su nutrida biblioteca y sus preferencias literarias. Su estilo habla de la ambivalencia de su mirada, de un péndulo que atraviesa toda la obra: el que *cuenta*

---

169 La obra posee distintas reediciones. Hasta ahora el texto original se encuentra en la Biblioteca de Nueva York. Es la reimpresión caraqueña de 1824 –bajo la responsabilidad de Domingo Navas de Spínola– la más conocida y trabajada, aspecto que habla de su importancia como obra de consulta para encontrar en sus páginas los antecedentes históricos de nuestra Independencia. 1824, fecha axial en la que es dada a la luz pública *Historia de la conquista y población de la Provincia de Venezuela*, es el mismo año en que son desalojados los colonialistas del territorio americano. No se pierda esto de vista. Vendrían otras ediciones en diversos países en los años de 1885, 1958, 1982, fundamentalmente.

170 Oviedo y Baños sobre este aspecto afirma en su prólogo: «El trabajo que he tenido para disponer la obra ha sido grande, siendo preciso revolver todos los archivos de la Provincia para buscar materiales, cotejando los instrumentos antiguos, sacar de su contexto la substancia en que afianzar la verdad con que se debe hacer narración de los sucesos pues sin dar crédito a lo que cree el vulgo he asegurado con certeza lo que escribo en la auténtica aserción de lo que he visto». José de Oviedo y Baños. *Historia de la conquista y…* p. 9.

fluida y entretenidamente por un lado y por el otro, el que se explaya con el tono erudito del *observador*. De allí su esfuerzo por hacerse entender a la vez de ser verosímil.

La *Historia de la conquista y población de la Provincia de Venezuela* es una cantera que nos emplaza a tener un visor múltiple para la comprensión de acontecimientos generalmente conocidos y de dominio público, hechos que muchas veces damos por consabidos, pero ignorando que su punto de arranque es la pluma de José de Oviedo y Baños.

También su aporte es severamente cuestionado: se le imputa el haber «fusilado» a otros autores, aspecto del cual él se defendió aduciendo que «si reparase el curioso en la poca cita de autores de que me valgo, esa es la mayor prueba de la verdad que escribo, pues habiéndome gobernado en todo por los instrumentos antiguos que he leído, ya que la prolijidad no me permite el citarlos».

Recordemos la impugnación que se le hace por reproducir las *Noticias historiales de las conquistas de Tierra Firme en las Indias Occidentales* (1626), de fray Pedro Simón dadas a conocer casi un siglo antes, además de las impresiones del poeta Ulloa. Quien abre fuego sobre la invalidez de la obra de Oviedo y Baños es Gonzalo Picón Febres, mientras que Arístides Rojas edulcora la píldora hablando de su oficio como «compilador». En todo caso, sí consideramos oportuna una advertencia: fray Pedro de Simón sí fue testigo de los hechos mientras que, como escribe Tomás Eloy Martínez en el prólogo a la edición de Biblioteca Ayacucho, en Oviedo y Baños encontramos «huellas ajenas». Lejos de estas páginas la intención de reproducir la polémica acerca del carácter «plagiario» de José de Oviedo y Baños, pero no ignoramos ese nudo historiográfico.

MIRA QUIÉN HABLA

El sujeto que enuncia entonces quiere evadir la amnesia donde están sumergidos los pioneros, los inauguradores de aquellas rutas pretéritas. De allí que no rehúya naturalmente al talante hermenéutico de sus sentencias, de un espíritu español que, a ratos, se expresa paradójicamente como «un venezolano». Todo sin negar la carga eurocéntrica y elitista de un hijo de la violencia conquistadora.

Apunta Susana Romero de Febres un aspecto de gran agudeza: la visión jerárquica del mundo presente en la *Historia de la conquista y población de la Provincia de Venezuela.* Se nota claramente el sentido de identidad de Oviedo y Baños, quien habla muchas veces más como el conquistador que como el producto de estas posesiones, de esas mezclas.

Con esta orientación nos percatamos de cómo la ideología de Oviedo y Baños, quien ve a los indoamericanos y mestizos de estos territorios como a los *otros*, usa un conjunto de recursos para marcar el alejamiento de marras. Un caso es la demografía caraqueña después de exaltar el paisaje.

> Fuera de la innumerable multitud de negros y mulatos que la asisten, la habitan mil vecinos españoles, y entre ellos dos títulos de Castilla que la ilustran y otros muchos caballeros de conocidas prosapias, que la ennoblecen: sus criollos son de agudos y prontos ingenios, corteses, afables y políticos; hablan la lengua castellana con perfección, sin aquellos resabios con que la vician en los más puertos de las Indias...[171]

Uno de esos caballeros «de bien» es él mismo, hace un juego de espejos, es su autorretrato. Del mismo modo, cada vez que hace mención a un español subraya su lugar de procedencia, su hidalguía, don de gente, parentesco, mientras que al indígena lo cosifica, lo barbariza, por decir lo menos. No obstante, hay un intersticio en su discurso que asume un grado del resentimiento del ahora criollo que deja caer cierto desprecio bidireccional: por un lado contra los «irracionales» en el que a veces –además de los indígenas– incluye a sus propios predecesores (el caso del canibalismo del español hacia el aborigen es ilustrativo); y por el otro, contra los peninsulares, al darle primacía a la palabra del Tirano Aguirre, a quien disimuladamente pinta más como a un héroe que como a un loco de atar. De tantos documentos en su obra es el *desconocimiento* de Aguirre al monarca Felipe el que no tiene prurito de transcribir José de Oviedo y Baños y, a nuestro entender, no es casual. Citemos aunque sea un fragmento:

> (…) bien creo, cristiano Rey y Señor, aunque para mí y mis compañeros tan ingrato a tan buenos servicios como has recibido de

171 José de Oviedo y Baños, *Historia de la conquista y población*.., p. 304.

> nosotros; aunque también creo te engañan los que te escriben de esta tierra, como estás tan lejos; avísote, Rey y Señor, lo que cumple a toda justicia y rectitud para tan buenos vasallos como en esta tierra tienes, aunque yo, por no poder sufrir más las crueldades que usan estos tus Oidores, Virreyes y Gobernadores, he salido de hecho con mis compañeros (cuyos nombres después diré) de tu obediencia, y desnaturalizados de nuestras tierras, que es España, y hacerte en estas partes la más cruel guerra, que nuestra gente pudiere sustentar; y esto creed, Rey y Señor, nos ha hecho el no poder sufrir los grandes apremios y castigos, que nos dan estos tus ministros, que por remediar sus hijos y criados nos han usurpado nuestra fama, vida y honra; ¡qué lástima! Oh Rey, el mal tratamiento que se nos ha hecho (...).[172]

Alejamiento del rey, tal vez, en parte parecido a lo que sufre su propia clase social contra un emperador que muchas veces no oye ni comprende las súplicas. Oviedo trae a su obra la plena voz de Aguirre quien, más tarde por su acto de *desobediencia* al soberano, será interpretado por ciertos historiadores como un auténtico movimiento «preindependentista». Existe así una cierta identificación política de José de Oviedo y Baños con Aguirre.

Para cerrar. Vemos en el autor de la *Historia de la conquista y población de la Provincia de Venezuela* una hibridez conceptual en la que desde una delgada línea a veces se expresa el historiador y otro el cronista, o sea, el que «investiga» lo no vivido *in situ*. José de Oviedo y Baños es el primer historiador «venezolano». ¿Lo será? A darle este giro al asunto introducimos un dilema de aristas sugerentes, esfuerzo que entraña la idea del comienzo de una posible historiografía nacional y de una conciencia de ruptura que acompaña al que narra lo que considera «lo nuestro». Señalamos así una especie de identidad, un núcleo diferenciador de lo nombrado americano en contraposición de lo europeo, o en lo más específico, de lo español en contraposición a lo criollo, resolución simbólica de *un nosotros-contra ellos* tanto desde la veracidad de los hechos como desde su ineludible ficcionalización. Empero, pese a que anunciamos un reto mayor no creemos llegar hasta el abordaje completo de esta hipótesis debido a que el objetivo que nos proponemos es más un ejercicio para la incitación a leer y releer al autor y su obra encuadrado en el sentido fundacional de sus palabras. En todo caso, la mesa queda servida.

---

172 Ob. cit., p. 240.

Bibliografía general

Acosta Rodríguez, Luis José (1981). *Bolívar para todos*. 2 tomos. Primer premio del concurso promovido por la Sociedad Bolivariana de Venezuela para una biografía del Libertador con destino a los estudiantes y al pueblo. México D.F., Editorial Ediamer.

Acosta Saignes, Miguel (1997). *Bolívar, acción y utopía del hombre de las dificultades*. Caracas, Universidad Central de Venezuela, Ediciones de la Biblioteca, col. Historia XIII [de la edición de 1977].

Albornoz, José Hernán (1983). «Bolívar y la filosofía de su tiempo» en: *Revista del Instituto Pedagógico de Caracas*. VV.AA. Número extraordinario. Edición de la Unidad de Servicio de Cultura y Publicaciones. Caracas.

Alemany García, Macario (2005). *El concepto y la justificación del paternalismo*. Tesis de Doctorado. Directores: Manuel Atienza y Juan Ruiz Manero. Facultad de Derecho, Universidad de Alicante, España.

Arcila Farías, Eduardo (1957). *Cuatro ensayos de historiografía*. Caracas, Editorial Edime, col. Letras Venezolanas n.º 5.

Arpini, Adriana (2009). «Utopía y humanismo en el pensamiento latinoamericano: Eugenio María de Hostos y Augusto Salazar Bondy» en: Ágora *Philosóphica. Revista Marplatense de Filosofía* n.º 19-20, vol. X.

Basave Fernández, Agustín (2002). *Teoría del Estado. Fundamentos de teoría política*. México D.F., Editorial Trillas.

Bencomo Barrios, Héctor (1983). *Bolívar, jefe militar*. Caracas, Cuadernos LAGOVEN, serie Bicentenario.

—— (1991). *Campaña libertadora de Nueva Granada: Batalla de Boyacá*. Caracas, Editorial Grijalbo, Biblioteca escolar, col. Independencia.

—— (2010). *Bolívar ante la política*. Caracas, Archivo General de la Nación/Centro Nacional de Historia, col. Bicentenario.

Bolívar, Simón (2009). *Doctrina del Libertador*. (Prólogo Augusto Mijares; compilación, notas y cronología Manuel Pérez Vila; bibliografía Gladys García Riera). Caracas, Fundación Biblioteca Ayacucho, 3.ª edición aum. y corr.

—— (2010). «Carta de Jamaica» y «Discurso de Angostura» en: *Para nosotros la Patria es América* (Prólogo de Arturo Uslar Pietri; notas de Manuel Pérez Vila). Caracas, Fundación Biblioteca Ayacucho/Banco Central de Venezuela, col. Claves de América n.º 1, 2.ª ed. corr.

Bosch, Juan (2014). *Bolívar y la guerra social*. Santo Domingo, Ediciones Fundación Juan Bosch, col. Bosch para todos.

Boyacá, Elvert (2015). «¿El Tratado de la Regularización de la Guerra es un antecedente jurídico del Derecho Internacional Humanitario?». Monografía para optar al título de Abogado. FUL/FDCPyRI. Bogotá.

Brice, Ángel Francisco (1970). *El armisticio de Santa Ana como calificativo de la Guerra de la Independencia*. Caracas, Sociedad Bolivariana de Venezuela.

Briceño Iragorry, Mario (1982). «La integridad de Bello» [1953] en: *Andrés Bello, homenaje de la UCV en el bicentenario de su nacimiento.* AA.VV. Caracas, Universidad Central de Venezuela, Ediciones del Rectorado.

—— (1985). *La historia como elemento creador de la cultura* (Prólogos Guillermo Morón y Ramón J. Velásquez). Caracas, Academia Nacional de la Historia, col. Estudios, Monografía y Ensayos n.º 67.

Caballero, Manuel, Inés Quintero y Elery Cabrera (1985-1986). «De la antimonarquía patriótica a la virtud armada. La formación de la teoría política del Libertador» en: *Episteme NS* n.º 5-6. Revista del Instituto de Filosofía, Facultad de Humanidades y Educación, Universidad Central de Venezuela. Caracas, enero-diciembre.

Calzadilla Arreaza, Juan Antonio y Carlos Carles (2007). *Robinson y Freire: hacia la Educación Popular*. Caracas, Ministerio del Poder Popular para la Educación Superior/ Fundayacucho.

Carrera Damas, Germán (1970-1971). «El discurso de Bolívar en Angostura: Proceso al federalismo y al pueblo» en: *Anuario del Instituto de Antropología e Historia*, t. VII-VIII. Facultad de Humanidades y Educación, Universidad Central de Venezuela. Caracas.

—— (1985). *Historia de la historiografía* (*Textos para su estudio*). Caracas, Universidad Central de Venezuela, Ediciones de la Biblioteca, col. Ciencias Sociales IV.

Carrillo, Marcos Rubén (1968). *Los tratados de Trujillo*. Trujillo, Venezuela, Centro de Historia del estado Trujillo.

Costa, Ricardo y Danuta T. Mozejko (2001). *El discurso como práctica: lugares desde donde se escribe la historia.* Rosario, Argentina, Homo Sapiens Ediciones.

Cúneo, Dardo (2004). «Aproximación a Simón Rodríguez» (Prólogo) en: *Simón Rodríguez. Inventamos o erramos*. Caracas, Monte Ávila Editores Latinoamericana, Biblioteca básica de autores venezolanos.

Dávila, Vicente (1923). *Investigaciones históricas*. Caracas, Imprenta Bolívar.

Díaz Sánchez, Ramón (1956). *Evolución de la historiografía en Venezuela*. Caracas, Ministerio de Educación, col. Letras venezolanas.

—— (1971). *Bolívar, el Caraqueño*. Guatemala, Melitón Salazar Editor.

Diccionario de Historia de Venezuela (1997). 4 tomos. Caracas, Fundación Polar.

Dieterlen, Paulette (1988). «Paternalismo y Estado de Bienestar» en: *DOXA. Cuaderno de Filosofía del Derecho*. Universidad de Alicante, España.

El amor a la paz: conmemoración del sesquicentenario de los Tratados de Trujillo (1970). (Compilación Pedro Grases y Manuel Pérez Vila). Caracas, Ediciones de la Presidencia de la República.

Fernández, Estela (1999). «A propósito de la Historia de las Ideas Latinoamericanas» en: *Utopía y praxis latinoamericana.* Revista Internacional de Filosofía Iberoamericana y Teoría Social, año 4, n.º 6, Universidad del Zulia/CESA-FACES, Maracaibo.

—— (2002). «Arturo Andrés Roig: El pasado como raíz, el presente como compromiso y el futuro como proyecto de alteridad» en: *Suplemento Cultural Signos de rotación. Pensadores iberoamericanos*. (Gloria Comesaña, Antonio Pérez y Álvaro Márquez Comps.). Universidad Católica Cecilio Acosta, Maracaibo.

—— (2010). «Utopía y discurso político» en: *Revista de Artes y Humanidades* ÚNICA, vol. 11, n.º 2, mayo-agosto. Universidad Católica Cecilio Acosta, Maracaibo.

—— (2012). «Arturo Andrés Roig: maestro y pedagogo, historiador y filósofo de Nuestra América» en: *FADIUNC* n.º 173. Mendoza, Argentina: Boletín Electrónico.

Franceschi G., Napoléon (2001). *El pensamiento político de Simón Bolívar*. Caracas, Vadell Hermanos Editores.

García Bacca, Juan David (1990). «Prólogo» en: *Sociedades Americanas*. Caracas, Biblioteca Ayacucho, n.º 150.

Grases, Pedro (1989). *Escritos selectos* (Presentación Arturo Uslar Pietri; prólogo Rafael Di Prisco; cronología y bibliografía Horacio J. Becco). Caracas, Biblioteca Ayacucho, n.º 144.

Haro Tecglen, Eduardo (1974). *Diccionario político*. Bogotá, Círculo de Lectores.

Hernández de Sánchez, Rosario (2000). *Libertad de opinión y educación en el pensamiento político de Simón Rodríguez.* Caracas, Universidad Central de Venezuela, Fondo Editorial de la Facultad de Humanidades y Educación.

Hurtado, Miguel (s/f). «Ensayo de un método para el estudio de los principales escritos del Libertador». Mimeo. Departamento de Geografía e Historia, Instituto Universitario Pedagógico de Caracas.

Larrazábal, Felipe (1999). *Vida y escritos del Libertador*. Caracas, Ediciones de la Presidencia de la República, t. II.

Leal, Ildefonso (1982). «Andrés Bello y la Universidad de Caracas» [1979] en: *Andrés Bello, homenaje de la UCV en el*

bicentenario de su nacimiento. AA.VV. Caracas, Universidad Central de Venezuela, Ediciones del Rectorado.

Lemogodeuc, Jean-Marie (2002). *América Hispánica en el siglo XX. Identidades, culturas y sociedades.* Caracas, Universidad Católica Andrés Bello/BIV/Festival Cultural Francia-Venezuela.

León, Óscar (2016). «Carta de Jamaica. Historia, semántica y geopolítica» en: *La Carta de Jamaica en el siglo XXI. Aproximaciones críticas a un documento bicentenario*. VV.AA. Caracas, Centro Nacional de Historia.

Liévano Aguirre, Indalecio (1988). *Bolívar*. Caracas, Academia Nacional de la Historia/Ediciones de la Presidencia de la República [de la edición de 1950].

Lozada Corrales, Elías (1967). *La guerra internacional de independencia y los Tratados de Trujillo.* Trujillo, Imprenta Oficial del estado Trujillo.

Lynch, John (1984). «El pensamiento de Simón Bolívar y su contribución a los primeros proyectos nacionales» en: *Primer Congreso del Pensamiento Político Latinoamericano*. Ponencias y debates, t. II, vol. I. Caracas, Ediciones del Bicentenario del Natalicio del Libertador Simón Bolívar.

Masur, Gerhard (1987). *Simón Bolívar*. Caracas, Editorial Grijalbo [de la edición de 1948, versión española de Pedro Martín de la Cámara].

Mignolo, Walter (1982). «Cartas, crónicas y relaciones del descubrimiento y la conquista» en: *Historia de la literatura hispanoamericana*, t. I. Época colonial (Luis Iñigo coordinador). Madrid, Editorial Cátedra.

Mijares, Augusto (1987). *El Libertador*. Caracas, Academia Nacional de la Historia /Ediciones de la Presidencia de la República [de la edición de 1964].

—— (1991). *El último venezolano y otros ensayos*. (Compilación y prólogo Oscar Rodríguez Ortiz). Caracas, Monte Ávila Editores, col. Eldorado.

—— (1998). *La interpretación pesimista de la sociología hispanoamericana*. Obras Completas, t. II. Caracas, Monte Ávila Editores Latinoamericana, Comisión Centenario Augusto Mijares [de la edición de 1938].

—— (2004). *La evolución política de Venezuela 1810-1960*. Caracas, Academia Nacional de la Historia, col. Libro Breve.

Montaruli, Silvana (2010). «Simón Bolívar: las categorías de su pensamiento y la función utópica en su discurso» en: *Diversidad e integración en Nuestra América,* vol. I. (Adriana Arpini y Clara Jalif Comps). Buenos Aires, Editorial Biblos, col. Historias Americanas.

Morales, Fabio (1990). «Cronología de Simón Rodríguez» en: *Sociedades Americanas*. Caracas, Biblioteca Ayacucho, n.° 150.

Morillo, Pablo. *Memorias de Pablo Morillo (1815-1821)*. Edición digital disponible en: https://www.ellibrototal.com/ltotal/?t=1&d=7333, Fundación El Libro Total. [Consulta: 10 de noviembre de 2020].

Navarrete Orta, Luis (2010). *Trincheras de ideas. Pensadores y poetas de Nuestra América.* Caracas, Instituto Autónomo Biblioteca Nacional/Casa de Nuestra América José Martí.

Nucete Sardi, José (1971). «Los Tratados de Trujillo» en: *Boletín de la Academia Nacional de la Historia* n.º 212. Caracas.

Oviedo y Baños, José de (2000). *Historia de la Provincia de Venezuela.* (Oscar Rodríguez Ortiz editor). Caracas, Los Libros del Nacional.

—— (2004). *Historia de la conquista y población de la Provincia de Venezuela.* (Prólogo Tomás Eloy Martínez y Susana Rotker). Caracas, Fundación Biblioteca Ayacucho, col. Clásica n.º 175, 2.ª edición.

O'Gorman, Edmundo (1958). *La invención de América. El universalismo de la cultura de Occidente*. México D.F., Fondo de Cultura Económica.

Páez Urdaneta, Iraset (1983). «El discurso político del Libertador» en: *Revista del Instituto Universitario Pedagógico de Caracas*. VV.AA. Número extraordinario. Edición de la Unidad de Servicio de Cultura y Publicaciones, Caracas.

Palacios, Alfredo (1976). «Bolívar y Alberdi. Comunidad Regional Iberoamericana» en: *Hispanoamericanismo del siglo XIX*. VV.AA. Caracas, Oficina Central de Información OCI, serie Sesquicentenario del Congreso de Panamá.

Pérez Vila, Manuel (1971). *La formación intelectual del Libertador*. Caracas, Ministerio de Educación, col. Vigilia.

Picón Salas, Mariano (1982). «Bello y la Historia» [1957] en: *Andrés Bello, homenaje de la UCV en el bicentenario de su nacimiento*. AA.VV. Caracas, Universidad Central de Venezuela, Ediciones del Rectorado.

Pino Iturrieta, Elías (1999). *Nueva lectura de la Carta de Jamaica*. Caracas, Monte Ávila Editores Latinoamericana, col. Monte Ávila breve.

Pita Pico, Roger (2019). «Los efectos del Armisticio de Trujillo de 1820 en la sociedad y en la economía de Venezuela» en: *Presente y Pasado*. *Revista de Historia*, n.º 48, año 24, julio-diciembre. Universidad de Los Andes, Mérida.

Polanco Alcántara, Tomás (1994). *Simón Bolívar: ensayo de una interpretación biográfica a través de sus documentos.* Caracas, Ediciones GE.

Prieto Figueroa, Luis Beltrán (1959). *El Humanismo Democrático y la Educación*. Caracas, Editorial Novedades.

—— (1989). *El pensamiento pedagógico de Andrés Bello*. Caracas, Vadell Hermanos Editores.

Rama, Ángel (1984). «Vigencia del pensamiento de Simón Rodríguez» en: *Primer Congreso del Pensamiento Político Latinoamericano*. Ponencias y debates, t. II, vol. I. Caracas, Ediciones del Bicentenario del Natalicio del Libertador Simón Bolívar.

Ramos Pérez, Demetrio (1988). *Simón Bolívar, el Libertador*. Madrid, Ediciones Anaya, Biblioteca Iberoamericana n.º 25.

Rivadeneyra, Jorge (2006). «Los enemigos invisibles» en: *Reflexiones sobre el Libertador Simón Bolívar*». VV.AA. Caracas, Fondo Editorial Ipasme.

Rodríguez, Pedro (2012). «El socialismo en Simón Rodríguez» en: *Revista Educación y Ciencias Humanas*, año XV, n.º 31. Decanato de Educación Avanzada, Universidad Nacional Experimental Simón Rodríguez UNESR, Caracas.

Rodríguez, Simón (1975). «Sociedades americanas» y «Consejos de amigo dados al Colegio de Latacunga» en: *Obras completas.* 2 tomos. Caracas, Universidad Simón Rodríguez.

Rodríguez Iturbe, José (1973). *Génesis y desarrollo de la ideología bolivariana desde la pre-emancipación hasta Jamaica*. Caracas, Imprenta del Congreso de la República.

Roig, Arturo Andrés (1981). *Teoría y crítica del pensamiento latinoamericano*. México, Fondo de Cultura Económica.

—— (1985-1986). «Simón Bolívar y las dos revoluciones del proceso de Independencia» en: *Episteme NS* n.º 5-6. Revista del Instituto de Filosofía, Facultad de Humanidades y Educación, Universidad Central de Venezuela. Caracas, enero-diciembre.

—— (1987). «El discurso utópico y sus formas en la historia intelectual ecuatoriana» en: *La utopía en el Ecuador*. Quito, Banco Central/Corporación Editora Nacional.

Roig, Arturo Andrés y otros (1976). «Función actual de la filosofía en América Latina» en: *La filosofía actual en América Latina*. México, Editorial Grijalbo, col. Teoría y praxis.

Rojas, Reinaldo (2010). «Las ideas de monarquía y república en el pensamiento y acción política de Simón Bolívar» en: *Espacio, Tiempo y Forma*. Serie V. España, Universidad Nacional de Educación a Distancia UNED, Historia Contemporánea, t. 22, pp. 169-185.

Romero, Aníbal (1990) *Aproximación a la política*. Caracas, Ediciones de la Comandancia General del Ejército.

Romero de Febres, Susana (1984). *Aproximación al sentido de la historia de Oviedo y Baños como un hecho de lenguaje*. Caracas, Academia Nacional de la Historia, col. Estudios, monografías y ensayos.

Rosas Moscoso, Fernando (2012). «Bolívar y las tendencias actuales de investigación histórica» en: *Bolívar. Revista de la Sociedad Bolivariana del Perú* n.º 44, pp. 184-191. Lima, Perú.

Rosenblat, Ángel (1990). *La educación en Venezuela*. Caracas, Monte Ávila Editores [de la primera edición del Colegio de Humanistas, 1964. Edición corr. y aum. por M.A.E., 1975]. 5.ª edición.

Rumazo González, Alfonso (1975). «Estudio introductorio: El pensamiento educador de Simón Rodríguez» en: *Simón Rodríguez. Obras completas.* Caracas, Universidad Simón Rodríguez, t. I, pp. 21-133.

—— (2005). *Simón Rodríguez, Maestro de América*. (Presentación José R. Medina, cronología Lupe Rumazo y

bibliografía Horacio J. Becco). Caracas, Biblioteca Ayacucho, n.° 224.

Sabine, George (2009). *Historia de la teoría política*. (Traducción de Vicente Herrero). México D.F., Fondo de Cultura Económica.

Salcedo-Bastardo, José Luis (1981). *Visión y revisión de Bolívar*. Caracas, Monte Ávila Editores, col. Eldorado.

Sambrano Urdaneta, Oscar (2007). *Verdades y mentiras sobre Andrés Bello*. Caracas, Fundación El perro y la rana, Biblioteca Popular para los Consejos Comunales, serie Las artes y los oficios.

Straka, Tomás (2010). «Antimonarquismo y republicanismo bolivariano: los orígenes del conservadurismo hispanoamericano en el Libertador» en: *Revista Espacio, Tiempo y Forma*. Serie V. Historia Contemporánea. España, Universidad Nacional de Educación a Distancia UNED, t. 22, pp. 151-168.

Torres Iriarte, Alexander (2017). *Un sentido a nuestros destinos. La función utópica en Bolívar, Martí y Rodó*. Caracas, Alcaldía de Caracas/Fondo Editorial Fundarte, «Premio de Literatura Stefania Mosca 2016».

Uslar Pietri, Arturo (1992). «Discurso de orden en el 150° aniversario del Congreso de Angostura» en: *Medio milenio de Venezuela*. Caracas, Monte Ávila Editores.

—— (1995). *Letras y hombres de Venezuela.* Caracas, Monte Ávila Editores Latinoamericana, col. Documentos [de la primera edición de 1948].

Zapata, Ramón (2003). *Libros que leyó el Libertador Simón Bolívar*. Bogotá, Fundación Universidad de Bogotá Jorge Tadeo Lozano.

FUENTES DOCUMENTALES

Correo del Orinoco 1818-1822 (compilación facsimilar). Caracas, Centro Nacional de Historia, s/f.

Gaceta de Caracas n.º 19, fol. 95. Caracas, 6 de diciembre de 1820.

Manifiestos de la correspondencia que ha mediado entre los generales Conde de Cartagena y Don Miguel de la Torre, gefes del ejército de Costa-firme, con el de los disidentes Don

Simón Bolivar, *desde el restablecimiento de la Constitución hasta la escandalosa* é *inesperada ruptura del armisticio por Bolivar*. [Madrid, Imprenta de Espinosa, 1821]. Biblioteca Digital Hispánica.

Disponible en: http://bdh-rd.bne.es/viewer.vm?pid=d-1097893. [Consulta: 1 de marzo de 2021].

Índice

Presentación 11

El otro posible. Sobre la función utópica en la Carta de Jamaica 17

A MODO DE INTRODUCCIÓN 17
UNA GUERRA DE EXTERMINIO 20
UN PEQUEÑO GÉNERO HUMANO 29
SÍ PODEMOS 35
UN CIERRE 41

El péndulo diabólico. Acerca de la disputa del Senado Constitucional en el *Correo del Orinoco* 43

EL INSTRUMENTO PROPUESTO (A MODO DE INTRODUCCIÓN) 43
LA NEGATIVA DE MARCANO 48
PEÑALVER POR EL VITALICIO 50
MÉNDEZ POR EL VITALICIO Y EL HEREDITARIO 54
UN COMENTARIO FINAL 57

Los votos de mi corazón. Paternalismo político liberador en el *Discurso ante el Congreso de Angostura* 61

PÓRTIGO 61
«EL TORRENTE INFERNAL» 65
ENTRE PUEBLO Y CIUDADANO 70

SIN IMITACIÓN SERVIL 74
UN GOBIERNO ENÉRGICO 79
FINAL 82

El salto prodigioso o 1819 en tres voces 85

INTRODUCCIÓN 85
«LA PROEZA MÁS EXTRAORDINARIA» 87
LOS DESTINOS DE AMÉRICA 90
VENCER O MORIR 94
LA HORA DEFINITIVA 97
EPÍLOGO 101

Somos el centro del Nuevo Mundo. Notas para un debate sobre los Tratados de Trujillo de 1820 103

PALABRAS INICIALES 103
NUESTRA HISTORIA ESTÁ DETERMINADA POR ACONTECIMIENTOS EXTERNOS 105
LA INDEPENDENCIA DE UN PUEBLO ES SU BIEN MÁS PRECIADO 108
ES FUNDAMENTAL RECONOCER AL OTRO PARA CONVIVIR ENTRE IGUALES 111
LA DIPLOMACIA DE PAZ ES EL INSTRUMENTO PARA LIBERAR NUESTROS PUEBLOS 114

Variaciones sobre un rayo de luz. Apuntes sobre Simón Rodríguez o líneas para la discusión 119

GIGANTE 119
PERIPLOS 121
EL REGALO 123
ANTÍDOTO 124
CONVOCADOS 126
QUEBRANTO 128
SIN SENTIDO 130
SOÑADOR 132
TRAGEDIA 134
COLOFÓN 135

Andrés Bello en la ancha mirada 137

INTRODUCCIÓN 137
EL INJURIADO 138
EL LIBERTADOR INTELECTUAL 140
UN SERVIDOR AMERICANO 144
UN CIUDADANO CON TEMORES 148
EL MARCADO POR CLÍO 150
UN SÍMBOLO EDUCATIVO 153
EL UNIVERSITARIO MODERNO 156
EL HUMANISTA LIBERAL 159
EL MAESTRO EJEMPLAR 162
EL IMPUTADO 164
BALANCE 167

José de Oviedo y Baños
¿primer historiador venezolano? 171

A MODO DE INTRODUCCIÓN 171
NOTAS PARA UN PERFIL 172
LOS VERICUETOS DE CLÍO 174
MIRA QUIÉN HABLA 176

Bibliografía general 179

FUENTES DOCUMENTALES 187

El otro posible y demás ensayos historiográficos
Se imprimió en el mes de octubre de 2021
en la Imprenta Bicentenario Carabobo
Caracas, Venezuela
Son 1.000 ejemplares